

El patio de los niños de piedra

Eleanor Cameron



Lectulandia

Alguien lleva a Nina a un antiguo patio. Alguien de otro tiempo...

¿Quién es Dominique? Cuando Nina la ve por primera vez en el Museo Francés, siente que hay algo extraño en la extraña y hermosa chica. De hecho, Domi es de la época de Napoleón y ha venido en busca de la ayuda de Nina. Porque el padre de Domi fue ejecutado como un traidor durante la Revolución Francesa, y Domi está convencida de que Nina puede demostrar su inocencia. Pero para salvar al padre de Domi, Nina tendrá que resolver un misterio que ha durado dos siglos. Tendrá que viajar en el tiempo, de regreso a Francia... al patio de los niños de piedra.

Lectulandia

Eleanor Cameron

El patio de los niños de piedra

ePub r1.0

Titivillus 23.01.2019

Título original: *The Court of the Stone Children*

Eleanor Cameron, 1973

Traducción: Manuel Sáenz de Heredia

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com



*Para Rita
y para Steve
amantes de la fantasía*



Desde el oscuro horizonte de mi futuro soplaba
siempre en mi vida esa especie de brisa, lenta
y persistente, de los años por venir.

ALBERT CAMUS

El pasado no ha muerto; no es ni siquiera pasado.

WILLIAM FAULKNER

Nuestros sueños son una segunda vida.

GERARD DE NERVAL



Capítulo uno

Agrupados bajo los árboles, chicos y chicas hablaban del futuro, de sus deseos, de sus predicciones grandiosas, disparatadas, exageradas, pero Nina, sumida en sus meditaciones, tenía la cabeza en otra cosa.

—Creo —dijo con toda seriedad—, que voy a ser algo en un museo. Sí —dijo, inocente y reflexiva—, sí, estoy segura de que voy a serlo —y todos se retorcieron de risa—. Quiero decir... —gritó—, ¡ya sabéis lo que quiero decir!, —la guasa no le hubiera importado, y hasta se hubiera reído de sí misma con los demás de haber podido sentir que era ya uno de ellos, que la habían aceptado como uno de ellos.

—¡Algo en un museo! —chilló Marnychuck, la primera, como siempre, en captar dobles sentidos y en usarlos—. Pero si ya lo eres... ya lo eres, —Marión Charles, la chiquilla menuda y delgada a quien llamaban Marnychuck, era el personaje con quien todo el mundo contaba cada vez que había que preparar algún plan, revelar algún secreto o transmitir cualquier cotilleo. Marny, la de la irónica seguridad y el aire divertido de estar al cabo de la calle.

Nina subió corriendo por el camino asfaltado que serpenteaba cuesta arriba, a través del pequeño barrio, hasta la cumbre donde esperaban una grandiosa vista del Golden Gate y un banco para contemplarla. Tumbado boca arriba, mirando al cielo a través de las hojas de un árbol, con una pierna descansando sobre la otra y un cuaderno de hojas cambiables sobre el estómago, estaba el muchacho que ya había visto una vez, en el mismo lugar, cuando volvía dando rodeos del colegio. Tenía el pulgar metido en el cuaderno para no perder la página, y tenía una pluma, o sea que algo había estado escribiendo, probablemente no los deberes, porque los libros descansaban esparcidos sobre la hierba. Volvió la cabeza y la observó sin sonreír, mirándola hacia arriba al ras de su pelambreira cobriza. Nina se volvió para mirar a los demás, que seguían abajo, apenas visibles a través de las ramas.

—¡Ya lo veréis, voy a ser algo en un museo! ¡Alguien! Lo seré. Una..., —pero la palabra que tenía en la cabeza mientras subía corriendo por el camino, la palabra que la hizo sentirse segura unos segundos, ahora se le había escapado por completo.

—Conservadora —dijo el chico, más para sí mismo que otra cosa.

—Sí, conservadora —les gritó Nina a los de abajo—. Eso es... una conservadora.

Pero a Marny y a sus amigos los museos y las conservadoras les importaban un rábano. Le dieron la espalda, se pusieron en movimiento, formando una fila irregular a lo largo del camino bajo, y todas las chicas tomaron la dirección de la casa de Marny, porque su madre trabajaba y allí podían hacer lo que les diera la gana, como poner la radio a todo volumen, reírse, chillar y comer, hasta que Marny las echaba a todas justo antes de que su madre llegase. Nina no tenía la menor esperanza de ser invitada. Era demasiado nueva, y lo comprendía.

—¿Todavía demasiado nueva, Nina, después de cuatro meses? ¿Por qué se empeñaba su madre en preguntárselo una y otra vez? El problema no estaba en ser demasiado nueva.

—Ya me gustaría a mí conocer las manadas de amigos que os habéis hecho tú y papá.

—Pero tú eres joven, Nina. No tienes que trabajar. Tienes tiempo. Siempre es más fácil hacer amigos a tu edad que a la nuestra.

A Nina le parecía que aquello no tenía sentido, y no se lo creía. De hecho, últimamente más bien pensaba que a su edad relacionarse con otra gente era más difícil que a cualquier otra edad. Y la verdad es que en el fondo no quería que la invitasen a casa de Marnychuck, porque la agotaba tener que estar constantemente en guardia para no decir simplezas y estupideces, sobre todo por Marny, que era tan obstinada como un cocodrilo y sin duda alguna igual de astuta desde que nació. No, Nina estaba apasionadamente convencida de que no quería saber nada de esta horrenda ciudad... nada en absoluto. Lo único que quería era volver a casa, volver a Silverspring, al pie de Sierra Nevada, donde siempre había vivido, donde estaban sus verdaderos amigos: Laura, la hija de la señora Bourne, la encargada del pequeño Monumento Nacional de Silverspring, y los gemelos Hudson, Maizie y Rupe, que se habían quedado con Windy, su gato. Bueno, conocía a muchos más chicos por allí, pero éstos eran los únicos que contaban, los que echaba de menos.

—Pero si nuestro hogar es éste, Ardilla —le decía su padre, observando su expresión, sonriendo un poco, como para animarla, pero con un algo de ansiedad escondido en los ojos—. San Francisco, no este apartamento. Ya encontraremos un sitio —pero no hacían el verdadero esfuerzo, el esfuerzo constante y regular de los fines de semana, que era la única manera de conseguirlo. Nunca lo encontrarían, *nunca*. Ahora lo sabía. Su padre había repetido tantas veces aquello de encontrar otro sitio que Nina no lo podía soportar, y lo especial de su relación con él le hacía sufrir de vergüenza ajena. Cada vez que hablaban del tema le dolía la garganta. El estómago se le encogía.

Siguió con la mirada a Marnychuck y a los otros hasta que se perdieron de vista. Pasó un rato, y cuando los gorriones cantaban «pío, pío» entre la maleza, como pájaros mecánicos, mientras el ruido del tráfico llegaba de abajo, el chico preguntó:

—¿Por qué quieres ser conservadora? Supongo que las mujeres *pueden*... vamos, que no hay ninguna ley que lo prohíba... pero es raro que pienses en ello. Está el caso

de Mam'zelle, pero es que ella es dueña de todo.

La verdad es que también a Nina le parecía raro haber dicho lo que había dicho, aquello de ser algo en un museo. Así, pensado para el futuro, nunca se le había ocurrido, a pesar de que después del colegio y los fines de semana había trabajado con la Sra. Bourne en el pequeño Monumento Nacional de Silverspring, barriendo, quitando el polvo, archivando tarjetas, escribiendo etiquetas a máquina y hasta ordenando algunos objetos. Algunas veces había pensado ser veterinario, o quizás guardabosques, si es que una mujer podía serlo.

Se volvió hacia el chico, que seguía estudiándola con los ojos del azul más intenso que jamás viera, como queriendo saber precisamente por qué se le había ocurrido semejante cosa. Nina se acercó hasta sentarse en el banco y le miró de frente.

—Nunca había estado en un verdadero museo —dijo—, uno de los grandes, hasta que llegamos a San Francisco. Y cuando entramos en el del parque..., —se detuvo, buscando palabras que expresasen con exactitud la emoción que entonces había sentido—. El edificio era tan grande, tantas habitaciones abiertas, que pensé que nunca llegaríamos al final. Y había tantos millones de cosas que ver... —vaciló, vencida por su timidez.

El chico sonrió para sí mismo, como pensando en algo que no tenía intención de contar.

—¿Entraste en las habitaciones amuebladas, como las de un castillo o un palacio, o como en las antiguas casas medievales?

Había algo extrañamente alerta en su manera de mirarla, al acecho de su respuesta.

La cara de Nina se iluminó de sorpresa.

—Pues claro... ¡claro!, —era como si le hubiera leído el pensamiento porque, por alguna razón inexplicable, *fueron* aquellas habitaciones las que la retuvieron más tiempo.

—Lo sé —y en la forma en que lo dijo Nina captó, con una curiosa alteración del pulso, lo que también él debía haber imaginado, las particulares sensaciones que también él habría vivido en aquellas habitaciones llenas de muebles enormes, muebles tallados y gastados por miles de manos, por innumerables contactos de trapo y de carne; todos desaparecidos, desaparecidos hacía mucho tiempo. En su mayor parte eran negruzcos, retorcidos; bancos, sillas, armarios, cómodas enormes, amplias camas con dosel. Pero las palabras de su madre habían roto una y otra vez los sentimientos que aquellas habitaciones despertaban en ella, el sentido del pasado, toda muda invocación:

—*Vamos, vamos*, Nina. Por el amor de Dios, no nos hagas volver por ti todo el tiempo.

—Pero es que no tengo *tiempo* —contestaba Nina, irritada—. ¡No me dais *tiempo*! ¿Es que no podéis dejarme y seguir solos?

—En las montañas —le dijo al chico—, en la tierra de la fiebre del oro, cerca de Silverspring, de donde yo vengo, hay muchas ruinas de pueblos de aquellos días. Detesto los pueblos fantasmas que hacen ahora, los que han fabricado.

—Viejos cuerpos disecados y antipáticos —dijo el chico—, sentados a oscuras en las tiendas y en las cárceles, y algunos con las piernas colgando por fuera de las ventanas.

—Mis amigos y yo —dijo Nina—, conocemos Hangtown y Dead Man's Hill y Lost Mine y Bloody Gulch. Están invadidos por las malas hierbas en lugares apartados del campo, pero los hemos encontrado. Yo solía escaparme allí y figurarme que seguían siendo lo que fueron, que yo vivía en una de las casas y salía a pasear. Allí, en el campo, se vive en cualquier siglo. Y hay lápidas viejas, y es increíble cuántas son de chicos de nuestra edad, y de bebés y de niños de dos y tres años. En aquellos tiempos debía ser bien difícil hasta ponerse a vivir.

El muchacho se incorporó y volvió a mirarla fijamente, con aquellos ojos inquietantes.

—«Si tan pronto tenían que acabarme. Me pregunto para qué me empezaron», —dijo en voz baja—. Pero eso no es todo. «¿Qué se esconde en los confines de la percepción, de donde cualquiera podría surgir?». Se lo oí decir a mi madre —y entonces, inesperadamente, se rió por lo bajo. Sonrió como para sí mismo, incorporándose en un solo movimiento, limpio e ininterrumpido—. Lonny está bien. Se ocupa de historias sin importancia, como recetas y poner un poco de orden, pero sabe cosas. Quiero decir que está realmente *allí*.

Nina se le quedó mirando. Más que sus palabras, era la sensación de calma y lejanía que le daba lo que hacía que un escalofrío de incertidumbre le recorriese el cuerpo. Recordaba sus silencios, su extraña forma de estar siempre alerta. Algo en él, algo sin duda enfatizado por su cabellera cobriza, le recordaba a un zorro; quizás su forma, ligera y rápida, de moverse.

—No entiendo —dijo.

Él no se lo explicó, porque en aquel momento se encendió en el norte un resplandor cargado de amenazas, y sus cabezas se levantaron para girar como cabezas de animales en el bosque. Atravesando las aguas verdes y negras de la bahía, batidas aquí y allá en cúmulos de espuma impelidos por el viento, el puente del Golden Gate brillaba con un color blanco casi ultraterreno, delicado en la distancia, cruzando el espacio bajo los vientres verdes y púrpuras de las nubes de tormenta que empezaban a cubrir Marín County. La tierra, perdida a lo lejos en un resplandor mortecino, apenas se veía, sólo el puente, brillando, brillando. Un espectáculo inolvidable, para retener toda una vida: el puente colgado bajo las nubes cuajadas de amenazadora luz negra. Pero donde Nina y el muchacho estaban sentados el sol seguía luciendo con el esplendor de todo el día, si bien una delgada bruma comenzaba ya a deslizarse por delante del disco, mientras una corriente de aire fresco empujaba los enveses de las hojas. Las copas de los árboles empezaban a doblarse y a susurrar.

El muchacho se agachó rápidamente y recogió con prisa sus libros, colocándolos amontonados encima del cuaderno.

—Me tengo que ir —dijo y se levantó.

Pero ella tenía algo que preguntarle, algo urgente e importante, porque, ¿y si por una absurda mala suerte no volvía a atreverse a dirigirle la palabra? La gente de su edad cambiaba de actitud con los demás rápida e inexplicablemente, él podía cambiar en cualquier sentido. Todo podía ser distinto la próxima vez.

—¿Qué fue lo que dijiste? Algo sobre una mujer..., —estaba sentada, mirándole, y en su cara reflejaba un ávido esfuerzo por aclarar cuál había sido el punto de contacto. Pero el muchacho no cambió de expresión.

—¡Ya sabes! —exclamó Nina—. Decías que era muy raro que yo, una chica, quisiera ser conservadora, y después dijiste...

—Sí, Mam'zelle y el Museo francés. ¿Ves aquello, allí abajo? —Nina se puso en pie a su lado y vio que señalaba por encima de una calle empinada y frondosa, más abajo, hacia un lugar donde desembocaba otra calle. Y en lo que parecía un parque, como éste sólo que sin colinas, Nina distinguió un edificio pálido, largo y amarillo; no, amarillo no, más bien parecía oro pálido a la luz melancólica de la tormenta emplazado sobre una sucesión de céspedes punteados por árboles.

—La dueña es una mujer, Mam'zelle Henry. En realidad es la Sra. Henry, pero su jardinero siempre la ha llamado Mam'zelle, desde que trabajó para su familia en Francia, y ahora todo el mundo la llama así. Es un museo privado, pero un museo de verdad, y se puede entrar —miró el reloj—. Las cuatro menos veinte. Cierra a las cinco y media. Tienes tiempo.

Nina, consciente de que tenía que ir, de que tenía que arriesgarse, pensó en las nubes cargadas de agua y en su madre al teléfono. Gritando «¡Gracias!», empezó a correr cuesta abajo hacia la calle frondosa por la que nunca había pasado, y era como si estuviera de nuevo en las colinas de Silverspring, por la mañana temprano, despierta antes que nadie, corriendo y corriendo como si no pesara, como si nada pudiera sujetarla, ni la carne perezosa ni el corazón acelerado, una Nina sin cuerpo, llena de deseo y alegría. Sentía ahora que corría hacia una cita concertada e impresa de antiguo en algún momento olvidado o desconocido. No tardó en oír ruido de pasos a su espalda, y el muchacho la alcanzó; compitieron uno o dos segundos y después la pasó mirándola, retador y burlón, por encima del hombro. Una curva más y desapareció, y Nina se dijo que nunca volvería a verle, y lo que quería decir es que nunca volverían a hablar, al menos no como lo acababan de hacer en la cima de la colina.

Pero cuando salió del parque a la calle, allí le encontró, esperando en el semáforo. Se puso a su lado conteniendo el aliento, sintiéndose cómoda y sin necesidad de hablar. Cruzaron con la luz verde.

—Creo que he estado alguna vez en el pequeño museo de Silverspring —dijo el muchacho.

—¿Que has *estado* allí? —Nina se llenó inesperadamente de alegría. Siempre lo había tenido por algo muy suyo, cada cambio, cada nueva adquisición registrada. En aquel modesto edificio había oído por primera vez la palabra «conservador».

—Lo adoro —dijo—. Todos los objetos de los colonos y de los mineros y ver lo pequeña que era esa gente, los zapatitos de las mujeres, y sus cinturas. Porque, yo no cabría ni por casualidad. Mis zapatos son unos destripaterrones. Yo le solía decir a mi padre: «Fíjate, podemos tocar los auténticos tablones, y las herramientas y las ropas y los platos que usaban entonces», pero papá se reía de mí porque de niño le habían llevado en las Islas Británicas a un sitio llamado Skara Brae, en las islas Orkney, donde hay muebles de piedra enterrados, puestos allí por hombres del neolítico. Dice que eso fue hace miles de años, y las piedras siguen en su sitio, tal como las colocaron.

El muchacho se detuvo y Nina se volvió, sorprendida, para ver que la observaba con una intensidad firme y penetrante.

—Has dicho... ¿cómo se llama ese sitio?, —hasta inclinó un poco la cabeza, como para captar aún más que lo que ella contestase.

—Skara Brae.

—¿Y dónde está?

—En las islas Orkney, justo encima de Escocia. Papá me lo enseñó en el mapa.

El muchacho siguió mirándola fijamente, sin pestañear, y Nina estaba tan ocupada en figurarse por qué lo haría que ni por un momento llegó a sentir vergüenza. Además, era como si la atravesase con la mirada.

—Iré —dijo él entonces, con la mayor seguridad, como sin prometérselo siquiera, porque el destino puede romper las promesas. No, se limitaba a constatar un hecho, una conclusión inevitable. Después miró a otra parte, se pusieron de nuevo en marcha, las largas piernas marcando el mismo paso, y poco más tarde llegaron a los terrenos del museo.

—¿Para qué quieres ir a Skara Brae? —preguntó Nina—. ¿Y cómo es que conocías mi Sensibilidad de Museo?

Una vez más su media sonrisita, como si la boca no pudiera contenerla.

—Por mi proyecto —dio la impresión de responder así a las dos preguntas, y en su pronunciación las palabras eran mayúsculas y entrecorilladas. «Mi proyecto», como si estuviera hablando de algo íntimo que jamás tendría que explicar a nadie. Pero lo que Nina sintió con más fuerza fue que él, gracias a su particular preocupación, podía estar siempre seguro de sí mismo, y que no necesitaba envidiar a nadie como ella había envidiado abyectamente a Marnychuck.

—Bueno, hasta otra —dijo él, porque ya estaban frente al edificio dorado, frente a las grandes puertas de hierro forjado abiertas a una amplia avenida que conducía a unos escalones que subían hasta un porche sustentado por columnas. Nina se volvió para decir algo, alguna última cosa, pero él ya se había ido, sin mirar para atrás ni una sola vez. Tenía un andar largo y saltarín que a Nina, ahora, que había hablado con él,

se le antojó expresaba una prisa contenida por estar otra vez sólo sobre la pista de su propio pensamiento.





Capítulo dos

El sol brillaba deslumbrante, y los dos pisos del edificio, con sus alas laterales, así como los prados, los arbustos y los árboles, se inundaban de reflejos, mientras todas las superficies verde oscuro relucían. Los truenos, sin embargo, seguían gruñendo y rugiendo por encima de Marín County. Al pasar Nina del sol a la sombra, un hilo de viento le rozó la mejilla y corrió otra vez un velo de bruma sobre el sol, que de nuevo se asomó rápidamente. Las voces de las hojas que charlaban subían de volumen a medida que avanzaba por la avenida hacia las puertas del museo. Sintió expectación en el aire, y la espera de alguien en el silencio que vino después.

—¡Ya voy!, —pero ¿a quién llamaba? Hubiera echado a correr de no haberse oído en ese momento una voz de mujer.

—¡Lisabetta! —gritaba—. ¡Lisabetta!, —en un tono cariñoso y tentador—. Gata tonta..., —al mismo tiempo, un gato de color crema y de cola, cara y patas atigradas cruzaba como una exhalación por delante de Nina, atravesando el paseo, trepando a un árbol y volviendo a bajar.

—Es el tiempo, Auguste... —lo pronunciaba *Oh-gust*, y Nina levantó la mirada hasta encontrar a una mujer que se asomaba a una ventana del segundo piso—. Va a llover, no le quepa duda. ¿Ha oído los truenos?

Siguió un torrente de enérgicas exclamaciones que Nina no pudo entender, aunque supuso que eran instrucciones, porque la mujer gesticulaba señalando hacia diversos puntos del jardín.

Y entonces apareció Auguste, la cara bronceada y llena de arrugas coronada por un casquete de pelo níveo, un hombre viejo con una camisa descolorida y unos zajones que le cubrían la parte delantera de los pantalones. Cuando Lisabetta llegó a su altura se agachó y la cogió en brazos, con un movimiento rápido, mientras sonreía a Nina y le guiñaba un ojo por encima del lomo de la gata.

—¡*Oui*, Mam'zelle! —dijo, en un tono que sugería larga y sufrida paciencia, moviendo una de sus encallecidas manos por encima de la cabeza como quien espanta una mosca—. *Oui, oui... absolument!*

—*Mais Auguste...* ayer.

—Eh, Ph'lippe —chilló Auguste hacia el otro lado de los arbustos... sonó un teléfono, se levantó el viento, se oyó un grito de aguda impaciencia, como si se

hubieran volado unos papeles, y los batientes se cerraron de golpe. Auguste emitió una risita ahogada, en la que había algo de travieso y de complacido.

—Muy bonita, *n'est-ce pas?* Corazoncito..., —el asombro que se pintaba en la cara de Nina le hizo reírse otra vez por lo bajo, más travieso que nunca—. La gata, *p'tite*, la gata... Lisabetta. ¡No Mam'zelle! ¿Has visto alguna vez una Si-ti? Así es mi Lisabetta, una siamesa atigrada. Mi pequeña reina.

En esto apareció Philippe, un joven de pelo hirsuto y enormes proporciones, y Auguste derramó sobre él el torrente de instrucciones recibidas de Mam'zelle. Nina subió los escalones que llevaban hasta el porche de las columnas, tiró del picaporte de bronce de una de las altas puertas dobles y penetró en el museo.

Se encontró rodeada de paisajes, de profundidad y ventilación de distancias a lo largo de vestíbulos verdes y dorados que terminaban en enormes ventanas a través de las cuales se veía el movimiento de las ramas entre el sol y la sombra. Todo el lugar estaba misteriosamente vivo. Oía pisadas, susurros, ecos y murmullos. No sabía por qué camino aventurarse, porque todos la llamaban, y empezó por circular lentamente, hechizada, para captar toda la belleza de la elevada sala central, recubierta de madera color miel, desde la cual una escalera, ribeteada por un bruñido filamento de volutas y balaustre, ascendía en curva hasta el segundo piso. Las paredes estaban llenas de cuadros. El suelo, encerado, brillaba, verde y oro, en toda su inmensa extensión. Nina notó que a su izquierda había alguien, sentado tras una mesa de despacho, pero ese alguien apenas existía mientras Nina, aturdida, miraba, escuchaba y se empapaba la piel, los sentidos y los nervios con el espíritu del lugar. Pasado un cierto tiempo, se sintió atraída por un cuadro situado cerca del pasillo que quedaba a su derecha.

El cuadro representaba a un gran pez verde y azul, y tenía alas con tonos rojos y un brazo humano que tocaba, aunque pareciera extraño, un pequeño violín. Bajo el pez, y con la parte superior un poco tapada por él, se mecía, o al menos descansaba en el aire, un reloj de pared; detrás del pez y del reloj se veía un cielo azul, no el pálido azul del verano sino el azul poderoso del anochecer, y debajo había un río, y a un lado, en el azul profundo, un hombre y una mujer se abrazaban, recostados. Nina no podía sobreponerse a la maravilla y el misterio del cuadro. Le recordaba, ¿qué le recordaba? Sus sueños... sí, tan imposible y al mismo tiempo tan lleno de sentido como los sueños, sugerencias insondables que hablan de antiguos acontecimientos que no se recuerdan plenamente, acontecimientos fantasmales que se ciernen, sin entregarse nunca por completo.

—¿Qué te sugiere el cuadro? —preguntó una voz. Nina se volvió y vio que una mujer se acercaba, deslizándose por la luz de color bronce como se desliza un delfín por el agua. Su pelo era abundante, recogido en un moño, y cuando la mujer volvió la cabeza para mirar al cuadro, Nina observó que dos dardos de plata atravesaban el moño. No era la de la ventana del piso de arriba, pequeña y vigorosa, sino una persona más alta, más calmada, más silenciosa, de ojos penetrantes.

—No sé. Me gustaría saber lo que significaba. Es como un cuento de hadas... o un sueño...

—Sí que lo es —exclamó la mujer, como sorprendida por la percepción de Nina—. Has dado exactamente en el clavo, con la cualidad exacta del cuadro. Es de Chagall, que lo llamó *El Tiempo es un Río sin Riberas*. Si intentas encontrarle un sentido lógico no lo conseguirás, porque Chagall recuerda siempre su infancia y en consecuencia, probablemente, sus sueños de infancia, y la sensación de perderse en cuentos de hadas. ¿Te gusta?

—Ojalá fuese mío —dijo Nina sin dudarle un instante—. *El Tiempo es un Río sin Riberas* —repitió, e inmediatamente se le vino a la cabeza la imagen del muchacho. Pero ¿por qué? ¿Por qué el cuadro le hacía pensar en él? Tenía que preguntárselo la próxima vez que le viera.

—¿Puedo ayudarte en algo? —quiso saber la mujer—. ¿Hay alguna sección en concreto?

—Las habitaciones —dijo Nina—. ¿Hay habitaciones amuebladas como en siglos pasados?

—Sí, desde luego... tenemos muchas. Todo este lado del edificio —señaló el pasillo.

Y así era. Uno podía perderse flotando de una a otra, como Nina hacía ahora, como si el tiempo fuera en verdad un río sin riberas.

—Como si fuese mi casa —dijo, y se volvió para asegurarse de que no había guardas ni visitantes por allí—: este... ¿cómo se dice? Sí, este castillo francés, el château de mi padre, y éstos son nuestros cuartos. Ésa es su biblioteca, y aquí está nuestro pequeño comedor privado, donde recibimos a unos pocos amigos... no aquel grande de allá atrás, donde damos cenas para embajadores y cosas así.

El cuartito era redondo, de paredes de un gris verdoso decoradas con frutas y flores sobre paneles y guirnaldas resaltando en oro. Había estatuas blancas en sus nichos, y un espejo emplazado sobre la chimenea reflejaba la luz y las sombras de las hojas sobre la pared cercana a las ventanas. Las sillas de terciopelo rayado se distribuían sobre los dibujos del piso de madera, de color marrón dorado. Sobre una mesa redonda con servicio para cuatro personas, cubierta por un mantel satinado que caía en pliegues hasta el suelo, colgaba una araña de cristal con espigadas velas.

—Pero Nanette —dijo Nina—, te has olvidado de las flores para el centro de mesa. Dije que tulipanes amarillos. Quiero que siempre haya flores en la mesa, ya lo sabes —no había cuerdas que impidieran pasar por las puertas, ni carteles en las sillas, así que Nina entró y caminó sin prisa hasta las grandes ventanas para decirle a Auguste que trajese leña para el fuego—. Los invitados pueden llegar en cualquier momento... el fuego ya tenía que estar encendido...

Estaba en la ventana, mirando, por encima del césped, hacia la pequeña gruta boscosa que desde luego tendría que visitar la próxima vez que viniese. Sintió entonces la presencia de alguien, a sus espaldas... y allí estaba: su Sensibilidad, el

sentido de intemporalidad, la clara conciencia de verse liberada del momento. Contuvo la respiración, bajó los ojos hasta ver su mano apoyada en el alféizar de la ventana, y le pareció que apenas le pertenecía. Miró a las sombras de la pared y ya no parecían sombras, sino formas vivientes, de una belleza indescriptible, resaltando sobre un color tan profundo que la invitaba a entrar, como si no fuera ya sólido, sino un ambiente sin fondo en el que podría perderse. Las flores y las frutas no estaban ya pintadas, más bien pendían de la pared, emitiendo color como si fuese luz, pero redondeadas y aflautadas y aplanadas como si se pudieran tocar y sostener. Despedían perfumes, y Nina oyó la quietud de este Momento que le atravesaba el cerebro en un tono más allá de las frecuencias del sonido.

—¡No! —dijo—. ¡No!, —porque era como estar al borde de un abismo, y si daba un paso, ese paso sería definitivo.

La presencia esperaba a sus espaldas; Nina sentía la espera, y también ella se quedó quieta, a la escucha de algún movimiento por parte del otro ser, algún crujido, una pisada. Miró al suelo, y el Momento se había ido. Su mano era otra vez la suya, las formas de las hojas sobre la pared sólo sombras; las frutas y las flores estaban pintadas, el silencio había perdido su inquietante tono y Nina oyó voces en el pasillo y la respuesta del guarda.

Nina se puso roja como un tomate. ¿Qué decirle, al volverse, a la persona que estaba allí? Había dicho ¡no!, dos veces, y antes había dado instrucciones en voz alta sobre las flores y la madera. Sin embargo, quienquiera estuviese allí no profería sonido alguno; ahora no se sentía más que una especie de expectación palpitante. Nina giró sobre sí misma, sonriendo despreocupadamente, como recordando ensimismada alguna broma secreta. Pero no había nadie. Quienquiera hubiese estado allí se había marchado ya.

Se acercó a la puerta y miró hacia afuera. En la sala no vio más que al guarda, que se balanceaba sobre los pies, con las manos a la espalda, al fondo del pasillo, cerca de la gran ventana, que ya no estaba llena de sol y de sombra sino de una luz de color azul metálico. Caminó, estupefacta, hasta la última habitación del otro lado, más pequeña aún que el comedor pequeño y evocadora por ello de una comodidad más casera. También estaba pintada en un suave tono gris verdoso, con paneles y guirnalda, y el suelo dispuesto en formas de un marrón dorado. Entre las grandes ventanas que Nina tenía a su izquierda había una mesa de despacho, al otro lado de la habitación, frente a la puerta donde Nina se encontraba, un tocador, y entre las ventanas de la derecha una cama con dosel introducida en un profundo hueco en la pared que podía taparse corriendo las cortinas.

—Mi dormitorio...

Avanzó un paso, oyó que los truenos se acercaban, y en ese mismo instante volvió la cabeza y vio, claramente diseñada en exactos contraluces, acurrucada en la cama, de espaldas a la pared y con Lisabetta a su lado, a una muchacha, más o menos de su misma edad, que la observaba con la mirada llena de alegre interés y de hospitalidad.

Lisabetta, hecha un ovillo con la cola alrededor del cuerpo, la cabeza vuelta hacia Nina y la mirada igualmente firme y serena, no se movió para nada.

Un relámpago se había encendido y apagado, y Nina se dio cuenta por vez primera de que estaba oscuro. ¡Era tarde! Un trueno retumbó en el cielo justo encima del techo del museo. Pero ni Lisabetta ni la joven de la cama hicieron movimiento alguno, y su mirada no abandonó la contemplación de Nina. La cara de la joven, sus manos y brazos y el pelo del gato brillaban en el hueco lleno de sombras. Empezó a llover... más fuerte, más fuerte... un torrente, un diluvio. El viento soplaba y la lluvia azotaba las ventanas. No era posible que lloviera más y, sin embargo, llovía cada vez más.

—¿Qué hora es? —Mamá preocupada, telefoneando—. Tengo que... tengo que..., —diría su madre—. Siempre tenemos que... siempre tienes que... ¿Qué es lo que siempre tengo que... que pensar en los demás y no sólo en mí misma?

—Sabía que vendrías —dijo la chica en voz baja—: Tenemos mucho tiempo... tú y yo. O sea que es mejor que te vayas ya —después, tras un segundo de silencio—: Es mejor que te des prisa —dijo con la mayor serenidad, y la palabra «prisa» brotó con una extrañeza indescriptible, como si no pudiera de ninguna manera, aun habiendo sido pronunciada, tener relación alguna con ella—. Sabía que vendrías — repitió.

—Pero ¿qué significa...? —exclamó Nina—. ¿Cómo...?

—Da lo mismo —fue la respuesta—. Ahora da lo mismo. Es mejor que te vayas, pero debes volver. No dejes de volver. Aunque claro que volverás. De eso podemos estar seguras.

Nina retrocedió hacia la puerta sin apartar los ojos de la otra chica, cuya mano parecía oscilar en un halo de luz sobre la cabeza de Lisabetta. Cuando llegó a la puerta giró y echó a correr por el vestíbulo hasta llegar a la sala central, y allí se apresuró a llegar a una mesa tras la cual, un caballero de respetable apariencia y edad leía un periódico.

—El teléfono... ¿puedo...?

—Claro que sí, pequeña. Claro que sí.

La mujer de la librería respondió que la Señora Harmsworth estaba atendiendo a un cliente, y no prestó mayor atención a las dificultades y la desesperación de Nina. Tras unos momentos de confusión, su madre se puso al teléfono.

—Madre, estoy en el Museo Francés.

—Por el amor de Dios ¿qué es eso? Son las cinco y media y está diluviando. He tratado por todos los medios de localizarte, Nina. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Cómo vas a llegar a casa?

—No sé. Se me pasó la hora... parecía como si el tiempo no existiera. Podría esperar...

—Pero el museo cierra ya —le recordó el anciano caballero, inclinándose sobre la mesa y haciendo crujir el periódico. Al mismo tiempo, como para apoyarle, se oyó un

timbre por todo el edificio, lo que contribuyó a empeorar, por alguna razón inexplicable el desolado humor de Nina.

—Voy ahora mismo para casa... *sí*, está muy lejos. Pero a lo mejor hay algún tranvía. *Claro* que me voy a empapar, pero el museo *cierra*...

Una mano se posó sobre su hombro.

—Tengo un paraguas de sobra —dijo una voz de mujer—. Dile que no se preocupe... hay un tranvía a dos manzanas de aquí.

Después de colgar, Nina dijo:

—Es como si fuera el fin del mundo, o como si estuviera a un millón de millas de casa y no pudiera llegar hasta medianoche y el camino estuviera lleno de secuestradores. O como si tuviera cinco años, en esta ciudad grande y malvada.

Cogió el paraguas que le ofrecían y sonrió a medias a la mujer.

—No voy a ser yo quien se preocupe. ¿Qué más me da empaparme? Ya sabe...

Comenzó a abrir el paraguas y se dio cuenta de que todavía no había salido. Los visitantes que venían de la parte de atrás del edificio y del ala opuesta a la de los cuartos amueblados salían de los pasillos al eco de sus propias pisadas y se marchaban por las grandes puertas dobles. Otros bajaban del piso superior por la escalera curva, parándose para mirar los cuadros, murmurando cosas a sus acompañantes, cruzando la sala central... y las puertas se abrían y se cerraban, se abrían y se cerraban, y el ruido de la lluvia y el olor de la tierra empapada penetraban en soplos y ráfagas frías. El ruido era torrencial.

—¿Sí? —preguntó la mujer, mirando a Nina con interés.

—Me gustó la chica —dijo Nina—. ¿Es hija suya? Me gustó verla en la cama del dormitorio pequeño, con Lisabetta a su lado, a pesar de que me dio un susto de todos los demonios, sobre todo por los rayos. Me temo que no estuve demasiado simpática, pero la verdad es que no supe lo que pretendía cuando dijo que sabía que iba a venir. En realidad es muy rara. Cuando venía corriendo por el camino que lleva al museo...

Pero ¿cómo había sido? ¿Qué *sintió* exactamente cuando corría por el camino hacia el museo?

—No entiendo lo que... —musitó la mujer, pero entonces sonó el teléfono.

El caballero lo cogió, respondió y pasó el auricular.

—Para Vd., Sra. Staynes.

Lo tomó, sin apartar los ojos de Nina.

—No, no puedo imaginar..., —se puso a hablar distraídamente al teléfono.

Nina cruzó las puertas, salió al porche, abrió el paraguas de la Sra. Staynes y caminó bajo la cegadora lluvia.





Capítulo tres

Como no conocía ese lado del parque, como estaba lleno de calles sin salida y como el torrente de lluvia que caía hacía difícil levantar el paraguas para ver los nombres de las calles, Nina se había perdido al cuarto de hora.

El tranvía pasaba por la calle arbolada, al pie del parque, donde el muchacho la había esperado antes. Pero antes de llegar a la esquina, Nina vio que el tranvía se marchaba, lleno de pasajeros, como un tarro de miel descubierto por las abejas. En cualquier caso no hubiera cabido.

Ahora, en vez de subir otra vez al parque para tomar el camino conocido hacia su casa, corrió bajo las ramas de los árboles, empujadas por el viento, junto a la hilera de casas altas, ocultas tras los muros de ladrillo, cuyos jardines recortados y bien atendidos había visto desde la parte alta del parque. ¿Eran ésas las que podían llamarse mansiones de los ricos? Eran fabulosas, casas altas y separadas en una ciudad donde los apartamentos se apretaban unos contra otros, casas de grandes ventanales sobre el parque, de un lado, y sobre la bahía del otro. Grandes coches, todos perfectamente cuidados, se acercaban y entraban. Nina se detuvo, observando por debajo del borde del paraguas de la Sra. Staynes, entre las gotas que caían mientras el propietario se inclinaba, con su cartera y el periódico plegado, para recoger sus cosas, y el chófer conducía el coche con suavidad cuesta abajo por la calzada. La puerta del garaje se abría, sin que interviniera mano humana, al acercarse el coche, el interior se iluminaba solo, el dueño salía y la puerta del garaje se cerraba.

Nina siguió corriendo, pasó sin darse cuenta por la calle que doblaba hacia la izquierda rodeando el parque, y se encontró en un barrio comercial, entre tiendas deslumbrantes y sucias que nunca había visto. A su lado pasaban piernas embutidas en pantalones manchados de lluvia hasta los muslos. Faldas empapadas chasqueaban, viejos personajes de zapatos rotos y abrigos sin forma hablaban consigo mismos, sujetando sus paquetes con las manos empapadas, la cabeza baja y la cara torcida para evitar la cortante lluvia. Un hombre la increpó cuando, sin verle, chocó contra su costado. Cuando la lluvia amainó unos segundos, Nina bajó el paraguas y se paró en una esquina, mirando a las gaviotas que planeaban en círculos bajo una mancha plateada de cielo.

—Vamos, vamos niña... así nunca llegarás a casa —una vieja dama alegre y desdentada, con la cabeza descubierta bajo los elementos, la agarró por el brazo, cruzó con ella la calle y ya en el otro lado la abandonó, vivaracha como una pulga de playa, para desaparecer por una callejuela en la que los cubos de basura derramaban cáscaras de naranja y desperdicios de café y papeles manchados sobre la acera.

Las seis y media, decía la cara impertinente de un reloj eléctrico cuya aguja se movía segundo a segundo en la pared listada de un restaurante. Allí dentro, bajo una luz dura y fría, la gente se atiborraba rápidamente de comida, sin preocuparse siquiera de quitar los platos de las bandejas. No se habían quitado ni el abrigo, y vetas de agua recorrían sus hombros encogidos. ¡El museo, el museo! En la cabeza de Nina su imagen seguía viva, ahora especialmente la del comedor pequeño con sus pálidas paredes, las grandes ventanas con los cortinones recogidos por cordones, la sensación de delicada intimidad y pureza.

Siguió corriendo, preguntando aquí y allá por el camino hacia su casa, pero bajo la lluvia las respuestas le llegaban como murmullos confusos. Era como vivir una pesadilla en la que no hay camino alguno que conduzca a casa, mientras el tiempo se estira hacia el infinito como cargado de algún propósito insidioso.

De pronto, alguien le señaló su calle, increíblemente empinada, donde los coches metían el morro en la acera, y con un sollozo de alivio Nina subió por la conocida escalera oscura. En la entrada había un hombre, y ese hombre estaba cogiendo una revista de un estante bajo la caja postal de los Harmsworth, y a causa de todo lo ocurrido Nina se sintió poseída por una furia irracional. Corrió y le arrancó la revista de las manos, dejándole boquiabierto.

—¡Ladrón! —le gritó furiosa—. Es nuestra... *nuestra...*, —y corrió por el vestíbulo, corrió por las escaleras, subió otro piso, llamó con fuerza a su puerta y la abrió de golpe.

Pero las asombradas caras que se volvieron hacia ella bajo la luz inmisericorde de una lámpara de techo eran extrañas: un hombre, dos mujeres, un chico y varios niños, caras gordas y planas con ojos como ciruelas y bocas como hendiduras. La miraban fijamente. Una de las mujeres separó con ruido su silla de la mesa, donde la comida humeaba. Pero nadie decía nada, sólo miraban, sólo miraban torpemente, y olía a sauerkraut o a coles de Bruselas, y a grasa quemada.

Sin decir una palabra, Nina dio un paso atrás y un portazo y corrió escalera abajo a trompicones. Lo sabía... ¡lo sabía! Este edificio y el siguiente eran idénticos. Era algo que nunca había podido soportar que fuesen tan parecidos que no hubiese prácticamente forma de diferenciarlos si no se vivía en uno de ellos. Y ella *sí* que vivía en uno de ellos, y *sí* que podía distinguirlos, pero con la lluvia no había prestado atención. El hombre estaba en la escalera, subiendo torpemente en la triste y mortecina oscuridad, y era delgado, bastante frágil, y una vez más se quedó boquiabierto cuando Nina se detuvo un momento en su huida para ponerle bruscamente la revista en la mano.

—Lo siento —gritó—. Lo siento mucho..., —y saltó hacia abajo, dejándole allí musitando su perplejidad.

Al llegar a su apartamento sacó con frialdad la llave del bolso, la metió en la cerradura y abrió la puerta, la cerró y se quedó de pie con la espalda apoyada en ella... Estaba... no en su hogar, pero sí donde de momento tenía que llegar.

Su madre y su padre la miraron. Su madre estaba de pie, junto a la mesa, al lado de la ventana, con la cortina echada a un lado, o sea que debía haber estado mirando, y su padre estaba sentado en la butaca a la luz de la lámpara; sin duda había tratado de leer, pero el periódico reposaba en el suelo, a sus pies. Nina vio que sus ojos se cerraban un instante y que después extendía el brazo. Pero ella ni se movió, ni respondió.

—¿Dónde has estado, Nina... *dónde has estado?* —Su madre se acercaba, pero su padre seguía sin decir nada, sólo mirándola, sin quitarle los ojos de encima—. He bajado cien veces al portal... —Las manos de su madre estaban en sus hombros, resbalando hasta su falda, percibiendo la humedad, cogiendo el paraguas de la señora Staynes para que no inundara la alfombra—. Nina, estás helada. Estás temblando. Tienes que darte un baño... un buen baño caliente.

Sí, temblando, pero no de frío. Nina se puso rígida, volvió la cara y la aplastó contra la puerta.

—Esta ciudad... la *detesto*. No pienso quedarme. Me vuelvo a Silverspring. Puedo vivir con los Hudson. Antes de irnos Maizie dijo que podía quedarme...

Su padre seguía en silencio, pero Nina notaba su mirada fija. Había bajado el brazo, pero las manos de su madre estaban otra vez en sus hombros y Nina sentía la presión.

—Nina, ¿qué ha pasado? ¿Es que alguien... algún hombre...?

—¡No, no! ¡Nada de eso! —gritó Nina con impaciencia—. Me perdí, y todo es tan feo... ¡tan *feo!* —Apartó a su madre y cruzó el salón hasta el estrecho vestíbulo donde estaba la pequeña cocina sin ventanas, seguida de un cuarto de baño sin ventanas y, al fondo, el dormitorio de sus padres. Entró en el cuarto de baño, cerró la puerta con pestillo, y nadie entró ni dijo nada, pero Nina oyó que, al otro lado de la pared, su madre movía cazuelas sobre la cocina. Su padre se había quedado sentado en la butaca, en silencio. Sin duda pensaba que era culpa suya, culpa suya por traerles aquí, pero, después del año en que estuvo enfermo, con deudas y muy poco dinero, sin trabajo suficiente en Silverspring para dos contables, con lo que había perdido su clientela en beneficio de otro, ¿qué podía hacer más que venir a la ciudad cuando le ofrecieron un trabajo? Nina lloró rabiosa bajo la ducha, mezclando sus lágrimas con el agua, estirándose el pelo lacio y negro hacia atrás, sobre las orejas, como un chico, aplastándolo hasta tenerlo tan tirante como una piel de nutria. Tonta, se dijo a sí misma. Estúpida, imbécil por perderse y asustarse tanto tan cerca de... no de su hogar, *jamás su hogar*.

Se secó y se deslizó hasta el vestíbulo apretando la ropa contra el cuerpo y, una vez en el dormitorio, a oscuras, se puso el pijama, la bata y las zapatillas. Todavía a oscuras, se acercó a la ventana para mirar, a través de la lluvia, a una estrecha franja de ciudad iluminada que brillaba entre los techos de los almacenes.

—Una raja de vista —dijo en voz alta—, una franja de vista.

Ella que antaño miraba por encima de un valle azulado hacia las lejanas montañas tapizadas del verde de los bosques espesos. Desde la autopista que entra en curva en San Francisco había visto calles y calles perfectamente alineadas con las rígidas fachadas de edificios como aquél, planos, apelotonados, colinas de edificios, millas y millas de edificios, subiendo y bajando como miles y miles de dominós de distintos colores. Y nunca se hubiera imaginado, hasta que lo vio con sus propios ojos, que pudiera existir gente que no viera verde por la ventana, ni cielo, a veces una simple pared.

Alguien se acercaba a la puerta del dormitorio, y su oído le dijo que eran los pasos de su padre. Se acercó y la abrazó, apoyando la barbilla sobre su cabeza.

—Encontraremos un sitio —dijo—. No te preocupes, Ardilla, lo encontraremos... una casita.

¡Una casita! Con qué ligereza lo decía, con qué poco cuidado, igual que siempre. Era como un niño, repitiendo y repitiendo palabras sin significado alguno.

—¿Cómo vamos a encontrarla? —preguntó Nina, y la garganta le apretaba y le ardía tanto que casi no pudo articular la pregunta—. ¿Dónde puede encontrarse lo que nosotros quisiéramos? ¡Una casa!, —y lo que quería decir es que para ellos, que no tenían coche (no había valido la pena conservar el último que tuvieron, justo antes de venir de Silverspring) no había en una ciudad así casa que pudieran permitirse alquilar, salvo a millas y millas de distancia, sólo apartamentos. Lo que *tenían* que encontrar, repetía Nina, era una especie de apartamento especial desde donde se viesan árboles.

—Ardilla, Ardilla, eres como un fuego, llamas y chispas. Tu furia no se apaga nunca...

—Es que no puede ser, no puede ser —dijo, volviéndose para mirarle de frente—. Papá, no *dejes* que este sitio te baste. No te *acostumbres* a él. Ódialo... ¡no *dejes* de odiarlo! Es la única salida.

—Eres cruel, Nina —le diría después su madre, mientras lavaban los platos en la cocina—. Recuerda lo difícil que le ha sido encontrarse mejor. Debes dejarle en paz.

Lo que quería decir es que ya no tenía más ganas de buscar. Sábados y domingos eran para él un tesoro, y sólo deseaba tumbarse y leer, o a veces ir al parque, y la madre de Nina quería estar con él esos días únicos de la semana. Primero era él.

—¿Chris? —decía ella—. ¿Chris?, —entrando en una habitación donde sólo estaba Nina, como si siempre quisiera saber dónde estaba, *cómo* estaba. Ellos dos tenían su mundo privado, Pero no era eso lo que importaba. Nina tenía el suyo. Sabía que para ellos buscar otro sitio sólo les llevaba a deprimirse aún más, a la conclusión

de que ese apartamento— por lo que pagamos —añadiría su madre—, no estaba, después de todo, tan mal. Tenemos que ahorrar —decía—. Eso es lo que importa ahora. Si nos las arreglamos para ahorrar, más adelante estaremos en mejor situación.

—Mi mejor situación es lo mejor que puedo estar hoy —había contestado su padre, como abandonando el combate—. Era su madre, pequeña, enérgica, callada y nerviosa, la que luchaba y hacía planes y pensaba en el futuro. Pero no, pensó Nina, en salir de allí.

—Bueno ¿sabéis lo que voy a hacer? —dijo de pronto, volviéndose, pasando un brazo por detrás del cuello de su padre y notando, contra su voluntad, que una extraña sonrisa caída se instalaba en las comisuras de sus labios, sin querer, porque le amaba—. Aunque vosotros no busquéis... yo sí que lo *haré*. Os juro que yo encontraré algo.

Se hizo un ovillo bajo las tirantes sábanas de su cama. La lluvia seguía cayendo, pero ahora en silencio. El viento había amainado. En la oscuridad le volvió todo: el muchacho y lo que se habían dicho arriba en el parque, y cómo le había hablado del Museo Francés. Volvió a ver a Lisabetta corriendo como loca por la hierba, y oyó:

—Oh, Lisabetta, gata tonta —y después—. Oh-gust —en la voz de Mam'zelle—, ¡Oh-gust! —Recordó lo que había sentido mientras caminaba por el paseo hacia las puertas del museo—: ¡Ya voy! ¡Ya voy! —Pero ¿a quién llamaba, a quién hacía promesas? ¿A alguien, o simplemente al museo?—. Sabía que vendrías —dijo la chica, escondida en las profundidades de la sombra mientras su mano oscilaba luminosa sobre la cabeza de Lisabetta—. Tú y yo tenemos tiempo... mucho tiempo. Pero vuelve. Claro que volverás. —*Pero ¿por qué «claro»?* ¿Cómo había la chica podido decir «claro»? Porque *sí* que volveré, se dijo Nina. Siempre volveré. Ése es mi sitio. Y mañana será sábado.

Por la noche soñó que estaba sola en alguna ciudad desconocida, metiendo monedas en un teléfono público, desesperadamente, porque era tarde y estaba lejos de casa, pero no podía acordarse de su número ni encontrarlo en el listín porque había poca luz y las letras eran demasiado pequeñas.

—Si es usted nueva —decía una voz fría—, no estará en el listín. —Y nadie era capaz de decirle el número, a pesar de que la ponían con más y más personas, remotas e indiferentes, hasta que se le acabó todo el dinero.

—Pero mi madre estará desesperada... el tiempo pasa... El tiempo es un río sin riberas —dijo la voz fría—. Si no hay riberas, el tiempo no tiene por donde pasar.





Capítulo cuatro

A la mañana siguiente, Nina llegó al museo a las diez y cuarto, con el paraguas de la señora Staynes, y observó con la indignación de quien ve su posesión violada, que tras las rejas, por fuera, aguardaban dos autobuses de transpone escolar, grandes y amarillos, lo que significaba que todo el edificio estaría repleto. Decidió devolver el paraguas y visitar, hasta que los colegiales se fueran, el bosquecillo de helechos que había visto al otro lado del césped desde el comedor pequeño.

La masa móvil de cuerpos estaba reunida en el vestíbulo central, y un grupo era conducido hacia el ala sur, otro escaleras arriba, y la señora Staynes parecía disponerse a dar a un tercero instrucciones sobre el ala norte, la de las habitaciones. *Mi* ala. Nina la miró resentida, pero sus ojos se cruzaron por encima de las cabezas de los niños y, cuando Nina levantó el paraguas para enseñárselo, la señora Staynes le indicó que lo dejase sobre la mesa. Después le hizo una señal con la mano, como diciéndole: «¿por qué no vienes?». Lo último que se le hubiese ocurrido a Nina era acompañarles aunque, después de todo, podía escaparse si le apetecía.

La señora Staynes levantó los brazos para pedir silencio y Nina la estudió minuciosamente, como para memorizarla: la boca bastante redonda, de labios bien cortados, la nariz corta y definida, ojos profundos, frente alta y pelo espeso y marrón, recogido en un moño y sujeto, como ayer, por dos «palos», como Nina los llamaba, pero hoy eran distintos, no de metal, pensó, quizás de marfil. Aprobaba sin reservas el aspecto de la señora Staynes, fresca y bien vestida, pero cómoda con su ropa. Me costará años parecerme, y mi madre aún no se parece. Me pregunto por qué no... ¿será porque no tenemos mucho dinero?

—Ahora quiero silencio otra vez —dijo la señora Staynes—. *Todo el mundo*. — Todos se callaron—. Ya os he hablado de las habitaciones que tenemos aquí, y os he dicho que vamos a jugar a un juego. Tenéis que ser observadores y tener los ojos bien abiertos todo el tiempo. Si queréis acertar no podéis ir hablando y haciendo bromas y empujando. En esas habitaciones hay, en alguna parte, un anillo de amatista, un anillo con una piedra color lavanda claro, como cristal, sólo que, naturalmente, no es cristal, sino una joya. Me refiero a éste. —Mostró un gran dibujo en colores de un anillo donde se veían con precisión el corte de la piedra y su color—. Está a la vista y no podéis dejar de encontrarlo si de verdad miráis. No quiero decir que se trate de un

verdadero anillo que se pueda uno poner. Podría, por ejemplo, formar parte de una escena de alguno de los tapices grandes. ¿Lo habéis entendido todos? Acordaos de que no debéis tocar nada y de que tenéis una hora. —Sonrió—. ¡Ah, sí, hay premios!

Nina les siguió cuando se pusieron en movimiento, pero la magia, la inexpresable peculiaridad del lugar había desaparecido. Se quedó atrás; no era su colegio... no conocía a nadie. Le hubiera gustado preguntarle a la señora Staynes quién era la chica del dormitorio pequeño, pero la señora Staynes había desaparecido ya tras una puerta donde decía PERSONAL, dejando a una tal señorita Landsdowne a cargo de todo.

Cuando gran parte de la gente llegó a la primera habitación, que era la biblioteca, dispersándose en su interior, Nina siguió adelante, segura de que la chica la estaría esperando. Sin embargo, al trasponer la puerta del dormitorio pequeño vio en un segundo que allí no había nadie. El sol se derramaba entre los árboles, llenando la habitación; las paredes reflejaban una luz verde, como si fuera una concha que reposara en el fondo del mar, y la habitación misma parecía moverse a causa del movimiento de las ramas de fuera. El suelo brillaba como la miel o el agua de un arroyo. Tenía un aspecto profundo. Se acercó a la cama de dosel, intentando atravesar con la vista las sombras que se escondían tras las cortinas a medio cerrar, como si la intensidad de su mirada pudiera hacer aparecer a la chica, sentada allí hecha un ovillo con Lisabetta agazapada, semidormida y ronroneando a su lado. Pero ninguna forma emergió, a pesar de que Nina permanecía en pie junto a la cama, como si esperara algún juego de magia.

Pasó al vestíbulo, siguiendo sus contornos a través de toda el ala, de una habitación a otra, echando un leve vistazo a cada una y sabiendo, por algún extraño sexto sentido y antes incluso de que sus ojos terminasen de investigar que aquélla a quien buscaba no se encontraba allí.

La chica estaba en el salón de música, al otro lado del ala. Era una habitación que hacía esquina, en la parte de atrás, cuyas ventanas dominaban un mar de césped que se extendía hacia los jardines situados en la parte más alejada del terreno. Estaba de pie, detrás de un arpa que le sacaba dos cabezas, con los brazos extendidos a ambos lados, pasando los dedos por las cuerdas como si estuviera tocando; no había sonido.

—No muy satisfactorio —dijo, se volvió hacia el clavicordio, se sentó en la silla y deslizó las manos por encima de las teclas como si se hubiera pasado la vida tocando. Pero no apretó las teclas—. Naturalmente, oigo en la cabeza lo que estoy tocando. No habrás adivinado, verdad, que yo tocaba estos dos instrumentos tan bien que papá me llamaba a menudo para que diese conciertos a sus dignatarios. En cierto modo, es humillante. ¡*Farfelou!* —Se encogió de hombros con resignación y levantó la vista hacia Nina con una sonrisa burlona—. ¡Niños bobos! De todos ellos, sólo un chico y una chica encontrarán el anillo. Es como para no creérselo. No ven de verdad. La gente no ve, aunque les pongas algo delante de las narices.

Nina estudió la cara, cambiante y llena de vida, y percibió en la chica una rapidez, una especie de nervio ligero y luminoso, muy diferente a su actitud de ayer, como si

estuviera de un humor completamente distinto.

—Si yo buscara el anillo —dijo Nina con timidez—, también sería probablemente boba... lo probable es que lo estuviera mirando...

Parpadeó... porque en el anular de la mano derecha de la chica, que se cernía en ese momento sobre la tapa del clavicordio, estaba el anillo de amatista. Más tarde recordó que no destacaba, ni por demasiado grande ni por demasiado pretencioso, sobre la mano que se movió unos segundos por el instrumento. Parecía ser lo justo, como creado para aquella mano, expresión de la personalidad de la chica, que ahora daba la impresión de ser, en alguna indefinible manera, mayor que Nina, aunque eran aproximadamente de la misma estatura y Nina había dado por descontado que tenían más o menos la misma edad. Sin embargo, y de pronto, no estaba segura... nada segura. Ahora podía observar, a la clara luz de la mañana, la fina osamenta de la cara, la piel aterciopelada, los ojos grandes y brillantes y el cabello leonado que bajaba en curva hasta los hombros de la muchacha. Nina se sintió grosera por contraste, vergonzosamente consciente de sí misma como no lo había estado nunca. La chica llevaba traje largo, pero no había en él nada de la torpeza y domesticidad de los trajes largos que las niñas llevaban al colegio. Era de un material delgado y sedoso que Nina quería tocar. No tenía idea de qué se trataba, ni podía decidir de qué color era: a veces parecía ahumado, una especie de azul grisáceo, después color de mar, evasivo y cambiante.

—¿Es ése el anillo que la señora Staynes...?

—En cierto modo, sí. —En los ojos de la chica, sin embargo, se encendió un destello pícaro y una ceja se alzó. Nina pensó que podía tener cualquier edad, pero sin saber por qué—. Escucha, ya vienen. Quiero hablar contigo, pero no aquí, no con toda esta multitud. Me encontrarás en el patio dentro de media hora. Allí no te molestarán los guardas y podremos hacer lo que nos parezca. Pensarían que estás loca si te paseas hablando contigo misma como ayer. —Soltó una risita, se levantó y se dirigió hacia la puerta. De inmediato entraron en tromba cinco o seis chicos, corriendo de cuadro en cuadro hablando a gritos, se detuvieron ante un armario en cuyos estantes se exhibían instrumentos antiguos. Pero los instrumentos no tenían nada que ver con lo que buscaban, y se marcharon otra vez apresuradamente.

Nina se acercó a la ventana, la cara roja de vergüenza. O sea que era la presencia de la chica lo que había sentido en el umbral de la puerta cuando daba órdenes a la criada y a Auguste para que pusieran flores en la mesa y leña en la chimenea. ¡Qué impresión de tonta debió dar a quien la viera... y a quien la oyera! «Juro no volver a hablar conmigo misma... lo juro». Aunque la verdad es que es una costumbre bien cómoda. Y cuando se lleva practicando mucho tiempo, al volver por el bosque a casa, después de la escuela, o por la mañana temprano, en la orilla del arroyo, es una costumbre difícil de eliminar.

—Vamos, vamos... sigue adelante, nena. No te separes de tu colegio —era uno de los guardas, un hombre rechoncho y con aire aburrido, cara roja y ojos biliosos, que

la miraba sin moverse, con las manos cruzadas a la espalda en la inmemorial posición de todo guarda. Quizás porque tenía pelos en la nariz y también en las orejas, a Nina le desagradó inmediatamente. No le gustaba nada que la llamasen «nena».

A los diez minutos había encontrado el patio, completamente desierto, y al verlo tan apartado, con sus bancos de piedra rodeados de verdor y una fuente ruidosa y niños de piedra aquí y allá, remoloneó en sus límites, llena de indescriptible impaciencia, pero no se permitió poner ni un pie dentro hasta la hora fijada. Grandes puertas de cristal se abrían sobre las losas del patio, que olía a tierra húmeda, a cortezas, raíces y helechos, y percibió el perfume de flores que crecían en lugares protegidos.

Volvió a la sala central, donde se hallaban reunidos todos los del grupo de la señora Staynes. Sintiéndose súbitamente cómoda, sin ganas de quedarse en segundo plano, se abrió camino a codazos hasta el otro lado y allí se quedó, escuchando conversaciones y preguntándose sin mucho interés cómo serían los premios. Había oído a la señorita Landsdowne decir que se podía escoger.

—Quiero que se acerquen todos los que hayan visto el anillo —dijo la señora Staynes. Unos cuantos se adelantaron y, viendo que Nina, sin saber muy bien qué hacer, vacilaba, la señora Staynes alargó el brazo hacia ella.

—Sí, Nina, por qué no. No importa que no seas del colegio. Ahora cada uno de vosotros va a decirme, uno por uno, dónde habéis visto el anillo.

Todos lo hicieron, dando después un paso atrás y esperando, y cuando Nina se acercó y susurró que había visto el anillo en la mano de una chica en el salón de música, la señora Staynes, hasta entonces agachada para escuchar en secreto, se incorporó y la miró.

—Un anillo en una persona de verdad no, Nina —dijo—. No, no puede ser éste anillo... éste pertenece al museo.

—¡Un anillo en una persona de verdad! —se mofó uno de los chicos que estaban cerca—. ¡Cabeza de chorlito!

Nina, humillada, se movió hasta ponerse a su lado para darle un buen codazo, que el chico le devolvió vigorosamente, y se quedó rumiando su furia por haber estado demasiado segura de sí misma. Tal como la chica había anticipado dos colegiales habían visto el anillo en el único sitio dónde podía vérselo: en el retrato de una joven, *Dominique leyendo*, de Jean Louis Baptiste Chrysostome, en la pared de uno de los dormitorios grandes.

Nina se alejó al punto y encontró el retrato, en situación poco conspicua, entre dos arcones. La cabeza de la joven, de la que colgaba un delgado velo, se inclinaba levemente sobre las páginas de un libro. Su piel de marfil destacaba, a la luz de velas, sobre un fondo oscuro, y sus labios esbozaban la curva de una sonrisa irónica, como si lo que estuviera leyendo le hiciera gracia sin afectarla. La barbilla reposaba en una mano; la otra descansaba en la sombra del velo, que descendía en pliegues hasta la mesa. En el campo de sombra, la amatista del anillo reflejaba la llama. Sí, *estaba* a la

vista y no podía dejar de encontrarse si de verdad se miraba. El truco, sin embargo, estaba en la forma de mirar. Para una mirada fugaz y descuidada el anillo apenas estaba allí.

—Vaya, vaya —le dijo Nina al cuadro—. El anillo ha llegado, generación tras generación, a manos de la chica. Ésta es probablemente su abuela cuando *ella* era joven. —El parecido era asombroso.





Capítulo cinco

Atravesando la puerta de la biblioteca, Nina pasó al patio. Al no ver de momento a nadie, fue de niño de piedra en niño de piedra para mirar las caras, todas ellas perfectamente diferenciadas, donde resbalaba la caricia de móviles borrones de luz solar, los labios de sonrisas leves e inescrutables y los ojos vados, que, no obstante, devolvían la mirada con una expresión de serena alegría. Nina quería alargar el brazo y tocar una mejilla, acariciar un brazo o una pierna. La piedra parecía acogedora, no gris sino de un cálido color de sol.

—Cuando era niña... —dijo a sus espaldas la voz de la chica, como retomando una conversación apenas abandonada un minuto antes, y Nina se volvió, y allí estaba, sentada en un banco con las piernas cruzadas y las manos enlazadas sobre la rodilla.

—Cuando era niña, quería que viviesen, y les hablaba. Estaban en el patio de mi casa de Francia, cerca de Saint-Sauveur, en la provincia de Borgoña, colocados aquí y allá, como ahora. Tienen nombre, sabes... el niño que está del otro lado de la fuente es Cyprian, los que están a su lado Stephane y Chiro, y las niñas son Odile y Simone y Gabrielle —señaló a cada una de las estatuas—. Les van bien sus nombres ¿no te parece? Yo les hablaba como si estuvieran vivas; claro que siempre he estado bastante sola. A lo mejor soy un poco rara. ¿Tú también? —preguntó, como si se interesase por la salud de Niña.

Nina se acercó y se sentó al lado de la chica, observando que así el semicírculo de tulipaneros en flor las cobijaba de forma que no se las podía ver desde las puertas abiertas de la biblioteca. Miró con seriedad a la chica.

—No sé. ¿Lo preguntas porque hablo conmigo misma? A lo mejor sí que soy rara. Nunca me había parado a pensarlo. Pero me gusta estar sola, o con mi gato. Nunca me ha importado. ¿Cómo te llamas? No puedo seguir pensando en ti sin saber cómo llamarte. Yo me llamo Nina

—Sí, ya lo sé. Yo me llamo Dominique, aunque generalmente me llamaban Domi, menos mi abuela, que era una señora muy seria. Nunca le gustaron las cosas hechas a medias, ni la excesiva familiaridad. Y si tengo que llorar, debo retirarme, y a menudo cuando llego a mi cuarto no me queda nada, ni una lágrima, sólo un nudo pequeño y duro en la garganta, —Dominique volvió a levantar una ceja, como en el salón de música, y emitió una risa rápida y triste—. Hasta cuando fusilan a mi padre

tengo que esconderme para no ofenderla por abandonarme al dolor, aunque ella esté tan desolada como yo. Pero en ninguno de nosotros toleraría ni un atisbo de piedad. Lo que es... es. Sí, claro, siempre lo he sabido. La recuerdo frente a mí, muy tiesa, y su voz es como el crujido de un papel aplastado. «Han fusilado a tu padre», dice. Eso es todo. Después se da la vuelta... ahora sé que para que no se le viera la cara. Y a menudo pienso que tocarse un instante marca la diferencia entre un dolor total y sin esperanza y la posibilidad de soportarlo. Poder abrazarse, quiero decir. Pero la Abuela y yo rara vez nos tocamos... como mucho sus labios rozando mi mejilla cuando me iba por cierto tiempo, pero eso era todo, —Dominique se detuvo, y su voz se hizo profunda y tierna—. Mi padre era *muy* distinto.

Nina la miró atónita. Su padre, fusilado. Pensó entonces en el suyo, en cómo se le había acercado la pasada noche para abrazarla. «Ardilla», la llamaba. No podía acordarse de cuándo había comenzado a llamarla así... siempre había tenido ese nombre, pero sólo para él, un nombre especial y privado que nunca asomó a los labios de su madre. Y entre ellos, hasta los límites de su memoria, siempre había habido un sentimiento especial, no hablado, pero presente sin palabras, hasta el punto de hacerle ahora insoportable pensar con qué rencor vio la enfermedad que les había obligado a abandonar las montañas... con qué rencor le había mirado a *él*. Quería buscarle y decírselo; gracias a Dios que no le habían fusilado. Estaba vivo y le quería.

Notando de pronto una extraña textura en el silencio, Nina se rehizo, y le pareció que Dominique se había retirado, como si hubiera palidecido, transparentándose, perdiendo en cierto modo substancia.

—Me figuré, que ese cuadro —empezó Nina en voz alta, como para rescatar a Dominique de una gran distancia y sintiendo al mismo tiempo que un extraño dardo de temor se deslizaba como una pluma por la parte de atrás de sus brazos. Pero ahora, al oír su propia voz pulverizar el silencio del patio, volvió a sentirse torpe y desmañada en comparación con el pálido y elegante ser de cabello leonado, traje largo y zapatillas negras. A su lado, sus zapatos parecían grandes barcas desgastadas, y Nina los ocultó bajo el banco. Se fijó también en sus manos y sus uñas, a las que hasta entonces nunca había prestado especial atención—. Me preguntaba —dijo con una voz más normal—, si la del cuadro no sería tu abuela... o bisabuela. Ya sabes, la del anillo.

Dominique la miró de reojo, con exactamente el mismo tono de irónica guasa que curvaba los labios de la joven lectora del cuadro.

—Soy yo misma, Dominique de Lombre, Condesa de Bernonville. Buen parecido. Chrysostome me pintó varias veces. Era amigo muy querido de mi padre, aunque yo le viera pocas veces... sólo cuando venía al castillo a pintar a la familia.

—¡Pero el cuadro! —gritó Nina—. No puede ser... no puede ser *nuevo*.

Dominique rompió a reír, y sus ojos se alegraron hasta casi cerrarse.

—Moderno, querrás decir. No entiendes, ¿verdad? Claro que no. ¿Cómo ibas a entender? Pero te lo voy a explicar. Para empezar...

—Para empezar —interrumpió Nina, molesta al ver que se reían de ella—, ¿qué significa lo que dijiste ayer... que *sabías* que vendría? ¿Cómo lo sabías? Podía no haber venido, no haber venido nunca.

Dominique la estudió un momento, su mirada ilegible, sus ojos de un color púrpura tan oscuro que parecían a veces negros.

—No, no —meneó el índice de una de sus manos—. Imposible. Tenías que venir. Pero tienes razón... lo primero que hay que hacer es explicarse, porque de otro modo tendría que hacerte esperar demasiado tiempo antes de que esa pregunta pudiera tener respuesta. Bueno para empezar, después de haberse ido mi padre, cuando yo vivía en estas habitaciones del castillo sola con mi abuela... sin contar, claro, el servicio...

—¡*Éstas* habitaciones! —exclamó Nina.

—*Zut alors!* —Dominique se encogió de hombros, impaciente, y levantó las manos—. ¿No has leído los letreros clavados en las entradas? Me parece que lo primero que tienes que aprender es a ser más concienzuda. Estas habitaciones provienen de mi casa de Francia, los muebles, las puertas, los paneles tallados, los candelabros... todos traídos aquí para el museo, hasta mis niños de piedra y estos bancos y la fuente y las losas y ese reloj de sol que hay en la pared, colocados aquí en esta extraña ciudad de otro país, tal como estaban en casa.

—¡Pero *no* es lo mismo! Yo adoraba cada ladrillo y cada piedra de mi casa, y las vistas sobre los bosques y los campos desde todas las ventanas. Cada vez que me iba estaba deseando volver. O sea que esto es una especie de sueño, extraño y retorcido, de mi casa, lo mismo, pero misteriosamente distinto. Claro que no me fue posible quedarme allí, en Saint-Sauveur, viendo cómo aquellos bárbaros despedazaban mi castillo para modernizarlo, como ellos decían. Los detestaba.

—En cuanto a ti se refiere... una noche, después de la prisión y fusilamiento de mi padre, tengo un sueño. Y recuerda que esto es antes, *mucho* antes de que despedazasen mi casa para traerla aquí. En el sueño mi padre está tratando de decirme algo, y yo trato desesperadamente de comprender, tan desesperadamente que debo estar llorando mientras duermo porque al despertarme me quema la garganta. En el sueño sé de pronto que ya no estoy en el castillo, sino en algún otro edificio, lleno de salas resonantes que dan a habitaciones que yo reconozco como habitaciones de mi casa pero al mismo tiempo espantosamente distintas. Están algunos de nuestros muebles, algunas de las mesas, de las sillas, de las cómodas, de las camas, todo disperso y puesto de una manera tan extraña, sin ninguno de los queridos bibelots... sin objetos personales, ninguno de nuestras *pequeñas* cosas. Nada está vivido, todo es frío. Y gente extraña que se pasea, gente con ropa mal cortada y fea, y me indigna el aire que se dan de tener *derecho* a pasearse por allí. ¡Fuera!, les grito. ¡Fuera! Esto es propiedad privada... pero no me hacen el menor caso. Y cuando me voy a una de las ventanas grandes para mirar mi propio paisaje, creo que me he vuelto loca, porque ¿qué es lo que veo? No los huertos y tierras y bosques y tejas rojas de mi pueblo, sino edificios altos y extraños carruajes que se mueven solos a velocidades aterradoras, sin

caballos, sin nada que tire de ellos. Y se mueven casi sin ruido, aunque a veces se oyen chillidos penetrantes u otros ruidos fuertes que parecen avisos. ¡Aa-aarnk, aaa-rrnk!, chillan todo el tiempo...

—Bocinas —murmuró Nina, en voz baja, como para no interrumpir del todo.

—¿*Boz-inas*, dices? —respondió Dominique, y la palabra era tan incongruente en sus labios que casi perdía todo sentido—. ¡*Boz-inas*! Una palabra ridícula, que todavía no conozco, pero eso es probablemente por la situación en que me encuentro. Veo esos horrendos carruajes al otro lado del césped, más allá de los muros de piedra, y no hay cabañas, sino, según parece, una gran ciudad y yo estoy en mitad de ella.

—Me alejo de la ventana y corro llorando por este extraño edificio. Ah, qué desolación, qué solitaria tristeza la de los propios sueños. Y no hay respuesta... no hay consuelo...

—Lo sé..., lo sé —susurró Nina, fijando los ojos con intensidad en la cara de Domi y recordando su angustia de la noche pasada cuando soñó que trataba de telefonar a su madre desde alguna ciudad sin nombre y no lo conseguía.

—Y finalmente —prosiguió Dominique—, finalmente entro en el comedor pequeño, porque mamá y papá y yo siempre hemos comido allí cuando estamos solos y me resulta particularmente íntimo, me paro en la puerta y miro. Y hay una chica andando hacia las ventanas y diciéndole a la criada que ponga tulipanes amarillos en la mesa y a Auguste que traiga leña para el fuego. ¡Ah, esa chica me gusta! Me recuerda a mí misma, hablando con nadie, inventando escenas, jugando. Y me siento cálida, reconfortada en cierto modo, porque podríamos entendernos. Sin embargo, como sé que no es ése el buen momento de encontrarnos, me voy.

—Y luego llego entonces a mi pequeño dormitorio... mío y, sin embargo, ya no mío, y allí está Lisabetta, mi gata, mi gatita, ¡Lisabetta!, la llamo, y en seguida se acerca y cuando voy hasta la cama y me encaramo y trato de esconderme en la parte de atrás, aturdida y triste, sube de un brinco y se sienta a mi lado y ronronea su canto de satisfacción de amor y de compañerismo.

—Después, en mi sueño, te veo de pie en el umbral de la puerta, y se enciende un relámpago en el aire oscurecido y nos miramos... y detrás de ti veo a mi padre. Le veo, a pesar de que está muerto. Alguna relación hay entre vosotros, entre vosotros dos. Y entonces te das la vuelta y sales corriendo —corriendo a través de él— pero mi padre se queda mirándome y sonrío y asiento lleno de seguridad, como diciendo: «Ella nos va a ayudar, Domi. Ella es la que nos va a ayudar». En mi cabeza no hay la menor duda sobre el significado de sus palabras. Y entonces desaparece y me despierto con la garganta ardiendo, y hasta el menor detalle de ese sueño se queda impreso para siempre en mi cabeza.

Domi seguía sentada, bien derecha, con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas sobre la rodilla, y sus ojos, abiertos al máximo, miraban más allá del patio, fijos en algo intangible, como si estuviera aún perdida en la perplejidad de su sueño. Nina, bastante encorvada, apretándose el cuerpo con los brazos cruzados,

estaba vuelta de lado, con la mirada fija en el rostro de Domi. Esperó, pero ésta no siguió adelante.

—¿Y después, Domi...? ¿Eso fue todo?

—Sí —dijo Dominique—, eso fue todo. *Todo*. Nunca he vuelto a ver a mi padre en sueños, pero a medida que el tiempo pasa voy comprendiendo más y más que yo sola nada puedo hacer por él, y que tengo que hablar contigo ahora, cuando por fin llegas al museo y por fin nos encontramos.

—¿Qué sentiste cuando me viste ayer? ¿Te asombró ver que tu sueño se había hecho realidad?

—La verdad es que no. Pero me pregunto ¿cómo va a ayudarnos esta criatura... a mi padre y a mí? Parece muy improbable, del todo inimaginable. Pareces tan... —Se encogió de hombros y arqueó las cejas—, ¿cómo te diría? Tan poco compleja para este mundo. No quiero decir que no seas inteligente, pero no lo bastante sabia, no lo bastante experimentada. Sí, ésa es la palabra. Por ejemplo, la señora Staynes... si hubiera aparecido en mis sueños, ocupada como está en escribir una biografía de mi padre, entonces lo entendería. Ah, pero incluso entonces, —y el índice de Dominique volvió a moverse, hacia adelante y hacia atrás—, quizás el destino es sabio al escoger. Con la señora Staynes no puedo hablar. Sería del todo imposible... pero a ti, mi dulce, mi ardiente, mi abierta amigueta, a ti puedo contártelo todo. Sí, siento que puedo. Ah, ¡*tengo* que sentirlo! Y ahora... te pregunto. ¿Nos ayudarás, Nina? ¿A mi padre y a mí? ¿Tendrás suficientes agallas, como dicen en tu país?

Nina tragó saliva.

—Pero no comprendo. ¿Qué quieres decir con agallas? ¿Qué tienen que ver las agallas con todo esto? —lo preguntó dando muestras de tal sorpresa que Dominique rompió de nuevo a reír.

—Vaya, vaya... —rió hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¿No conoces esa expresión? ¡Bien por mí! ¡Cuánto he aprendido! Significa, *ma chérie*, significa ¿tienes suficiente firmeza interior, suficiente fuerza?

Nina se quedó callada unos instantes, tratando de asimilar, de abrirse camino hacia la comprensión de todo lo que Dominique le había dicho, y estaba a punto de hablar cuando de pronto Dominique dio un grito de exasperada desesperación.

—*Tiene* que haber un error. ¿*Por qué* me tendrías que tocar tú? Parece... la verdad, niña, es que ahora, ahí sentada con la boca abierta, parece, y ya me perdonarás, que no tienes cerebro dentro de la cabeza.

Nina se irguió y respiró hondo.

—No sé lo que se supone que debo hacer. Pero una cosa sí sé... y sí que tengo cerebro en la cabeza. No quise decir que no sabía qué significa tener agallas para algo. Lo que quise decir es que me preguntaba para qué iba a necesitarlas. Pero no se trata sólo de eso... la verdad es que eso es lo de menos. Sabías lo del anillo, y quién iba a encontrarlo. O sea que no comprendo para qué me necesitas.

Domi la estudió un instante, como considerando el significado final de sus palabras. Después, y súbitamente, sonrió.

—Tengo esas intuiciones rápidas y extrañas, Nina. Sé algunas cosas, pero, créeme, no adivino el futuro. Lo que a lo mejor podemos hacer tú y yo juntas es algo muy distinto. No es ninguna cosa pequeña, rápida, fácil, nada de lo que yo pueda hacerme cargo aquí y ahora. No puedo preverlo. En cuanto a ti, acabo de cambiar de opinión. ¿Me perdonas?, —tendió la mano, con la palma hacia abajo, y la amatista brilló, y Nina estaba a punto de coger esa mano cuando Domi la retiró de repente—. No —dijo—. No, no puedo... todavía no. No puedo probarte tanto. Antes hay que ocuparse de otros asuntos —apartó la mirada—. Si la Sra. Staynes te pregunta algo, no le cuentes más de lo necesario, lo que puedas. Nos volveremos a ver, y cuando nos veamos te contaré, desde luego, todo lo que necesitas saber acerca de mi padre y de mí. Creo, Nina, que vamos a ser amigas... buenas amigas, ¿no te parece?

El rostro de Dominique adoptó otra vez su más abierto y atractivo carácter, y Nina se sintió responder con una calidez irresistible. Sí iban a ser amigas... ¿por qué no? Y lo sintió con más profundidad y con más fuerza por la particular intimidad de sus encuentros, no deliberadamente secretos, pero que parecían desarrollarse así. Aparte de que Nina jamás había conocido a nadie ni remotamente parecido a Dominique.

Dominique se levantó y se alejó, y Nina estaba a punto de decir algo cuando oyó ruido de pisadas. Se levantó para ver quién era y cuando lo hubo visto se volvió otra vez. Pero Dominique se había ido.





Capítulo seis

—¡Nina! —dijo Helena Staynes—. ¡Sigues aquí! Me alegro... tengo que hablar contigo. ¿Tienes que ir a comer a casa? Mira, si te apetece venir a la casita de Auguste y tomar un bocado con nosotros ¿por qué no llamas a casa y preguntas si te puedes quedar? Usa el teléfono que está en la mesa del Sr. Quarles... paga el museo, dado que la cabeza de chorlito soy yo, no tú. ¿Sabes dónde está la casita? Del otro lado, bajo los árboles, al sur del terreno... la parte más cercana al parque. Te esperamos ¿verdad? ¿Verdad que sí?

La Sra. Staynes siguió su camino, cruzando el patio para salir por la puerta de atrás, y Nina, llena de alegría, sorprendida y curiosa, corrió a la biblioteca, recorrió el pasillo y llegó a la mesa del viejo Sr. Quarles. ¿Por qué era la Sra. Staynes una cabeza de chorlito?

Diez minutos después estaba en la entrada de la casita de Auguste, cuya puerta habían dejado abierta para que entrasen el sol y el aire dulce y rico que olía a hierba; Auguste y Philippe acababan de cortar el césped, cabalgando en las grandes segadoras. Allí dudó un instante, tratando de asimilarlo todo, los detalles que iba discerniendo poco a poco, porque el interior estaba oscuro comparado con la claridad del día: las paredes encaladas, el suelo de baldosa roja, la chimenea, enorme y oscura, la gran viga solitaria del techo, los tiestos de plantas sobre las ventanas y, en una de ellas, Lisabetta dormida al sol. Nina entrevió periódicos tirados en el suelo al lado de una silla, una chaqueta y unos zapatos también tirados... ¿y por qué no? Auguste vivía solo. Sentados alrededor de una mesa de refectorio sobre la que había un cartón de leche, un bote de mermelada, una barra de pan ya cortada, un queso, dos o tres tazones y una tetera, el muchacho del parque y la Sra. Staynes estaban comiendo. Al fondo, Auguste enrollaba, golpeaba y amasaba pasta, y Nina olfateó el perfume de mantequilla y de nueces. Ese olor era hogar. El hogar de Silverspring.

—¿Bonito, verdad? —dijo el chico—. Me refiero a la casita de Auguste. ¿Te acuerdas que te dije que había venido con Mam'zelle de Francia? Le prometió una casita igual a la que tenía allí, y ésta es la casita —la miraba como si supiera exactamente lo sorprendida que estaba de encontrarle allí... ¡sorprendida por todo...!, y le hiciese gracia. La observaba y sonreía—. ¿Has conocido alguna vez a un jardinero que se haga él mismo el pan?

La Sra. Staynes extendió el brazo hacia Nina, como invitándola a sentarse, y Nina se acercó.

—Mi madre solía hacer pan —dijo—, pero ahora no tiene tiempo.

—¿Te gusta el pan que se compra? —preguntó Auguste, enrollando y golpeando la masa de pan.

—No lo puedo soportar. No sabe a nada...

—Eso mismo pensamos nosotros —dijo la Señora Staynes—, pero gracias a Dios tenemos a Auguste. Toma, Nina, prueba este pedazo con mantequilla y un poco de ese queso picante. Y toma también algo de tomate y pepino. Están aliñados por Auguste... es un campeón de la ensalada.

Nina se quedó quieta, mirando a Lisabetta dormida al sol, a las paredes de la casita de Auguste, con sus retazos de sol, a las cómodas sillas que había aquí y allá, a Auguste, al chico y a la Sra. Staynes. No se acostumbraba. No terminaba de creerse que la habían invitado a estar con ellos allí, tan pronto, cuando apenas los conocía. El muchacho y la Sra. Staynes debieron sentir lo que pensaba, porque ambos se echaron de repente a reír, como acompañándola en su placer, mientras Auguste aplanaba la pasta, la cortaba por la mitad, confeccionaba dos rollos del tamaño de barras, los colocaba en sendos recipientes, ponía mantequilla en la parte de arriba, y entraba después en la cocina, donde los debió meter en algún lado para que subieran.

—Gil me dijo tu nombre —dijo la Sra. Staynes—. ¿Te extrañaba, Nina? Me dijo que oyó que los otros te llamaban así, ayer en el parque.

—Ah —dijo Nina—. Gil. Y ahora ya sé cómo se llama Vd. —dijo, sentándose al lado de la Sra. Staynes—. Helena Hampton Staynes. Lo vi en la mesa del Sr. Quarles, y me recuerda a Inglaterra. ¿Saben por qué?, —miró a Gil y después a la Sra. Staynes—. Es un juego al que jugamos papá y yo.

Pero no lo adivinaban, aunque en la cara de Gil se veía que pensaba que tenía que ser capaz, que era el tipo de persona capaz de adivinarlo.

—Ventanas con cristales de colores y Hampton Court [N. del T.: juego de palabras intraducible: *Stained glass Windows* = ventanas con cristales de colores] —dijo Nina—. Nunca he estado en Hampton Court, pero papá sí, de niño, cuando sus padres le llevaron por las Islas Británicas —untó de mantequilla una gruesa rebanada del pan de Auguste, cortó mucho queso, puso las rodajas, bien ordenadas, encima del pan y se sirvió la ensalada.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales Auguste se bebió lo que le quedaba de su té, para después marcharse a terminar de cortar el césped. Nina, llena de paz y contento, se comió el bocadillo, con los codos en la mesa, mientras miraba con detalle hasta el último objeto de la casita, que le complacía hasta el fondo de su ser. Su madre hubiera dicho que estaba desordenada, con las pertenencias de Auguste desparramadas, pero a ella le gustaba así. Y le gustaba que ni Gil ni la Sra. Staynes se sintieran obligados a mantener una conversación para hacerle compañía. Durante esos instantes de silencio siguieron comiendo, Auguste arrancó su segadora y se puso en

movimiento, se oyó el viento soplando sobre las copas de los árboles, y Lisabetta se estiró en el alféizar de la ventana, soltó un gran bostezo, y se acomodó otra vez con el morro apoyado en el nacimiento del rabo. Y Gil volvió sus ardientes ojos azules hacia Nina, que notó entonces por vez primera que no eran sólo azules, sino que tenían como una luz verdosa. Sostuvo serenamente su mirada, pensando que nunca había visto ojos así.

—Nina —dijo finalmente la Sra. Staynes—. Quiero disculparme por lo tonta que fui contigo delante de todo el mundo. Cuando me dijiste en voz baja que habías visto el anillo en la mano de una chica en el salón de música, en vez de contestarte en voz baja dije bien alto que no podía tenerlo una persona de verdad, lo que te puso en posición embarazosa.

—¿Quiere decir que me hizo parecer tonta? Bueno, la verdad es que lo fui.

—No, no —dijo la Sra. Staynes—. No, no creo que hicieras la menor estupidez, y Gil tampoco lo cree. Mi impresión es que después de haberte fijado en el dibujo que enseñé estabas segura de haber visto el anillo y, en consecuencia, segura de haber ganado. ¿Lo viste en la mano de alguien que te pareciera miembro del personal?

Los ojos de Nina se deslizaron fuera del alcance de los ojos que la miraban —los de la Sra. Staynes y los de Gil—, fijos e interrogantes. Conque esos dos habían estado hablando de ella. Habían decidido que alguna razón tuvo que tener. Sintió que el pulso se le aceleraba.

—Me equivoqué —dijo, sin darle importancia—. Probablemente hay docenas de anillos de amatista. Vi en el dormitorio el cuadro de la mujer que lee, y le eché un buen vistazo al anillo. Fue muy astuto elegir ese anillo para el juego. Cuanto más se mira, más parece salirse del cuadro, o sea que el que nos enseñó no era *cualquier* anillo, sino precisamente, y sin duda, ése. Es una especie de magia ¿no?... la del pintor...

Había recuperado la compostura, y lo sabía. Pero mientras seguía allí sentada, bien relajada, comiendo pan y queso, un diálogo consigo misma le recorría la cabeza. «Mantengo a Domi en secreto. ¿Por qué lo hago? Siento que quiero, que tengo que hacerlo, pero ¿por qué? Domi me dijo que le contase a la Sra. Staynes sólo lo necesario, o lo que pudiera. Que cosa más extraña. ¿Qué querría decir con eso? Aunque es exactamente lo que estoy haciendo, porque no parece que pueda hacer otra cosa». Levantó otra vez la vista, y parecía que la Sra. Staynes había estado esperando a que se recuperase.

—No escogí el anillo —dijo la Sra. Staynes—, sólo por la magia del cuadro, sino también porque le tengo especial cariño. Es mío ¿sabes? Es mi tesoro.

La cara de Nina se quedó sin expresión.

—¿Suyo?

—Sí. La familia de Lombre me había fascinado siempre, desde mucho antes de empezar la biografía en la que estoy trabajando... es la familia a quien pertenecían los muebles y todo lo que tenemos en esas habitaciones del museo. Hace unos años,

en Francia, me enteré de que iban a despedazar el castillo, y se lo dije a la Sra. Henry. Y un día, en París, en una pequeña tienda de antigüedades, me chocó el parecido de un anillo que tenían con el del cuadro, y al examinarlo encontré el escudo de la familia en la parte interior de la montura, cerca de la piedra. Excuso decirte que lo compré... pero para mí, no para el museo.

—Pero ¿cómo *puede* ser el mismo anillo? —preguntó Nina, estupefacta—. ¿Su anillo... y el de Dominique?

—¿Y por qué no, Nina? ¿Por qué no? Sí que lo es. Hemos mirado el cuadro con lupa y hemos comparado los dos anillos. Entre eso y el escudo de la familia, no queda la menor duda. Me encantaría poder llevarlo puesto, pero es un poco demasiado grande para mi anular, y no quiero ponerlo en manos de un joyero. Algún día tendré que hacerlo, pero me parece que en eso soy algo supersticiosa. ¿Te gustan nuestras habitaciones? ¿Significan para ti lo que pensabas?

—Sí, desde luego —dijo Nina, como en trance, sin oír casi su propia voz. ¿Cómo podían Dominique y la Sra. Staynes tener el mismo anillo? No podían. Lo que pasa es que la Sra. Staynes cree que lo tiene. No, pero eso no lo creo, salvo que haya dos, y eso tampoco lo creo. Una vez más, como antes, no podía recordar exactamente cuándo, un leve escalofrío le recorrió la nuca y le bajó por los brazos.

—Tuve la Sensibilidad —dijo, sin darse casi cuenta de lo que decía—, mi Sensibilidad de Museo, en el comedor pequeño...

—Tu sensibilidad de museo... ¿qué es eso?

Nina, apoyada en un brazo, estudiaba la veta de la madera de la mesa, una veta dorada bajo varias capas de cera. Al pasar el borde de la mano por encima, Nina pensó que la madera parecía seda, de barnizada que estaba. ¿Qué estaba diciendo la Sra. Staynes? Ah, sí...

—No puedo explicarlo exactamente. Nunca lo había sentido con tal fuerza... nunca así... en ningún otro museo, ni en el de Silverspring ni en el museo del parque del Golden Gate. Me encantan los museos, y lo que se encuentra en ellos... cosas viejas, muy viejas. ¿Le ha contado Gil que quiero ser conservadora de museo?

Nina observó que Gil y la Sra. Staynes intercambiaban una mirada rápida. ¿Se suponía acaso que Gil no debía haberlo mencionado? La había estado observando y escuchando. Nina tuvo la impresión de que, en silencio y para sí mismo, se había forjado una idea acerca de ella, y de que ella nunca sabría cómo era esa idea.

—Claro que una no se hace conservadora así como así —dijo la Sra. Staynes—. No es fácil, especialmente para una mujer. Sobre todo, llegar a la cabeza, quiero decir, Director de museo.

—Ya me lo figuro. Pero no importa. ¿Vd. es directora?

—No, Nina, yo soy archivera, la que supervisa la catalogación de cada objeto que entra en el museo. Me ocupo de que se siga la pista de todos. La Sra. Henry, la que llaman Mam'zelle, es la conservadora jefe, la directora. Hay distintas clases de conservadoras ¿sabes? Éste es su museo, le pertenece.

—Sí, ya me lo dijo Gil.

Cada cual había comido un pedazo de la tarta de chocolate que Helena Staynes había traído en una caja de cartón. La Sra. Staynes terminó el suyo, echó la silla hacia atrás y se estiró, con los brazos cruzados por detrás de la cabeza.

—Ay —dijo—. No quiero irme. Nunca quiero marcharme. Hay tanta paz aquí, en la casita de Auguste, que quiero quedarme para siempre. Pero tengo que ponerme en movimiento.

—Yo también —dijo Gil—. Tengo que irme —con la misma voz que en el parque, recordó Nina. Tenía que ocuparse de sus asuntos particulares. ¿Cuáles serían?

Se acercó entonces a Lisabetta, se agachó y hundió la cara en el costado, cálido y rítmico, de la gata, en la piel lustrosa que olía a hierba recién cortada, y Lisabetta levantó la cabeza y preguntó:

—¿Mung-goww? —despertando de su sueño y bostezando en la cara de Nina para después estudiarla, muy seria, muy directa, con sus ojos de color azul jacinto. Nina se incorporó y miró por la ventana mientras acariciaba distraídamente a Lisabetta, que se puso de lado y empezó a ronronear.

—Mi Lisabetta... mi pequeña reina —la había llamado Auguste ayer. Domi por su parte, había dicho:

—Lisabetta, mi gata... o gatita mía..., —algo así—. ¿Y qué relación podía haber entre Dominique, con su ligero traje y las zapatillas negras... y Auguste?

—Sra. Staynes ¿tiene Auguste una hija?

—No... ninguna hija, Nina. No tiene familia.

Entonces Lisabetta era como el anillo, que no podía pertenecer a dos personas. Y, sin embargo, así era.





Capítulo siete

Nina veía a Gil de vez en cuando en el colegio, y él movía la cabeza, levantaba un poquito una ceja y alzaba el brazo un instante. Pero no vio a Dominique en bastante tiempo. El domingo llovió sin parar y siguió lloviendo varios días, y Nina tenía que volver directamente a casa desde el colegio.

—Pero *¿por qué*, madre? ¿Qué importa que llueva? Cualquiera diría que estoy tuberculosa.

—Sencillamente porque me quedo más tranquila —decía la Sra. Harmsworth—, después de aquella horrible ocasión, y no quiero que te empapes dando vueltas por todo el barrio y sin volver hasta pasada la hora de la cena. ¿Por qué tienes que insistir tanto en ir a ese museo?

Nina se la quedó mirando, asombrada por lo injusto de la pregunta. Si apenas lo había mencionado, si no había insistido. No recordaba haber dado la lata ni una sola vez. Pero muy *bien*. Lo tendría presente. Y el viernes por la mañana, una mañana gris y silenciosa, se prometió en secreto buscar otra vez a Dominique, porque también Domi debía estar deseando, llena de impaciencia, tener otro encuentro con ella.

—Papá tiene que quedarse trabajando hasta muy tarde —dijo la Sra. Harmsworth mientras desayunaban—, o sea que he pensado que le esperaré para irnos a comer al centro y después al cine. Hace meses que no lo hacemos...

—Vosotros dos solos, querrás decir —y Nina vio cómo un extraño sentimiento de culpa asomaba a la cara de su madre—. Y ¿por qué no? No está lloviendo, y yo podría..., —enmudeció, a punto de pronunciar las palabras prohibidas.

—Hace tiempo que esperamos esa película... creo que no te gustaría, Nina.

Nina sabía que aquello quería decir que su madre la consideraba demasiado joven para la película.

—Pero si ya te he dicho que no me importa. ¿Me dejarás algo de comer, o es mejor que me prepare un huevo con tostadas?

Esa misma tarde, después del colegio, Nina entró en el museo, e inmediatamente se dio cuenta de que algo iba mal. Quizás lo que sintió se debía al hecho de haber visto a la Sra. Staynes y a Auguste fuera, la Sra. Staynes vestida con un traje de color púrpura vivo y agitando los brazos, señalando hacia los senderos de la parte más

lejana del césped y moviendo la mano por encima de los macizos de flores que se extendían a sus pies. Dentro del museo no había ocurrido nada; sino alguna cosa que Nina presintió. En el mostrador de información, el Sr. Quarles hablaba en voz baja y tono reprobador con un hombre mucho más joven, y súbitamente una mujercita vestida de rojo cereza, la mujercita del piso de arriba que había gritado «¡Lisabetta, gata tonta!» y había dado a Auguste instrucciones sobre varias cosas en relación con los jardines, salió de la habitación donde decía VICTORINE HENRY, DIRECTORA y se acercó rápidamente.

—¿Lo han encontrado ya? —preguntó—. ¿Lo han encontrado? —El Sr. Quarles negó con la cabeza y la mujercita morena dijo: «¡Tchk!», cruzó la rotonda, llegó hasta las grandes puertas y salió. Los hombres siguieron hablando, y Nina se quedó frente al cuadro *El Tiempo es un Río sin Riberas*, sin mirarlo de verdad y con los nervios en tensión, como un perro que olfatea a su alrededor esperando encontrar en el aire delicadas sugerencias. Varios guardas del museo se acercaron y pasaron junto al Sr. Quarles y el joven, y todos ellos dijeron:

—No, nada —o— no ha habido suerte.

Finalmente entró la Sra. Staynes, con Auguste y la mujercita morena, a quien la Sra. Staynes llamaba Victorine, y la Sra. Staynes le explicaba algo a Auguste, que la miraba como diciendo que sí, que lo había entendido todo desde el principio, pero que no podía hacer otra cosa que seguir haciendo lo que hasta ahora *había hecho*.

Salió, y al poco tiempo la Sra. Staynes y la Sra. Henry se volvieron y desaparecieron en el despacho de la Sra. Henry. Nina sonrió a la Sra. Staynes cuando ésta pasó a su lado, pero su expresión, a pesar de que sus ojos se posaron un instante en la cara de Nina, no cambió de la tristeza distraída al reconocimiento. Cuando el joven subió al piso de arriba, Nina se acercó a la mesa a preguntar cosas. Al poco rato, viendo que el Sr. Quarles se concentraba en una prolongada conversación con la última persona, Nina se dio la vuelta, desalentada, y se separó de ellos.

Todo iba mal.

El viejo vigilante bigotudo, el de los pelos en la nariz y en las orejas y la cara roja, observó que Nina se dirigía al pequeño patio, la siguió hasta allí y se quedó mirándola. ¿Qué quería *éste*? ¿Qué sospechaba? El día, gris y suave, había aclarado, la luz crecía a medida que la tarde avanzaba y, a través de la arcada cuya puerta de hierro daba a los jardines exteriores, el sol se derramaba sobre el patio, con los rayos truncados por las hojas de los tulipaneros sobre cuya superficie brillante lucía a intervalos. Los penachos de agua de la fuente chispeaban. Los niños de piedra reposaban entre sol y sombra, y la cambiante luz parecía poner en sus caras expresiones siempre cambiantes. A medida que cada uno de ellos iba quedando momentáneamente a la sombra, la piedra se iluminaba bajo sus barbillas, sus narices, las cuevas que formaban las cuencas de sus ojos y las palmas de sus manos extendidas. Era una luminosidad proyectada por las losas sobre las que caía el sol, y

les daba a los niños un aire mágico, como si en cualquier momento fueran a ponerse a hablar.

Pero, como era de esperar, la perfección de la tarde, de los niños de piedra y del patio, que olía embriagadoramente a tierra empapada de lluvia, musgo y plantas, se venía abajo con la presencia del Viejo Bigotes. Nina se sentó en el banco de Dominique, apartó un librito que alguien había dejado allí, colocó los suyos, abrió su cuaderno y levantó la vista. «¿Qué?» preguntaron sus ojos, fríos «¿pasa algo? ¿Hay algo de malo en que me sienta aquí a hacer los deberes sin que nadie me moleste?». Bigotes siguió su camino como si hubiera leído su mirada, dio una vuelta al patio y entró por las puertas de la biblioteca. Desde allí ya no podía ver a Nina.

—¡Dominique! —llamó Nina en voz baja, la cabeza inclinada sobre el cuaderno —. Aquí estoy... estoy lista —esperó, simulando trabajar. Pero nada ocurrió. Nina miró hacia arriba y a su alrededor. Ni rastro de Dominique. Y Nina sintió, como había sentido la corriente oculta de tensión en el museo, que Dominique no iba a venir. ¿Estaba enfadada? ¿Había Nina dejado pasar demasiado tiempo sin venir? Se levantó y exploró el patio, frío y caliente, buscando vislumbrar el rostro tentador y sin edad, la nariz desdeñosa, la piel aterciopelada, los ojos color amatista oscura, el cabello espeso y leonado. Sabía, sin embargo, que la búsqueda era inútil.

Recogió los libros y el cuaderno y atravesó todas las habitaciones del ala, deteniéndose para estudiar el retrato de la joven lectora, esa cara, la cara de Dominique iluminada por la llama de la vela, y para estudiar minuciosamente el anillo que brillaba en el encaje. Ahí está el anillo, ahí está el anillo de la Sra. Staynes. Y, sin embargo, ese anillo está ahora en el dedo de Dominique.

—No —dijo en voz alta—, no lo entiendo —y volvió tristemente al patio.

Esperó, tratando de adelantar con los deberes. Pero en vez de eso se dedicó a observar a los niños de piedra, y cómo disminuía la luz y cómo retrocedía el sol, dejando el patio en sombra. Los niños de piedra se habían retirado a algún mundo particular, suyo, y aunque hubieran estado a punto de hablar ahora ya no lo harían.

Nina, hasta entonces encorvada, se enderezó y se apoyó, para descansar la columna, en los brazos estirados, moviendo el cuello de un lado a otro. Después recogió ociosamente el librito que alguien había dejado sobre el banco y que ella había apartado cuando llegó la primera vez. En la portada decía *Diario de Odile Chrysostome*. Chrysostome... Nina conocía ese nombre, y el de Odile también. Chrysostome era el que había pintado el retrato de Domi, el del dormitorio, y Odile... Odile era una de esas niñas, pero no podía acordarse de cuál. Abrió el librito por la primera página y se puso a leer.

Pontoise

12 de junio de 1802

«Me llamo Odile, y tengo quince años. Éste es mi primer diario. Mi padre lleva uno y parece descubrir tanto placer y consuelo en él que estoy decidida a llevar uno

yo también. El dice que no se lleva un diario porque otra persona lo haga, sino porque se necesita. El lleva el suyo, dice, porque se siente de alguna manera obligado a confiar parte de sí a la palabra escrita. Tanto de sí, en cualquier caso, como pueda expresarse por escrito, para volver en el futuro a esas confidencias y tener una vez más la experiencia de aquellos placeres, humores y pesares, aparte de investigar sobre las fuentes de diversas teorías suyas en relación con su arte.

»Dice que sólo puede llevarse a la página escrita algo que se acerque a la verdad si al terminar el día se escribe lo que en ese día se ha sentido y se ha pensado. Si sólo se registran los grandes acontecimientos, olvidando los pequeños que te han impresionado por alguna razón inexplicable (a menudo son las cosas pequeñas, dice, las que prueban ser más fuertes en el futuro), se pierde toda precisión. Un tono especial del cielo, el mínimo detalle del razonamiento que lleva a una decisión, las palabras exactas que alguien pronunció, alguna evasiva delicadeza de los sentidos, el despertar de una emoción, todo desaparece. Pensamos que su memoria nunca se nos escapará, pero son igual que los sueños, a menudo claros al despenar pero confusos una o dos horas después, cuando sólo queda de ellos una impresión fantasmagórica.

»Por encima de todo, dice papá, si soy tan sincera como yo sé serlo, descubriré aquí, a medida que voy escribiendo, día tras día, algo de mí misma, algo de mi propia naturaleza que de otra forma me podría pasar desapercibido.

»Trataré de ser sincera, y para empezar a ser sincera confesaré que lo que me ha llevado a pedirle a mi padre este simple cuaderno de hojas en blanco es la alegría que me embarga. ¡Llega K! A medida que me voy haciendo mayor, cada vez me llena más de regocijo la esperanza de verle. Y cuando se va me gustaría encontrar la forma de saborear una vez más mi alegría y recuperar cada una de sus palabras y cada una de sus miradas, sus confidencias de nuestros largos paseos por los bosques, las historias de sus viajes y de la gente extraordinaria que ha encontrado que nos cuenta al anochecer: los grotescos, los débiles, los poderosos, los simplemente malvados (si es que los hay), y los camaleones que unas veces parecen oscuramente malvados y otras bondadosos. Las personas como K y mi padre me parecen totalmente buenos, aunque a veces están preocupados, llenos de una ansiedad que rara vez explican salvo, tal vez, el uno al otro.

»Llega K. Quizás algún día encuentre palabras lo bastante deslumbrantes como para figurar al lado de esas dos. Mi familia me hace rabiar porque K está casado y es mucho mayor que yo. Pero no me entienden, *ni* entienden mis sentimientos. Llegará dentro de...

Sonó un timbre. Y el aviso, duro y eléctrico, la única cosa del museo que a Nina no le gustaba, que parecía no estar en armonía con él, rompió en pedazos su concentración y le dolió en la parte central del cuerpo.

—¡Dominique! —llamó otra vez, en voz baja, como antes—. Aquí estoy... he estado esperando... ¿dónde estás?, ¿dónde has estado?, ¿por qué no vienes?, —

escuchó en el silencio del patio, y el suave chapoteo de la fuente parecía formar parte de ese silencio, escuchó bajo la luz tamizada en la que ya no había claro y oscuro sino sólo sombra y sombra más profunda. Mientras recogía los libros y los ponía sobre el cuaderno, oyó que unos pasos se detenían a su espalda, justo cuando se incorporaba para mirar y asegurarse de que no se le olvidaba nada. Se dio la vuelta, y allí estaba el Viejo Bigotes.

—Date prisa, nena —le dijo—. Ya es hora de ponerse en movimiento. No querrás quedarte encerrada aquí.

—Ya he *oído* el timbre —dijo Nina, repentinamente furiosa—. Ya lo he *oído*. Ya ve lo que estoy haciendo:

—Bueno, bueno —dijo, moviendo unas manos regordetas y brillantes, demasiado pequeñas para su cuerpo—, no hay que sulfurarse. Tengo que asegurarme de que todo el mundo se va.

La siguió mientras pasaba junto a la fuente y al lado de uno de los niños de piedra, una niña. Al pasar, Nina susurró:

—Buenas noches —y la niña le devolvió el susurro con una sonrisa de infinito significado. El Viejo Bigotes la siguió hasta la rotonda, aunque había otra gente, se fijó Nina, que echar de las habitaciones del castillo. Se acercó con parsimonia al cuadro de Chagall, se despidió de él en silencio, observó que el Sr. Quarles no estaba en su mesa y desechó sin vacilar la idea de preguntarle al Viejo Bigotes qué había ocurrido en el museo. Después pasó por las puertas y se encaminó hacia casa.

Cuando corría por el sendero hacia las puertas de hierro se sintió de pronto, por alguna razón, inundada de felicidad y poseída al mismo tiempo por una sensación de nerviosa expectativa. Sin embargo ¿por qué esperar algo, cuando no había visto a Dominique y podía, aunque pareciera extraño, no volver a verla? En casa no había nadie, y el apartamento estaría oscuro y lleno de ese asqueroso olor a cerrado y a polvo y a innumerables comidas que siempre le repugnaba, cada vez que abría la puerta, y que su madre era incapaz de eliminar por mucho que dejaba las ventanas abiertas. Era un olor que impregnaba para siempre las cortinas y las alfombras y los muebles, decía. Así ¿en qué ponía sus esperanzas? Pues en el libro de Odile. Tenía a su disposición toda la tarde, silenciosa, sin perturbaciones, para leerlo, y podía irse a la cama cuando le apeteciera.

Pero en cuanto llegó a la parte alta del parque y se volvió para mirar las últimas luces del atardecer sobre el mar, más allá del Golden Gate, decidió abrir el librito. Y en la hoja de guarda había un *ex libris* adherido que decía *De la biblioteca de Victorine Henry*. Nina se detuvo cerca del banco donde encontró por primera vez a Gil y empezó a darle vueltas en la cabeza al asunto.

Viejo Bigotes no la veía con buenos ojos; sospechaba de ella; no la perdía de vista. La Sra. Henry seguía, por cierto, en el museo, porque alguien que salía había abierto la puerta de su despacho y Nina, al separarse del cuadro, había vislumbrado su figura, sentada bajo una remota inflorescencia de luz de lámpara, con la cabeza

inclinada sobre su trabajo. Nina bajó corriendo la colina, cruzó la calle, donde el tranvía sonaba clack-clack-clack-clack, y corrió junto al muro que rodeaba los terrenos del museo.

Pero las puertas del museo estaban cerradas con candado, y Auguste se marchaba al son del tintineo del llavero que llevaba en la mano.

—¡Auguste! —Nina lo pronunciaba *Oh-gust*, como todo el mundo—. Auguste, tengo un libro de la Sra. Henry que me encontré en el patio y se me olvidó darle. ¿Se lo das tú?, —se lo enseñó, pasando la mano entre los barrotes de la puerta.

Auguste se acercó y le dirigió una mirada rápida.

—Ah, hola, eres tú —abrió el candado y lo sacó—. El museo está cerrado del todo. Acércate a mi casa y ponlo en la mesa. La puerta está abierta. Ya me ocuparé de que le llegue. Se restregó, arriba y abajo, la desteñida camisa con la palma húmeda de la mano. Había puesto en movimiento el riego automático en la sección norte de la entrada del museo, y los surtidores, largos y curvos, que se le deslizaban hacia adelante y hacia atrás le parecieron a Nina bailarines que giraban y giraban en el movimiento lento de un *ballet*. Auguste abrió de golpe la puerta, Nina salió disparada por el césped y oyó cómo aquélla retumbaba a sus espaldas.

El aire estaba lleno del nocturno perfume de las flores y la hierba mojada. Las copas de las enormes hayas cobrizas, cuyas cabezas se levantaban por encima del tejado del museo, ardían en color rojo indio bajo los últimos rayos del sol. Quizás fuera la mezcla de olores húmedos, o las figuras de los árboles, con cavernas de oscuridad instalándose a sus pies, o la amplia extensión de césped que la rodeaba lo que hizo ascender impetuosamente por el pecho de Nina otra ola de alegría. Quería gritar, correr más deprisa de lo que permitían sus piernas. Estaba borracha de libertad, de espacio, de atardecer y de los olores vagabundos de la tierra. De pronto, la luz del sol desapareció del cielo, y las hayas dejaron de arder. Las flores no eran sino corrientes de palidez en sus cuidados macizos.

—¡Lisabetta! —llamó alguien, muy bajo, a la derecha de la casita de Auguste.

Nina se detuvo para escuchar y observar. Ésa era Dominique. Entonces vio que Lisabetta corría de una cueva de sombra a otra, y detrás corría otra Lisabetta y más allá iba Dominique disparada, con los brazos abiertos, como si estuviera volando.

—¡Dominique! ¡Dominique!, —la voz de Nina se alzó levemente y pareció perderse en ese mundo espacioso de penumbra y sombras y elevadas formas vegetales. Corrió hacia ellas, hacia la muchacha y las dos gatas, y repentinamente la segunda Lisabetta se desvió y se acercó a toda velocidad. Nina alargó un brazo y se agachó cuando la gata se puso al alcance de su mano, pero no tocó nada. Era como si la pálida y peluda forma careciera de substancia y se deslizase entre sus dedos como una corriente de aire—. ¡Tramposa! —gritó, inició la persecución, se echó a reír y se volvió al oír otra vez la llamada de Dominique. Domi perseguía a la Lisabetta que Nina había intentado atrapar, y en ese momento la estaba levantando y enterraba la cara en la piel de la gata para soltarla después. Y entonces apareció la primera

Lisabetta, y las dos gatas corrieron inclinadas, saltando una sobre otra, brincando en el aire y finalmente alejándose en un vuelo hasta no ser más que dos motas brillando en la luz mortecina.

—Nina, tengo algo que enseñarte —la invitó Domi, alejándose, llamándola con una voz que remoloneaba en el aire silencioso.

—¿Dónde has estado? —contestó Nina, siguiéndola—. Te esperé.

—Lo sé. Te vi... pero el viejo cara-roja estaba mirando desde las ventanas de la biblioteca, y pensé que podía salir. Le va contando a la Sra. Staynes y al Sr. Quarles que hablas contigo misma...

—Pero ¿por qué iba a contarles eso, aunque yo no le guste nada? Yo hablo contigo...

—No hay que preocuparse, Nina, —Dominique cruzó ligera el césped hacia la parte posterior del museo—. Se va de vacaciones... tenemos dos semanas enteras... los demás guardas no se ocuparán...

Nina vio que las altas ventanas del despacho de la Sra. Henry inundaban de luz, proyectando sus formas, la vegetación y el camino de debajo y, al pasar, vislumbró a la Sra. Henry sentada junto a su mesa, aún trabajando. Dobló la esquina del edificio y vio más allá a Dominique, junto a la puerta que se abría al patio. Auguste no debía haberla cerrado todavía, porque Dominique desapareció. Había entrado y la había cerrado tras ella y Nina la vio al llegar, de pie junto a la fuente, al lado de uno de los niños de piedra. Nina levantó el picaporte y entró también. Dominique echó la cabeza atrás repentinamente y estiró los brazos, como si quisiera tocar el cielo.

—¡Mira, Nina, mira! Qué color... a esta hora de la tarde.

Nina levantó la cabeza y fijó la vista en aquella cúpula de azul poderoso, un azul que casi vibraba por el verde precioso que se destilaba en él. Por encima del despacho de Mam'zelle asomaba una estrella solitaria.

—Venus, Dominique. ¿La ves allá arriba? Ésa es Venus...

—Lo sé. Ven aquí, Nina. Quiero enseñarte algo.

Dominique alargó el brazo, pero antes de que Nina pudiera alcanzar su mano se puso de rodillas al lado de las losas que rodeaban la base del niño de piedra más pequeño, el que estaba más cerca de las puertas de la biblioteca. Señaló al suelo, y Nina, al ponerse de rodillas, vio, en el destello mortecino que se deslizaba a través de las hojas desde una luz todavía encendida en el museo, el pequeño círculo de oro y el reflejo de la piedra del anillo. Lo recogió, incrédula. Levantó los ojos y encontró los de Dominique, arrodillada como ella, frente a frente al pie de la estatua, pero miró otra vez hacia abajo al ver que la mano de Dominique se movía hacia adelante hasta que las puntas de aquellos dedos quedaron a una pulgada de los suyos. La palma de la mano de Dominique miraba hacia abajo, y en su anillo brillaba una amatista.

—Hay dos Lisabettas, Nina —dijo Dominique—. La Lisabetta de Auguste y de tu mundo, la que él o tú —pero no yo— podéis coger, y mi espectral Lisabetta, la que yo puedo coger... y tú no. Hay un anillo, el que llevo en el dedo, que nunca podrías

ponerte. Y hay otro anillo, ése, el que usa la Sra. Staynes. Yo no puedo tocarlo, aunque es tan mío como mío es el anillo que llevo en el dedo. Al contrario que las Lisabettas, que nunca han sido una sola, los anillos *son* un solo y simple anillo.

La mano de Dominique se movió otra vez, penetrando en la de Nina hasta que los anillos se fundieron... en uno solo.

Nina sintió que flotaba un instante en la helada oscuridad, hasta que cayó de bruces junto al pedestal de la estatua. Una brisa vagabunda movió las cubiertas de su cuaderno, abierto en el suelo, donde lo había dejado caer, al lado de sus libros y del *Odile* de Victorine Henry. El azul nocturno del cielo se hizo más profundo, los penachos de agua de la fuente brincaron ruidosos. Una rana amarilla y verde, no mayor que una moneda de veinticinco centavos, saltó sobre su mano fría, saltó otra vez, al suelo. Pero Nina no se movió.





Capítulo ocho

—... Una buena taza de café caliente —decía Mam'zelle. Estaba de pie y de espaldas, junto a la cocinita que normalmente permanecía escondida tras unos paneles móviles, pero esta vez los paneles estaban abiertos. Algo debía estar haciendo en el hornillo, porque tenía una tetera en la mano y acababa de echar agua hirviendo en una olla. Esperó uno o dos segundos y de pronto un tentador aroma de café llenó la habitación.

Alguien estaba frotándole un brazo a Nina, restregando y restregando con una mano de palma muy dura. ¿Por qué lo haría? Volvió la cabeza, vio que era Auguste, sentado a su lado, inclinándose sobre ella, y Nina observó la parte superior de su cabeza, el pelo blanco y tieso y el escorzo de su cara curtida y bronceada, donde largos surcos partían de ambos lados de la nariz para terminar en las comisuras de la boca. Auguste no se dio ni cuenta de que Nina le miraba mientras asimilaba concienzudamente su entorno. Se describió interiormente la habitación, «rica oscuridad», refiriéndose al tono de los paneles de madera. Estaba, sin embargo, sutilmente iluminada por la luz de mesa de Mam'zelle, una luz que daba brillo al lomo de los libros distribuidos por las paredes, a los colores de la espesa alfombra —rojos de seda, azules y verdes— y al dorado pálido del cielo raso, que reflejaba hacia el suelo una luz particular y tamizada.

Mam'zelle se volvió y se acercó a Nina, que empezaba a darse cuenta de que estaba acurrucada en un sofá, cuyos almohadones debían estar rellenos de plumón, y envuelta en una colcha. No tenía los zapatos puestos, y notó la presión de una botella de agua caliente sobre las plantas de los pies.

—Ah, ya estás aquí, pequeña. Ya has vuelto —dijo Mam'zelle—. ¡Qué alivio! He llamado al médico, y debe estar a punto de llegar, —Auguste echó un vistazo a Nina por debajo de sus cejas hirsutas, se levantó y Mam'zelle ocupó su sitio. Alargó la mano y tocó la mejilla de Nina.

—¿Cómo te encuentras, pequeña?

Nina se rió por lo bajo.

—¡Pequeña! ¡Si soy más alta que Vd.!

Mam'zelle sonrió y asintió.

—La verdad es que sí. Y siempre he admirado una buena estatura, elegante y esbelta, como la de Helena Staynes. Pero tengo que llamar ahora mismo a tus padres. Helena me dijo cómo te llamabas, creo...

—Nina. Nina Harmsworth. Pero en casa no hay nadie, Sra. Henry. Cenar fuera, y después van al cine, —Mam'zelle se quedó callada, como asimilando lo que había oído—. No suelen hacerlo, sin mí...

—Ya veo. ¿Te gusta el café, Nina?

—Sí, me gusta muchísimo, pero casi nunca me dejan tomarlo.

—Pero quizás en esta ocasión —declaró Mam'zelle— podrías tomar una taza. Auguste ¿no le importaría poner la cafetera en el carrito, y las tazas y los platos, y la crema y el azúcar para Nina? No lo tomas sólo ¿verdad, pequeña? —Auguste acercó el carro y Mam'zelle, morena, firme, pequeña, de pecho alto y hombros algo caídos, tan bien compuesta como un pájaro bien alimentado, sirvió el café y pasó las tazas con una mano ovalada en la que destacaba un anillo de oro, tosco y grande. Nina observó cada uno de sus movimientos, infinitamente tranquilizadores, y oyó el sonido metálico de una pulsera y el choque del anillo de Mam'zelle contra los bordes de los platos. Su silla, al otro lado de la enorme mesa de despacho, era magnífica, pensó Nina: respaldo alto, todo el interior acolchado en cuero verde oscuro.

—Bueno, Auguste, siéntese y póngase cómodo. Vamos a ponernos todos cómodos, —Mam'zelle se aseguró de que Nina tenía azúcar y crema, les ofreció a ella y a Auguste un plato de galletas, bebió un poco de su taza—. ¡Bien! Cuando te sientas con ganas, Nina, dinos cómo es que te encontraron desmayada en el patio. Si Auguste no se hubiera preguntado dónde te habías metido y no se hubiese dispuesto a cerrar el patio... entrando a echar un vistazo, por una corazonada, no sé lo que te hubiera ocurrido. Claro que el vigilante nocturno...

Nina se quedó mirando a Mam'zelle por encima de su taza.

—¿Me desmayé? ¿Cómo fue eso? Nunca me había pasado...

—Creemos que te desmayaste. O quizás te diste un golpe y perdiste el sentido. Pero no sabemos si al caer te diste un golpe en la cabeza o si te desmayaste y entonces te caíste. ¿Te acuerdas ahora?

Nina frunció el entrecejo. Había cosas que podía contar y cosas que no. Su cerebro se cerró inmediatamente sobre lo que no podía contarse.

—No había comido mucho, y a lo mejor estaba hambrienta. O a lo mejor fue al encontrar el anillo...

La taza de Mam'zelle saltó sobre su plato.

—¿El anillo! ¿Encontraste el anillo de Helena Staynes?

—Sí —dijo Nina—. No me extraña que estuviera preocupada. Está allí abajo, al pie de la estatua, la del niño más joven, donde me caí —miró a Auguste—. ¿Has visto mis libros y el cuaderno? Pues tiene que estar al lado. Y tengo un libro suyo, Sra. Henry. El de Odile.

—¿Odile? ¿Mi *Diario de Odile Chrysostome*? Conque ése es el libro que decía, Auguste, el que Nina trajo para devolver. Sí, ya me acuerdo... lo llevaba cuando Helena y yo salimos allí con algunos visitantes, y después entré y no me volví a acordar. Auguste, no ha terminado el café... —Auguste se tragó lo que le quedaba, se limpió la boca con el dorso de la mano y se levantó—. La linterna está en el cajón de la mesa, arriba a la izquierda, —Auguste salió, oyeron el ruido de sus zapatones con defensas de metal golpeando el suelo de la rotonda, y el eco de cada golpe demostraba, ruidito a ruidito, lo alta y amplia que era la rotonda, y lo vacía que estaba. El museo estaba muy silencioso. Finalmente oyeron que Auguste abría, a lo lejos, una de las puertas de la biblioteca—. ¡Si *de verdad* fuera el anillo de Helena! —exclamó Mam'zelle.

—Pero claro que lo es, Sra. Henry —dijo Nina, sorprendida—. Claro que lo es.

Mam'zelle estudió la cara de Nina con sus ojos negros, ahora confusos e inquietos.

—Nina —se inclinó hacia adelante—, ¿cómo es que estabas en el patio?

Nina dio otro sorbo de café y un mordisco a una de las galletas, planas, como almendradas, llenas de nuez.

—Pues claro —y Mam'zelle recuperó su posición inicial, como si se hubiera quedado satisfecha—. Viste la luz de mi despacho y pensaste que podías llegar por el patio, cruzando la biblioteca, y darme el libro personalmente en vez de dejárselo a Auguste.

—Vi su lámpara —dijo Nina con un hilo de voz. Eso era verdad. Pero miró hacia abajo y a otra parte, porque al no negar lo que no era cierto había mentido tanto como si hubiera dicho una mentira. Sin embargo ¿qué podía decir que ellos creyeran? Cuando levantó la vista, los ojos de Mam'zelle seguían fijos en su cara.

—¿Por qué te desmayaste, Nina? No pudo ser por encontrar el anillo. ¿O es que te tropezaste y te caíste encima de la estatua?

—No estoy segura... del todo —pero en su cabeza vio con claridad aquella otra mano, con la piedra del anillo que brillaba a la luz de la ventana del museo, entrando en su propia mano hasta... ¡pero no podía ser! Oyó el tintineo de su taza al hacer un súbito movimiento espasmódico de rechazo.

—Algo te asustó —dijo Mam'zelle con seguridad—, hasta el fondo mismo de tu ser —se oyeron entonces unas voces que se aproximaban por el pasillo norte y entraban en la rotonda, la de Auguste y la de otra persona—. Ése debe ser el doctor Marriot... le llamé cuando Auguste te trajo. Tenemos que estar seguros de que estás bien antes de llevarte a casa.

—¡No! —exclamó Nina—. Vd. no, Sra. Henry... por favor, Vd. no. ¿No podría Auguste...?

Pero Mam'zelle se había vuelto, había dejado taza y plato y ofrecía una mano a los hombres que entraban.

—Doctor Marriot, ésta es Nina Harmsworth.

Se apartó para dejar libre su silla y un hombrecito de edad, más bien rechoncho, como Mam'zelle, de pelo gris, cejas muy negras y ojos alerta y llenos de chispa, se acercó, se sentó y miró a Nina. Le puso una mano ligera sobre la frente y después se agachó para abrir su maletín. Nina vio que Auguste colocaba sus libros y el cuaderno sobre la mesa de Mam'zelle y que después sacaba del bolsillo el anillo de la Sra. Staynes para entregárselo a Mam'zelle. Lo cogió entre las palmas de las manos, movió la cabeza, asintiendo triunfalmente, hacia Nina, y se acercó al teléfono. Y por sus palabras de afirmación y respuesta podía juzgarse hasta qué punto Helena Staynes estaba gratamente sorprendida al otro lado del hilo.

A Nina le pusieron el termómetro, le miraron los ojos, le tomaron el pulso, le midieron los reflejos en las rodillas, le escucharon el corazón y le hicieron tumbarse boca arriba y tocarse la nariz, primero con el índice de una mano, después con el de la otra, para asegurarse de que era capaz de acertar «en mitad del botón», como dijo el doctor Marriot.

—Eso está bien —dijo Nina, sonriéndole y sintiéndose muy a gusto—. ¡Justo en mitad del botón!, —¿su particular bromita, o le estaba tomando el pelo? Acertó con precisión las dos veces. ¿No recordaba haberse golpeado? ¿No le dolía nada?—. No —dijo, no le dolía nada, y no se había golpeado. Sólo se había desmayado. El médico le dio un rápido capón, como quien llama a una puerta, y le aseguró a Mam'zelle que estaba muy dispuesto a creer que el desmayo se debía a que Nina no había comido lo suficiente. Naturalmente, Nina tenía que informarle si volvía a desmayarse.

Cuando Auguste y el médico se marcharon, Mam'zelle envolvió el anillo de amatista en papel de seda y lo metió en el bolso; en cuanto llevase a Nina a casa iría a dárselo a Helena Staynes. Pero Nina, sentada al borde del sofá, sintió, mientras se ponía los zapatos, el vacío gris de la depresión, una aversión casi enfermiza ante la posibilidad de que la llevaran. No *quería* que Mam'zelle la llevase a casa, pero nunca le habían dado permiso para ir ella sola de noche. En Silverspring sí; en San Francisco no.

Mam'zelle y Nina pasaron por un vestíbulo, en la parte de atrás de la rotonda, y llegaron a una puerta que Mam'zelle abrió y volvió a cerrar con llave cuando estuvieron del otro lado. Salieron por detrás del museo. El coche de Mam'zelle estaba sólo en el aparcamiento, y mientras caminaban hacia él Mam'zelle cogió a Nina por el brazo.

—La Sra. Staynes me cuenta cosas interesantes sobre ti. Por ejemplo, que de verdad quieres ser conservadora en un museo. O era... no sólo conservadora, sino conservadora jefe. Eso me intriga. Aunque, Nina..., —y aquí la voz de Mam'zelle se hizo uno o dos tonos más grave—, a lo mejor no te das cuenta de la cantidad de trabajo que te espera. Años de estudios de historia del arte y crítica de arte, por no hablar de la antropología y la arqueología... sí, hasta química. Y la verdad es que eso no es más que el principio. Y sin duda cambiarás de idea una docena de veces antes de cumplir los veinte años. *Por lo menos eso...*

—No —dijo Nina—. No, no creo que cambie, Sra. Henry. Todavía me acuerdo de cómo olía el Museo de Silverspring cuando tenía cuatro años, y de lo que entonces sentía... que era un lugar absolutamente especial... Siempre me gustó, y un poco más tarde, cuando ya era mayor, la Sra. Bourne me dejaba a veces que la ayudase... me dejaba barrer y quitar el polvo. Y justo antes de que tuviéramos que irnos de Silverspring me dejaba ya escribir las etiquetas con una máquina de escribir grande, porque soy cuidadosa, y de vez en cuando hasta me dejaba poner cosas en las cajas. Una vez que estaba sola, haciendo eso, tuve mi Sensibilidad de Museo. Quiero decir que, al tener en las manos los objetos fabricados por los pioneros y algunas de las viejas cosas que habían traído de donde vinieran, era como si entre sus vidas y la mía no hubiese tiempo intermedio —la voz de Nina se apagó y, a pesar del vientecito fresco que soplaba por encima del césped, sintió que le ardía la cara—. Es difícil de explicar. No sé... debe parecer una tontería y una niñería, dicho así...

—No —dijo Mam'zelle. Ya habían llegado al coche y metió la llave en la cerradura—. Nada de eso. Creo que podría decirse que yo también tuve una vez una Sensibilidad de Museo —abrió la portezuela, Nina dio la vuelta y entró por el otro lado en cuanto Mam'zelle levantó el pestillo—. No sé lo he dicho a mucha gente —dijo Mam'zelle—. Sólo a Helena Staynes y a una o dos personas más.

—Un día —dijo—, cuando tras la muerte de su marido decidió cobijar su enorme colección de arte en un museo dedicado a su memoria, llegó de Francia para conocer unos terrenos que su marido poseía desde hacía muchos años.

—Me enamoré de San Francisco —dijo— sus colinas, su aire, sus increíbles paisajes, sus calles que descienden bruscamente hasta el agua. Y el día que llegué aquí arriba estaba tan inquieta que casi tenía fiebre. El terremoto de 1906 no había destruido las casas del otro lado de la calle, frente al actual museo, y estaban muy bien cuidadas, pero las casas de apartamentos de este lado, todas apolonadas en el típico estilo de San Francisco, me parecieron muy comunes, sin el menor atractivo, por lo que supe que no iba a lamentar tirarlas. Pero me encantó la calle en sí, su atmósfera, sobre todo por los árboles... tenía algo de parisino. Y de pronto, en la acera, me llegó la Sensibilidad.

—En París hay un edificio, Nina, el llamado Ministerio de Marina, que ocupa una manzana entera de la plaza de la Concordia. Fue ese edificio lo que de pronto vi ante mí, sólo que más pequeño, cambiado para adaptarlo a estos terrenos, siempre elegante, siempre noble, con alas a ambos lados pero no demasiado impresionante —no más de dos pisos—, con jardines por los que pudiera andar la gente.

—Te he dicho que ése fue el edificio que vi frente a mis ojos. Y no quiero decir que de pronto me lo imaginase. Quiero decir que ¡lo vi! —Mam'zelle emitió la palabra «vi» con una intensidad tan penetrante y tan serena que, por tercera vez en el mismo día, Nina sintió que el vello de los brazos se le ponía de punta—. Las casas de apartamentos ya no estaban allí; habían simplemente desaparecido, y ante mis ojos se alzaba mi museo dorado, construido en piedra de Francia.

—Hoy mismo, ahora mismo recuerdo cómo mis ojos recorrieron pausadamente toda su extensión, asimilando con la mayor paz y satisfacción hasta el último detalle, observando los movimientos de Auguste que trabajaba en uno de los macizos de flores... esperaba traérmelo de mi casa de París. Vi pasar las sombras de las nubes, vi cómo la gente subía por las escaleras hasta el porche, y las grandes puertas verdes que se abrían y se cerraban, —Mam'zelle hizo una pausa, como rememorando con exactitud cuanto había ocurrido.

—Una especie de visión ¿no, Sra. Henry?

—Sí —dijo Mam'zelle—. Sí, supongo que lo fue. Y la tuve allí mismo, en la calle, a mediodía, mientras el tráfico rodaba y los niños patinaban a mi lado. Eso fue hace cuarenta años. Creo que Jules estaría encantado. Jules Henri... Ahn-ri... mi marido se llamaba así, como lo decimos en Francia, no Henry como dicen en este país.

—Jules —repitió Nina, pronunciándolo *Z-zhtile*, como lo captó su oído, y *Ahn-ri*, y *Frah-nce*, casi perdiendo la «n» en cada una de las palabras, pero haciéndola resonar contra el paladar como había hecho Mam'zelle.

—¡Ex-celente! —exclamó Mam'zelle—. Vas a aprender idiomas como quien no quiere la cosa. Eres un lorito. Y si quieres ser una conservadora de primera tienes que conocer varias lenguas... francés, italiano, español, alemán —dijo Mam'zelle, marcando cada una con un golpecito de su anillo en el volante—. Me pregunto si... —pero negó con la cabeza—. ¿Quién sabe lo que puede pasar, sobre todo hasta las vacaciones de verano? —Nina la miró sin moverse. ¿Qué era eso de *sobre todo* hasta las vacaciones de verano?—. ¿Te has fijado en todo lo que te dije sobre lo que tienes que estudiar para llegar a ser conservadora? ¿Esas materias especiales que no son más que el comienzo?

—Sí —dijo Nina—. Sí, me he fijado. Y el año que viene puedo empezar con los idiomas... y con el arte —se había exaltado—. Estudiaré a gente como el hombre que pintó *El Tiempo es un Río sin Riberas* ¿verdad?

—Sí, Nina, los estudiarás..., —y Mam'zelle se echó de pronto a reír, pero Nina sintió que no se reía de ella. ¡No de ella! Y las dos rieron, como llevadas por una alegría y una camaradería común, a pesar de que Mam'zelle la conducía a casa subiendo por esa calle oscura, estéril y amenazadora, entre el desorden de los coches que asaltaban la acera.

—Aquí —dijo Nina de pronto. Y su alegría le abandonó.

Mam'zelle aparcó, metiendo el coche en el primer sitio que encontró, y cogió el bolso, que parecía más bien un maletín.

—Entro contigo —dijo.

—No, Sra. Henry... *por favor*. No hace falta...

—Tengo que hacerlo, querida. Los portales estarán oscuros...

—Pero ¡es que son tan feos! —gritó Nina, desesperada.

Mam'zelle se quedó en su asiento, mirándola en silencio.

—Nina, conmigo sobra el orgullo, créeme. Y no pienso dejarte sola hasta que estés sana y salva en tu apartamento.

Escaleras arriba, en el vestíbulo oscuro que daba a la puerta del apartamento, Nina abrió y encendió la luz de la casa, luchando penosamente consigo misma, sin saber si debía invitar a Mam'zelle a que pasase. Mam'zelle abrió su gran bolso y sacó un librito.

—El *Odile Chrysostome*, para que lo leas esta noche en la cama. ¿Lo aceptarías... como regalo? Creo que te pertenece; es muy adecuado para ti, —Nina lo cogió y lo estrechó contra su pecho, mirando asombrada a Mam'zelle, y antes de que pudiera decir una palabra Mam'zelle extendió el brazo y le dio una palmadita en la mejilla—. Lo del patio —dijo—, *c'est un mystère*, Nina, *c'est un grand mystère* —se dio la vuelta y cruzó el recibidor, y cuando llegó a las escaleras se detuvo y se despidió de Nina con un movimiento de la mano.

—Buenas noches, Mam'zelle. Buenas noches. ¡Muchas gracias!

Nina leyó seguido, completamente absorta, hasta las diez y media. Después encendió la luz del dormitorio de sus padres, apagó la de la cama y se hizo un ovillo. Voy a soñar con Odile o con Dominique. Voy a soñar con el patio, y con la Lisabetta espectral, y el anillo, y la mano de Dominique...

Soñó, pero Dominique no apareció en su sueño. Estaba en un vestíbulo largo y estrecho, de techo alto. Las maderas eran blancas y las paredes estaban cubiertas de un papel verde musgo, con dibujos en blanco, pasado de moda pero muy bello. En el suelo había una alfombra de color verde oscuro, una alfombra sedosa, como la de Mam'zelle, sedosa y espesa que ascendía por las escaleras de su derecha. A un lado de la escalera había una ventana enorme, hasta la altura del segundo piso, que dejaba pasar un amplio torrente de luz. Y había helechos y todo tipo de plantas con flores en grupos espesos sobre una maceta de cobre a lo largo del amplio alféizar de la ventana. Alguien —pensó que debía ser Helena Staynes— decía algo detrás de ella, y la voz se desplazó lentamente hacia la habitación situada a la izquierda del vestíbulo. Nina estaba al pie de la escalera, mirando hacia arriba. En la escalera había niños de diversas edades, tres varones y tres hembras, hablando entre sí a gritos, y finalmente desaparecieron en el vestíbulo del piso de arriba, sin dejar de reír ni de alborotar, como encontrando tesoros que quisieran compartir con todo el mundo.

—¡Claro! Eran los niños de piedra del patio. ¡Chiro! ¡Gabrielle! ¡Cyprian!, y después ¡Odile! —gritaron.

—No —dijo la que debía ser Odile, la última en subir corriendo las escaleras, y Nina todavía pudo verla, de pie, mirando algo oculto a los ojos de Nina—. Esperad un minuto, que primero quiero que Nina vea algo. *Tiene que verlo...* ¡Nina, date prisa!

Nina empezó a subir, llena de ansiedad, con el olor fresco y húmedo de helechos y hierba regada en la nariz. Sus pies se hundían en la suave textura de la alfombra; observó que el apresto brillaba bajo los retales de sol, inquietos y atrapados por las

hojas. Odile se volvió entonces para apoyarse en la balaustrada del vestíbulo superior, y su rostro triunfante, vivo y luminoso, era el rostro de la niña del patio a cuyos pies Dominique le mostró el anillo de la Sra. Staynes.

Pero tan pronto hubo llegado Nina al segundo piso, y cuando extendía el brazo para coger la mano de Odile e ir con ella, toda la escena desapareció. Nina se despertó, tratando desesperadamente de recuperarla, con toda su vida y su intensa realidad, como si toda su felicidad dependiera de ello. Pero se había ido... había desaparecido para siempre. ¿Para qué me quería? ¿Qué quería enseñarme? Ahora nunca lo sabré. Y Nina sintió que el dolor la inundaba, y con él la viva y amarga sensación de haber perdido algo.





Capítulo nueve

—Seetaan misteer... seetaan ggrand misteer —eso es lo que dijo la Sra. Henry, la dueña del museo. Nina había decidido que, por alguna razón, el francés le resultaba extremadamente satisfactorio a su lengua—. ¿Qué quiere decir, papá?

Su padre la miró, sin dejar de beber su parsimonioso café de la mañana del sábado, y le dirigió la sonrisa, leve y dulce, que ahondaba nada más que un poquito las arrugas de las esquinas de sus ojos. Allí se quedaban, las pequeñas arrugas, como si estuviera siempre a punto de sonreír, cosa que a veces hacía, aunque no se riese a menudo.

—Es un misterio —dijo—. Es un gran misterio. Eso es lo que significa. ¿Y qué misterio es ése, Nina?

No contestó, pero después:

—Papá ¿tú crees en los fantasmas?, ¿en los espíritus?

—No estoy seguro. Me da la impresión de que los ingleses creen mucho más que nosotros, los de este país. A lo mejor es por lo antiguos que son sus edificios, algo que aquí no hay, pero la verdad es que hasta los más modestos propietarios de casas tienen historias de fantasmas en las que creen firmemente.

Ella sintió que la miraba, y al rato le dijo:

—¿Es por el museo? ¿Te da miedo volver?

—Papá ¿se puede amar algo y al mismo tiempo tenerle miedo?

—Claro que sí, Ardilla. Igual que se puede amar y odiar, como tú me amabas y me odiabas cuando nos fuimos de Silverspring.

Levantó la cabeza y un segundo después había echado la silla atrás y le estaba abrazando.

—No te odiaba, papá... papá ¡no te odiaba!, —le ahogaba de pasión—. Estoy tan contenta de que estés aquí, de que no te murieras...

Levantó los ojos hacia ella mientras sus dedos le apretaban un brazo.

—No te ocultes lo que ya sabes, Nina... confíesatelo... es mejor así, menos agotador.

Y al encontrar sus ojos, Nina supo perfectamente bien cuál era la verdad: no es que hubiera deseado su muerte, pero sí que le había odiado y, al mismo tiempo, en lo más profundo, le quería y nunca podría dejar de quererle, aunque sintiera otra cosa.

Pero ¿cómo puede alguien sentir al mismo tiempo dos cosas opuestas? Ella, sin embargo, las había sentido... y ahora las sentía en relación con Dominique: miedo, o más bien terror y, no obstante, una atracción tan poderosa que era más imponente que una simple fascinación. Quizás era una forma muy particular de amor.

Sonó el teléfono, y la Sra. Harmsworth dijo que era Helena Staynes, para Nina. Quería darle las gracias.

—Pero ¿por qué se puso el anillo, Sra. Staynes, sabiendo que le queda grande?

—Por el traje púrpura... y las visitas.

—Auguste o Philippe hubieran terminado por encontrarlo.

—La tierra lo habría tapado y se habría perdido para siempre. Pero juraría que miré alrededor del pedestal de la estatua de al lado de la biblioteca. Recuerdo haber estado allí, charlando.

—Se refiere a la estatua de Odile —no era una pregunta, sino una afirmación.

Tras una pausa.

—No sabemos cuál, de ellas es, Nina. Chrysostome no puso nombres en los pedestales, y las diferencias de estilo nos hacen pensar que no se esculpieron en la misma época, por lo que no tenemos ni idea de la edad que tenían unos niños en relación con los otros.

—Oh, dijo Nina, —sin entender nada—. Bueno, pues esa es Odile —se había perdido en el vivido recuerdo de su sueño, del momento en que Odile había gritado: «quiero que Nina vea esto. *Tiene* que verlo», para después volverse y apoyarse en la barandilla del vestíbulo de arriba. Los demás la habían llamado Odile y ella había contestado.

—Pero Nina ¿cómo puedes estar segura? Que yo sepa, no hay nadie que lo esté. En ninguno de los cuadros en que aparece de niña se la ve claramente, aunque sí que hay retratos de otros miembros de la familia. Del otro lado del hilo se hizo un silencio interrogante.

Nina contuvo el aliento, porque de pronto le vino a la cabeza, sin necesidad de razonarlo, que hablar de su sueño y de los niños podía llevarla a hablar de Dominique, que un día, en el patio, los había llamado a todos por sus nombres. Eso era algo que recordaba con toda certeza.

—¿Nina?

—Sí, Sra. Staynes, aquí estoy. Estaba pensando, y a lo mejor es por el diario... el diario de Odile. La Sra. Henry me lo regaló y he estado leyéndolo. A lo mejor es que quiero que esa estatua sea de Odile porque ella es mi favorita.

—Hay un segundo tomo —dijo Helena Staynes—, pero la Sra. Henry sólo lo tiene en francés. Tenemos que intentar conseguirlo en inglés... ahora que has empezado a conocer a Odile.





Capítulo diez

Nina terminó el diario el domingo por la noche. Como le molestaba la idea de haberlo terminado, empezó a leerlo otra vez, desde el principio, profundizando más en el personaje de Odile y en sus sentimientos por K. Pero ahora estaba más segura que nunca de que sólo los nombres de Cyprian y Gabrielle, los hermanos más queridos de Odile, se habían mencionado, y de que su instinto no la engañó cuando se abstuvo de hablar de su sueño. Porque ¿cómo iba a conocer, ni siquiera en sueños, los nombres de unos niños de quien ningún ser terrenal le había hablado?

El lunes, cuando Nina se encontraba en el auditorio en espera del comienzo de la reunión, Gil se acercó por el pasillo, vaciló un instante, y se dejó caer en el asiento contiguo.

—¿Por qué te interesa tanto el cuadro de Chagall de la entrada...? Me refiero al museo. La Sra. Staynes me lo dijo.

Nina reflexionó.

—No sé —dijo lentamente—. Sencillamente me... me gusta.

—¿Eso es todo? —insistió, fijando en ella sus ardientes ojos azules y verdes—. ¿Por qué te gusta?

—Supongo que por lo extraño que es. Es como un cuento de hadas donde podría pasar cualquier cosa y te la creerías —el chico sonrió un poco pero no respondió—. Ayer fui al museo con mamá y papá —siguió Nina—. Ellos no habían estado nunca, y cuando mi madre vio el cuadro dijo que no podía entender por qué Chagall lo pintó. Dijo que era como un sueño de locos, y que cómo podía saberse lo que significaba. Pero papá dijo que aunque sea un sueño, para él está lleno de significado, a pesar de que no pueda expresarlo con exactitud. Piensa que Chagall podría tener razón, que el tiempo es un río sin riberas.

—¿Y tú? —preguntó Gil.

Nina se volvió hacia él. Había bajado la cabeza y arrancaba pedacitos del lomo de su cuaderno y Nina observó los extraños dibujos que cubrían todo el azul desteñido de la cubierta.

—No sé. Nunca lo he pensado...

—¡Nunca lo has *pensado*!, —se volvió para mirarla, completamente exasperado—. Entonces ¿qué era todo aquello de tu Sensibilidad de Museo... en las habitaciones

de que hablabas?

—No te entiendo. ¿Qué tiene que ver mi Sensibilidad de Museo con el cuadro?

Gil suspiró como si llevara una pesada carga, se arrellanó en el asiento, puso un codo sobre el brazo de éste y apoyó la cabeza en la mano.

—Claro, lo que pasa —reflexionó—, es que cuando alguien ha llegado tan lejos como yo, probablemente espera demasiado. Por lo demás, apostaría que en cualquier caso nunca piensas de verdad.

Nina se le quedó mirando y vio que las comisuras de sus labios se crispaban y vibraban. La estaba haciendo rabiar. Pero de todas formas...

—¿Qué es eso de que nunca pienso? *Siempre* estoy pensando...

—No, no lo estás —dijo con ligereza, como quien no quiere la cosa—. La verdad es que te organizas un lío. Te limitas a mezclar cosas, las arrastras, y además lo sabes. Eso no es pensar... la forma de pensar que avanza paso a paso...

—Tu forma de pensar, sin duda.

Se rió por lo bajo.

—Sí, mi forma de pensar... a veces —reflexionó—. En cualquier caso, no importa —se enderezó de pronto, poniendo una rodilla delante de la otra, y el cuaderno se abrió al inclinarse. Los ojos de Nina percibieron color, miró hacia abajo, y allí estaba el cuadro de Chagall, una reproducción, pegado a una de las hojas de dentro. Gil cerró el cuaderno de golpe, y Nina levantó la vista y se estudiaron mutuamente, y en los ojos del muchacho había un desafío, pero de ninguna manera algo cerrado... más bien una invitación.

—Conque eso es —dijo Nina en voz baja—. Conque ése es tu proyecto... el Tiempo —lo supo con tanta seguridad como si la palabra estuviera escrita en su frente, o en la de ella. Y no sabía por qué el hecho de conocer el proyecto de Gil tenía de alguna manera que inquietarla. Quizá su imaginación se había encendido, porque al instante vio la conexión entre su Sensibilidad de Museo y el cuadro—. El tiempo es un río sin riberas... sí, inconmensurable e indefinible —y comprendió sin necesidad de palabras que era la paradoja y, en cierto sentido, la tristeza del tiempo lo que la empujaba hacia las posesiones de los que ya no estaban: objetos, objetos insensibles que no piensan pero que a pesar de todo tienen sus propias voces y sobreviven a la carne que los amó y los creó. Y comprendió también que había sido la inexplicable cualidad del Tiempo lo que probablemente había atraído a Gil, desafiándole y forzándole a la lucha. Se preguntó si también él había sentido su tristeza, algo que para ella nada tenía que ver con desaliento o abatimiento.

—Es verdad ¿no, Gil?, —él no contestó.

—No voy a contárselo a nadie, igual que tú no le contarías a nadie lo de mi Sensibilidad. ¿Quieres que te lo prometa?

La miró un instante y después negó con la cabeza.

—Si quisieras contarle se te escaparía. Pero no lo contarás. Y, en cualquier caso, probablemente da lo mismo... a los demás, quiero decir, no a mí.

Se quedaron mirándose a los ojos tanto tiempo que, de no haber sentido tan fuerte comunión, les hubiera dado vergüenza. Pero el caso es que permanecieron en ese mutuo intercambio, a gusto y sin la menor timidez; después, sus ojos se separaron y Nina volvió, hasta que Gil habló otra vez, a su mundo privado, en el que pensamiento e imaginación se mezclaban sin que ella supiera dónde acababa uno y empezaba el otro.

No estaba segura, al encaminarse hacia el parque después del colegio, si lo hacía para ponerse a prueba en relación con Dominique y la posibilidad de volverla a ver. Marny estaba sentada con dos amigas sobre el césped, cerca del banco, y no la vio aproximarse, no volvió la cabeza. Cuando Nina llegó a su lado vio que el cuaderno de Gil reposaba en el suelo junto a los de las otras. Lo supo inmediatamente, por los inconfundibles dibujos de la cubierta y del lomo desgastado y roído. Pero no era posible que él estuviera allí, porque había pasado a toda prisa por su lado cuando ella se iba del colegio, y había subido corriendo las escaleras de entrada, al parecer completamente absorto por alguna abrumadora y particular preocupación. Nina sabía que no la había visto.

Se detuvo un instante para reflexionar, ¿iba a venir, le esperaban las chicas? Dado el carácter extremadamente privado, para Gil, del contenido de su cuaderno, era absurdo que éste estuviera allí en el suelo. ¿Cómo es que lo tenían?

Marnychuck se volvió de repente y la estudió, y aquella otra escena del parque pareció revivir.

—Vaya —dijo—, aquí tenemos a alguien-en-un-museo, —Nina se acercó y se sentó, con las piernas cruzadas, en el círculo enemigo, mientras Marny la consideraba con ojos investigadores y mundanos. La primera vez que Nina le describió a Marny, con un toque de temor reverencial, su padre le dijo:

—Sí, es una de esas viejas. Nunca han tenido infancia y están en todo al cabo de la calle. No tiene nada que ver con la edad.

Marny levantó una ceja.

—¿Cómo tan amistosa, así, de pronto? ¿Necesitas algo?

Nina sintió que se le helaban las manos.

—En realidad, no...

—Si estás buscando a Gil —dijo Marny—, no está aquí... como podrás darte cuenta —las otras dos explotaron de regocijo, pero la expresión de Marny no cambió en absoluto—. Lo más probable es que siga en el colegio, corriendo de un lado a otro y tratando de recordar dónde ha estado —súbitamente sonrió, y las otras chillaron de alegría, y Nina comprendió al instante que le habían quitado el cuaderno a Gil y que Gil no sabía quién lo había cogido, ni si lo había cogido alguien—. Anda, callaos —dijo Marny, pero las otras dos no le hicieron caso—. ¿Sois Gil y tú muy buenos amigos? Esta mañana parecíais serlo.

—No le conozco muy bien. ¿Y tú?

—¿Quién no? Tal como se pasea por ahí, hablando consigo mismo y mirando de reojo y siempre escribiendo cosas, —Marny se rió apagadamente, sin duda pensando en lo que había leído, y Nina dio un respingo al oír la risa que salía de aquella cara flaca, de aquella boca inexpresiva y desgraciada.

—Cuando alguien ha llegado tan lejos como yo... —había dicho Gil. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Llegar dentro de sí? ¿Llegar pensando, penetrando en el tema que le fascinaba? ¿Aceptaba el hecho de no ser como los demás, que no le quisieran en absoluto, que le considerasen una cosa rara e insufrible? Sin embargo, era la única persona a quien Nina podía responderle con la verdad, por rara que pareciera, en vez de con evasivas, por lo que pudiera pensar.

—¿Puedo preguntar lo que estás haciendo, Gilbert Patrick? —recitó una de las chicas con una voz aguda y burlona.

—Estoy *pen-sando*, Sra. Trotter.

—¿Y qué estás *pen-sando*, si se puede saber, Gilbert Patrick?

—Lo lamento, Sra. Trotter, pero eso es asunto mío...

Cuando las amigas de Marny se disponían a soltar otra vez sus gritos de hilaridad, de la parte baja del sendero llegó un silbido penetrante, y las chicas se levantaron para echar un vistazo. Una vez iniciada la conversación con el silbador, Marny se levantó también, perezosa e indiferente, para unirse a los otros, apartándolos y apoyando los codos en sus hombros para dominar la situación.

Nina estiró inmediatamente el brazo, recogió el cuaderno de Gil, lo colocó debajo del suyo, se levantó y se puso en marcha, ni muy deprisa ni muy despacio, para que a cualquiera que mirara sólo le pareciera que sabía que no la querían por allí. Se controló hasta llegar a la curva del sendero que conducía al lado del parque que daba al museo, el trecho que había corrido, delante de Gil, la primera vez que éste le habló del Museo Francés, cuando él se lo tomó como un desafío hasta alcanzarla y pasarla. Pero Nina corrió ahora como no hubiera podido correr entonces, porque estaba poseída por una mezcla de alegría y terror, alegría por saber que ninguna de las chicas podía alcanzarla y terror por que el que había silbado era un chico. Si la alcanzaba, no le entregaría el cuaderno sin resistencia: esa resistencia ciega y temeraria a la que podía abandonarse cuando se ponía furiosa.

Corrió, sin mirar atrás, hasta llegar a la mitad de la primera manzana, pasadas las vías del tranvía, y desde allí echó un vistazo por encima del hombro. Y allí estaban, Marny y las dos chicas y el chico, juntos, en la parte superior del sendero, donde éste quedaba a la vista, y la miraban con toda calma, como divertidos, hasta que Marny dijo algo y todos se echaron a reír, se dieron la vuelta, empezaron a ascender y desaparecieron.

¿Qué pensaban hacer? Nina se detuvo en una droguería para preguntar cómo se llegaba a la dirección que Gil había escrito en la cubierta, y después echó a correr temiendo que Marny y sus amigos dieran la vuelta al parque y salieran, por detrás del museo, a cortarle el camino. Mientras recorría la larga avenida que se extendía cuesta

abajo desde el emplazamiento del museo no sabía si la habían visto antes de que se metiera por la calle de Gil y encontrara su número, que era el cuarto a partir de la esquina. Dos timbrazos nerviosos, se oyeron pisadas, la puerta se abrió y una mujer la miró. Se llamaba Nina Harmsworth, le dijo, sintiéndose mal porque le temblaba la voz, porque seguía sin aliento. Tenía el cuaderno de Gil, dijo. Se lo habían robado.

—¡Robado! —repitió la Sra. Patrick—. Para qué, me pregunto. Pasa, querida. — Le ofreció la mano y la deslizó por encima de sus hombros mientras Nina entraba—. He estado de compras y acabo de volver. No he tenido tiempo de almorzar, y en vista de lo cual me he preparado un té con tostadas para tomar junto al fuego.

—¡Qué suerte! —exclamó Nina, e inmediatamente se tapó la boca con la mano—. No me refiero a las tostadas... quiero decir por encontrarla en casa.

La Sra. Patrick se rió y condujo a Nina hasta el salón.

—Gil siempre come algo al llegar a casa, y seguro que tú también. Es bien natural... con todo lo que has corrido.

Nina se acercó al sofá y la señora Patrick cogió el cuaderno de Gil. Bonito, todo esto, pensó Nina, reconociendo la habitación, paseando la vista sin mirar directamente a nada en concreto. Era exactamente lo que a ella, a su madre y a su padre les hubiera gustado, algo cómodo y espacioso, con muchos libros y revistas y cuadros, y un fuego encendido. Qué cosa ¡una chimenea en un apartamento! No se le había ocurrido que fuera posible, pero ¿cómo encontrar un apartamento así? Debía ser espantosamente caro y su familia nunca podría permitirse algo así. De momento no. Durante mucho mucho tiempo, no.

—¿Quién le robó el cuaderno a Gil, Nina? ¿Lo sabes? —Y Nina le contó lo del parque, omitiendo los comentarios de Marnychuck sobre Gil y las burlas de los otros—. No tiene sentido —dijo la señora Patrick—. Estúpido y sin el menor sentido. Voy a echar otro tronco y a hacer más té, y nos lo tomamos juntas —y después, tras sentarse frente a Nina—, ¿estás en la clase de Gil? No recuerdo haberte visto. ¿Eres nueva?

—Acababa de llegar —dijo Nina—. Mordió una tostada caliente y rebosante de mantequilla, y la señora Patrick le pasó el tarro de mermelada de fresa y le preguntó si ya tenía amigos. Conocía a alguna de las chicas, respondió Nina, y a veces almorzaba con ellas, pero amigos... eso era otra cosa. Claro que sólo llevaba cuatro meses aquí.

—¡Cuatro meses! —repitió, irónica, la señora Patrick—. Bueno, depende del tipo de persona que seas ¿verdad? ¿Te molesta... quiero decir no hacer amistades con facilidad? ¿Te encuentras sola?

Nina negó con la cabeza. Nunca le había importado estar sola, no recordaba haber sufrido de soledad en Silverspring. Cuando después del colegio no estaba con una amiga, hablaba con Windy, que acudía a recibirla. Lo habían tenido que dejar con los Hudson porque hubiese sido una crueldad meter en un apartamento de ciudad a un gato que adoraba correr al viento, subir colinas, atravesar bosques. Solían marcharse

juntos al bosque, por la mañana temprano, cuando todo olía más fuerte que a cualquier otra hora. También al anochecer, cuando cada pequeña sombra en movimiento podía ser un ratón o un topo y se oían crujidos y ligeros movimientos, se volvía loco. Se escondía una y otra vez, para saltar cuando ella pasaba a su lado y salir corriendo por el camino, golpeando el sendero con las patas como un caballito, desapareciendo cinco minutos como si la hubiera abandonado y apareciendo de pronto detrás de una curva con una mano levantada, como diciendo:

—Pero bueno, ¿dónde te habías metido? Me he tenido que parar aquí, haciendo el tonto y desperdiciando la tarde mientras te esperaba...

La señora Patrick sonrió para sí, mientras bebía su té.

—Sí, puedo verle allí parado, esperando...

—Echaba de menos a Windy —dijo Nina— y echaba de menos sus paseos con él después de cenar, cuando empezaba a oscurecer y las luces se encendían, aquí y allá, entre los árboles. En la ciudad no se podía andar de noche, pero ¿para qué iba alguien a querer andar?

—Nadie —dijo la señora Patrick—, aunque hace siete u ocho años solíamos hacerlo. Es triste.

—Tenía un aire tranquilo y mesurado —decidió Nina—, que la hacía muy distinta de su madre, que ni siquiera en las montañas, a pesar de pasarse todo el día en casa, se hubiera tomado el tiempo de sentarse a media tarde para beber una taza de té, porque había trabajo en la casa —decía—, y en el huerto, y su marido estaba enfermo y había que cuidarle. Jamás se sentaba durante el día. Te enseñaba el recogedor. ¡Fíjate! —exclamaba—. Y eso que barrí ayer por la mañana. ¿De dónde sale todo esto? ¡No hay paz para los malvados!, —eso era algo que decía con frecuencia.

—Mi madre siempre me está reprochando lo de los amigos. No sé por qué... uno no puede *hacerse*....

—No —dijo la señora Patrick—, no se puede. No cuando eres uno de los solitarios... y estás así más contento que otra cosa.

—Papá dice que todo va mejor cuando nos hacemos mayores. A él le pasó. Estuvo enfermo y no pudo ir de niño al colegio, pero después encontró a los suyos.

La señora Patrick estudió a Nina y Nina pensó que tenía la misma mirada absorbente de Gil, sólo que la suya no era tan exigente, tan penetrante, y tenía los ojos oscuros.

—¿Eres amiga de Gil? —preguntó de pronto la señora Patrick.

Nina sonrió.

—No sé. No me había puesto a pensarlo. Quizás lo soy... ahora.

Se hizo un silencio, interrumpido por ruidos de llave, la puerta se abrió y se cerró, y Nina vio a Gil al otro lado del arco de entrada al salón, pasando sin mirar.

—Gil, Nina ha traído tu cuaderno.

Se quedó quieto, mirándola, y Nina se levantó y se lo llevó y pensó que sus ojos tenían ahora un color más sorprendente, en contraste con su cara blanca. Pero vio que

se llenaba de alivio al coger el cuaderno. No sonrió, se limitó a atezarlo con las dos manos, y después miró a Nina.

—Lo último que se me hubiera ocurrido en un millón de años... encontraros, aquí juntos, a ti y al cuaderno.





Capítulo once

—En el cuaderno había meses y meses de notas sobre su proyecto —les dijo, entrando y sentándose, y la señora Patrick se fue a prepararles unas tostadas. Era una mezcla de cosas que había copiado y de cosas que había escrito, cada vez que una idea le asomaba a la cabeza, por loca que fuera, y cuando había demasiado archivaba las hojas y ponía otras nuevas. Si se le hubiese perdido, jamás lo hubiera recuperado, ni se hubiera acordado. Pero ¿cómo es que aquellas chicas lo sabían?

La señora Patrick entró y colocó sobre la mesa un plato y una taza de café, Gil extendió una espesa capa de mermelada sobre la tostada y se puso a comer.

—Lo que pasa es que siempre tienen que estar tramando algo —dijo finalmente, pensativo—, algún truquito idiota, por poco sentido que tenga. Me caen como una patada.

La señora Patrick se rió por lo bajo y Nina, mirando a Gil de reojo, observó lo espesas que eran sus pecas, como manchas diseminadas por su cara delgada, una cara que por su delgadez le hacía parecer mayor de lo que seguramente era. En una décima de segundo supo exactamente cómo debía parecerles a los otros, con su secreta intensidad, su manera feroz de mirar a la gente, distraído, de forma que su interlocutor, extraño a su especie, tenía que sentirse incómodo, innecesario, insultado. Sí, era extraño. Pero no insufrible como debían considerarle los demás. Para ella era exactamente lo contrario.

Levantó la vista y se encontró con los ojos de la señora Patrick, tranquilos, ligeramente sonrientes, como si tuviese todo el tiempo del mundo o como si el tiempo estuviera en suspenso en esta habitación, en este particular momento, sin que fuera necesario pronunciar una palabra. Gil miraba al fuego, libre ya, al parecer de su enfado, porque de pronto se echó hacia atrás, se estiró todo lo que pudo y soltó un suspiro de satisfacción. Nina observó el movimiento de las llamas y escuchó el crepitar del fuego cada vez que un tronco se movía. Estaba consciente de la calma y de su propio contento, que a menudo le pasaba tan desapercibido, que no solía experimentarlo hasta después, cuando miraba hacia atrás, y todo había pasado.

Gil se incorporó, terminó el café, extendió el brazo y puso la punta de su dedo sobre la rodilla de Nina.

—¿Te gustaría conocer un cuarto algo desordenado?

Tenía dos ventanas grandes, con vistas a la bahía, y era un cuarto aprovechado al máximo, hasta el último rincón. Nina pensó que era muy personal, y típico de Gil. Había una mesa de buen tamaño y bien desordenada, estantes repletos que cubrían media pared. Una almohada grande e irregular, de las que sirven para leer en la cama, descansaba en el suelo. La mesilla de noche era mucho más grande de lo normal, y toda su superficie, alrededor de la base de la lámpara, estaba cubierta por material de lectura, amontonado al azar, del que asomaban innumerables tiras de papel. Debajo había un estante en las mismas condiciones. Montones de revistas, cuadernos, libros de bolsillo y cartas ocupaban todo el espacio disponible al pie de las paredes, junto con varios archivadores repletos de tarjetas entre las que se intercalaban indicadores de materias.

En las paredes había cuatro carteles, al parecer escritos por Gil, en letras mayúsculas. El de encima de la mesa decía:

El tiempo es el fantasma del espacio.

HENRI BERGSON

El que estaba entre las ventanas:

He de saber de ti cada día de la hora.
Porque cada minuto contiene muchos días.

WILLIAM SHAKESPEARE

El de al lado de la puerta:

El hombre de ciencia vive tan cerca del misterio
y la maravilla como el poeta o el artista.

PAPA

Y el de encima de la cama:

¿Qué se esconde en los confines
de la percepción, de donde cualquiera podría
surgir, no necesariamente de nuestra capa
de tiempo?

LONNY

Al leer el último, Nina se quedó como paralizada, cosa que no le había ocurrido la primera vez que oyó esas mismas palabras de labios de Gil, porque entonces toda la experiencia de Dominique estaba todavía por llegar. Estaba junto a la cama, mirando hacia arriba.

—Esto es lo que dijiste...

—Ya lo sé. Es lo que dije aquella vez que nos pusimos a hablar, en la parte alta del parque, de la cantidad de niños que morían antiguamente, y dijo que eso no era todo. Me acuerdo perfectamente. Pensé que eras una chica muy fuera de lo común.

Nina sintió que le cambiaba el color de la cara. No sabía cómo reaccionar con él, con su forma de soltar inesperadamente, como esta vez, todo lo que se le ocurría. Ahora sabía que él llamaba a su madre Lonny y le gustaba, aunque en Silverspring nunca había oído llamar a una madre por su nombre de pila. En el caso de Gil sonaba bien, a camaradería, para nada frío ni presuntuoso. Se desplazó para sentarse en el brazo de una butaca, repitiéndose para su coleteo:

—¿Qué se esconde en los confines de la percepción...?

Y se le ocurrió que Gil podría entender lo de Dominique, que un día podría contárselo y llegar a sentir que la mano de Dominique fundiéndose con la suya no era de hecho el acontecimiento terrorífico e insoportable que algo primitivo, atávico en ella, le hacía sentir en el cuerpo.

—Tu padre, Gil... ¿creería él que alguien puede surgir?

Reflexionó.

—No estoy seguro. Papá es físico, pero a pesar de todo sé que no sólo cree en los misterios sino que también cree que algunos de ellos van a tener que seguir siéndolo. Cuando Lonny lee poesía en voz alta, él dice que le sugiere cosas que quizás no tengan nada que ver con el poema. Quiero decir que le gustan los destellos pequeños, extraños, no frontales... ideas que no quepan en fórmulas.

—Pero, «el tiempo es el fantasma del espacio». Eso no lo cojo —dijo Nina—. ¿Cómo puede ser? ¿Por qué ha de ser así?

Gil estaba encorvado, encima de la cama, con las piernas cruzadas, y frunció un instante el entrecejo, mirándola.

—Puede ser —dijo—, porque el espacio es algo real —algo que existe—, mientras que el tiempo sólo está en nuestra cabeza. Igual que tiene que haber cuerpos para que llegue a haber fantasmas —o sombras, si prefieres— de los cuerpos, tiene que haber espacio para que nos podamos hacer una idea de algo como el tiempo, espacio para que los objetos se muevan en el tiempo, para que cambien, porque todo *cambia*. Sin espacio no hay tiempo.

—Lo entiendo por encima —dijo Nina unos instantes después—, pero no en toda su profundidad.

—¿De veras lo entiendes, Nina? —dijo Lonny Patrick desde la puerta—. Me temo que yo no... ni por encima, quiero decir. Gil —dijo—, son casi las cinco y media. ¿Qué pasa con Nina...?

Nina se sobresaltó:

—¡Ay, no voy a poder llegar a casa antes de las seis... ni a tiros! ¿Puedo llamar por teléfono? Mi madre termina el trabajo a las cinco y media... si no ha...

—Pero Nina, queremos que te quedes a cenar, y luego te llevaríamos a casa —la señora Patrick les precedió hasta el gabinete—. No —dijo, echando una mirada—,

sólo son las cinco y veinte. Tienes tiempo. Pero pregunta si te puedes quedar —salió, y Nina oyó ruido de pucheros en la cocina y después la puerta principal que se cerraba.

—Buena idea... que te quedes —dijo Gil—. Ha llegado papá. Estaré delante.

Nina vio a su padre de pie en el vestíbulo. Era un hombre alto y sólido, de pelo rojo, mucho más claro que el de Gil. Estaba entrando con la señora Patrick en el salón, y Nina oyó su voz y la de Gil, y el doctor Patrick le estaba haciendo rabiar por algo y Gil le pagaba con la misma moneda, y el tono de sus voces decía que se llevaban bien y que estaban contentos de verse. Sintiéndose extraordinariamente sobrepasada por acontecimientos inesperados, Nina se sentó un momento, la mano sobre el teléfono.

—Estoy en casa de Gil —dijo en voz baja—, y quieren invitarme a cenar —después marcó el número de la librería.

Él quería, le dijo Gil mientras cenaban, escribir algún día el libro más largo y más completo que se haya escrito sobre el Tiempo, un libro que explicase todo el asunto, dijo.

—Mmm. Apto para el premio Nobel... una cosa así, supongo —comentó el doctor Patrick, con un rápido guiño dirigido a Nina.

—Bu-eno, quizás no *premio* Nobel —admitió Gil, modestamente—. Quizás no *todo* el asunto del tiempo. Supongo que sólo Dios es capaz de eso. Lo que quiero decir es todo lo que hasta entonces sepa el hombre —una parte de su proyecto, dijo, se ocupaba de los sueños proféticos, porque allí estaba la prueba de lo que él creía sobre el Tiempo. Nunca había oído a nadie hablar de esa prueba, ni la había leído en parte alguna, y le estaba pidiendo a todos sus parientes y a los amigos de la familia que le pusieran sus sueños por escrito.

—Yo conozco un sueño profético —dijo Nina—, pero no te lo puedo contar porque no es mío, y hasta ahora no todo se ha hecho realidad —estaba viendo a Dominique, hecha un ovillo en el rincón sombrío de su cama empotrada, en el dormitorio pequeño del museo, y después oyéndola—: Te veo, en mi sueño de infancia, en la puerta, a la luz de un relámpago, y mi padre está detrás de ti. *Le veo*. Y hay alguna relación entre vosotros dos.

—Pero ¿*qué* parte del sueño se ha hecho realidad, Nina? —preguntó Gil, tremendamente excitado—. ¿*Qué* parte? ¿*Por qué* no lo puedes contar?

—No puedo... esto es todo. Sencillamente no puedo. No debía haberlo mencionado. Pero yo he tenido uno que me da mucho que pensar —y les contó su sueño de la casa estrecha y el vestíbulo de techo alto y la escalera larga y curvada, y la señora Staynes entrando en una habitación que estaba en algún sitio, detrás de ella, hablando, y los niños que gritaban, y una niña que se asomaba a la balaustrada de encima, que le decía que subiera... que subiera a ver una cosa. Pero Nina no sabía qué podía ser esa cosa, y ahora nunca lo sabría. El sueño había sido tan real, tan claro,

y todos sus detalles seguían impresos en su cabeza. Podía hasta recordar el olor de tierra húmeda de la maceta y las hojas mojadas y las flores.

—Escríbelo, Nina y dámelo —dijo Gil—, y lo pondré en mi archivo de sueños bajo Harmsworth, Nina...

Pero Nina levantó las manos y se tapó la cara mientras Gil hablaba, porque algo le había vuelto y quería sentirlo otra vez para recuperar lo que se cernía sobre las fronteras de su memoria.

—Estoy pensando una cosa. No estaba sola en las escaleras. Bueno, los niños estaban allí, delante de mí, a distintos niveles, subiendo y gritando. Pero había alguien más, estoy segura, justo detrás de mí y a un lado. Noté que esa persona me tocaba el codo, sin decir una sola palabra. Qué raro no haberme acordado hasta ahora, con la de veces que he pensado en ese sueño.

Naturalmente, camino de casa, Nina estaba aprensiva y deprimida. Pero Gil miraba al suelo y silbaba mientras salían del coche y Nina se despedía de los Patrick, y no volvió la cabeza ni una vez. De pronto, al cruzar la calle, se metió las manos en los bolsillos y miró al cielo.

—¡Todo el verano! —dijo—. ¡Tengo todo el verano!

La noche pasada había hablado con la señora Staynes en la esquina, y ella le había dicho que en la biblioteca del museo había un libro sobre Picasso que explicaba por qué éste mostraba al mismo tiempo todos los lados de la cara del modelo. Era por las teorías de Einstein sobre el espacio y el tiempo. Y eso también tenía que ver, le había dicho, con un cuadro de un hombre llamado Marcel Duchamp, titulado *Desnudo Bajando una Escalera*, que mostraba la figura en posición diferente en cada escalón, de forma que del cuadro no se obtenía ni un segundo de tiempo, sino todo el descenso de un vistazo.

—¿Ves cómo mi proyecto no se termina nunca? Ahora tengo que meterme en ese punto de vista de la pintura, y todos los libros que necesito están ahí, en el museo. La verdad es que podía pasarme lo que me queda de vida simplemente...

—Pero Gil ¿cómo vas a ganarte la vida?

—¡Ah, no sé! —dijo alegre y distraído—. Supongo que de alguna manera, no creo que necesite mucho dinero.

Y Nina pensó, cuando se marcharon, que toda aprensión había sido innecesaria. Ni se había fijado en la calle y en los destartalados edificios, ni había mirado para nada el vestíbulo por el que pasaron, ni las escaleras. A Nina se le ocurrió que él jamás se fijaría en cosas así.





Capítulo doce

Transcurrió una semana antes de que el deseo de Nina de ver a Dominique y volver a oír esa voz ronca, con sus ricas erres, fuera más fuerte que su temor. Pero el día que finalmente decidió ir al museo Dominique no estaba por ninguna parte.

Augusto estaba en el patio, colocando helechos y cabello de Venus en la tierra húmeda, negra y sombreada, y Nina, en espera de que terminase y pudiera aparecer Dominique, se acurrucó, con las piernas cruzadas, sobre las losas, observando los rápidos movimientos de sus dedos. Poco después, un costado peludo se apoyó en su brazo, y la cabeza de Lisabetta asomó por debajo de su codo. Inspeccionó el regazo de Nina, se subió delicadamente, se hizo un ovillo y se instaló. Nina acarició el lomo crema, con sus difusas manchas, y Lisabetta levantó la cara, pálida y gris.

—Hola, *p'tite* —dijo Auguste—. ¿Dónde has estado, gata mala? ¿Cazando pájaros?

—¿Qué quiere decir *p'tite*, Auguste?

—Pequeña. ¿Sabes cómo la conseguí? La señora Staynes la vio en una pajarería, esta extraña minina con cuerpo de siamesa y cara, patas y cola atigradas. Y piensa... pero si es casi *exactamente* como la Lisabetta de la joven Dominique, y así podemos tener un gato para el museo y la llamaremos Lisabetta igual que la otra. ¡Esta pequeña está hecha para nosotros! En vista de lo cual me la trae para que la cuide, un cachorrito, y desde entonces, ella y yo, siempre estamos juntos. Es mi niña, ¿*n'est-ce pas*, Lisabetta? Lisabetta parpadeó desde su séptimo cielo de comodidad y calor y abrió la boca para responder, pero no emitió ningún sonido.

—Pero Auguste ¿cómo podía la señora Staynes saber que la gata de Dominique se llamaba Lisabetta?

Auguste respondió con una mirada de sorpresa.

—¿Es que no has visto el cuadro? Vete a verlo tú misma. Está allí... más allá del despacho de Mam'zelle, en la esquina de la otra ala, un cuarto grande todo lleno de cuadros de Chrysostome. Es el que esculpió a todos estos niños.

—Sí, ya lo sé. —Nina levantó a Lisabetta y la colocó al sol, donde se puso a lavarse.

Unos minutos más tarde, Nina estaba en la entrada de una galería alta, larga y ventilada sobre cuya entrada se leía, en letras y cifras de metal plateado, *Jean Louis*

Baptiste Chrysostome, 1742-1805. Sus ojos inspeccionaron la totalidad de la habitación, su luz tamizada, las pálidas paredes en las que se alineaban cuadros grandes y pequeños con marcos dorados, y notó que estaba a punto de dar otro paso hacia un conocimiento definitivo de la verdadera naturaleza de Dominique, pintada cuando niña por un hombre que vivió hacía doscientos años.

Entró en la galería, pasando rápidamente de cuadro a cuadro, mirando el escarlata, los poderosos azules, verdes y ocres, hasta que al llegar a la parte central vio al fondo la cara de Dominique, los ojos que la acompañaban serenamente al acercarse, y en los brazos de Dominique estaba Lisabetta. Se acercó más y leyó la inscripción, *Dominique de Lombre con su Gata, Lisabetta*. La Dominique del cuadro no podía tener más de once o doce años, como mucho, enteramente joven, fresca, aún no puesta a prueba, alguien para quien todo, hasta el más alegre triunfo, era posible. Aunque al principio Nina había pensado que Dominique tenía más o menos su misma edad, después había llegado a sentir que la muchacha era dueña de campos de conocimiento y emoción de los que ella no tenía noción alguna. ¿Qué edad podía tener esa Domi que había hablado con ella, que le había pedido ayuda y amistad, que combinaba al mismo tiempo en su persona a esta niña del cuadro, con su animal preferido, centro de su universo, y la esencia de aquella mujer joven, la Condesa de Bernonville, la de la sonrisa mundana, seca e irónica provocada por las palabras que leía?

Nina alargó el brazo para tocar la piel, milagrosamente pintada, de la gata, pero al instante notó una presencia a sus espaldas, en la galería. Se volvió, y allí estaba Dominique, a cierta distancia, bajo la luz que descendía de un tragaluz abierto en el techo.

—¿Qué te parece, Nina... yo de niña? —preguntó, en voz poco más alta que un murmullo pero que llegó hasta Nina con toda precisión—. Mi joven yo, que no tenía forma de saber que la pura felicidad no dura nunca más que un poco, —Nina no respondió. Se quedó quieta, mirando fijamente a Dominique, y el terror frío del patio, de aquel segundo en que vio la mano de Dominique penetrando en la suya, sopló sobre ella, y Nina dio un paso a un lado y echó a correr ciegamente... hasta tropezar con un banco, tapizado de cuero, en el centro de la habitación. Allí se quedó, de rodillas, temblando pero sintiendo que una extraña chispa de emoción, nada parecida al terror, se encendía en su interior.

—¿De verdad te asusto tanto, Nina, ahora que me conoces? Y sin embargo, como te negabas a comprender, tuve que hacerte comprender para poder contarte mi historia. Pensé que me habías visto tal como soy, pero aquella tarde, cuando entraste en el patio después de que corriéramos por el césped, me di cuenta de que todavía pensabas en mí como en alguien de tu misma naturaleza, y por eso hice lo que tuve que hacer. ¿Me he equivocado al fiarme de lo que pensé que mi padre quería decir en el sueño? ¿No nos vas a ayudar? No parece que tenga forma de saber si vas a hacerlo o no, y significa tanto para mí, por lo que quiero a mi padre. Creo que en términos de

tu mundo no nos queda mucho tiempo. Helena Staynes ha terminado su libro sobre la vida de mi padre y todavía no sabe la verdad sobre él. La he oído decir que está convencida de que fue un asesino, aunque siempre se ha resistido a creerlo.

Nina giró sobre sí misma hasta sentarse en el banco. Seguía temblando, pero no enteramente a causa del terror. Notaba ahora más bien una especie de aturdida ansiedad, y no hubiera sido capaz de explicar cómo pasó, en un instante, de un estado a otro. Había sido elegida, quién sabe por qué medios y por qué razón, para prestar su ayuda en esa inconcebible situación. De alguna forma inexplicable tenía que ver con el cuadro de Chagall de la rotonda, por el que ella y Gil se habían sentido atraídos — por razones bien diferentes— y con el mismo Gil, que sin saberlo la había encaminado allí, donde había de encontrar a Dominique, como predijo el sueño de Domi.

Oyó entonces voces en la habitación contigua, una voz de hombre interrogando a un guarda, su respuesta, y una risa de mujer. Se levantó y dio un paso hacia Domi.

—Augusto está en el patio —dijo—, o sea, que no podemos ir allí. Pero he visto un sitio, arbolado y cubierto de helechos, frente al comedor pequeño... —Dominique asintió, y Nina se volvió y salió de la galería mientras el guarda, el hombre y la mujer entraban.





Capítulo trece

Domi la estaba esperando. El sendero de la gruta artificial serpenteaba de una entrada a la otra, y en mitad de la curva había un estanque y un rústico asiento con respaldo y brazos hecho de ramas retorcidas y colocado bajo la sombra de la bóveda de árboles. Desde allí se veían las dos entradas. Domi estaba al otro lado del asiento, con su Lisabetta particular en los brazos, y las móviles sombras y metas de sol punteaban sus cuerpos. Nina se sentó a su lado, en el extremo del asiento, rígida y tímida, como si fuera la primera vez que veía a Dominique, y una especie de estremecimiento involuntario volvió a apoderarse de ella hasta tal punto que tuvo que cruzar los brazos, asir los codos con las manos frías y tratar de detener el temblor apretando los brazos contra el cuerpo.

—No temas, Nina —los grandes ojos melancólicos de Domi lo decían tanto como su voz—. Quizás existimos de forma diferente, tú y yo, pero ambas existimos. Las dos somos seres vivos, cada una a su manera, sólo que no podemos tocarnos, esto es todo.

—Sí... ¿qué se oculta en los confines...? Solamente que existimos en capas diferentes de tiempo ¿verdad, Domi?

Domi asintió, y su cara se iluminó, llena de alivio.

—Hay mundos dentro de los mundos, invisibles entre sí porque viajamos por diferentes niveles de conciencia. Sólo a veces se nos permite, a algunos de nosotros, por razones inexplicables, ver más allá. —Domi levantó a Lisabetta y se frotó la mejilla con el pelo de la gata, como si le gustase su tacto y su olor fresco y dulce.

—Pero Domi, se me ocurre que al estar muerta... humanamente muerta, quiero decir, no espiritualmente... se me ocurre que debieras conocer el futuro. Se me ocurre que debieras verlo. Lo he estado pensando, y todavía no puedo entender por qué me necesitas.

Los ojos de Domi se hicieron más grandes que nunca.

—¡Conocer el futuro! —exclamó—. Nina, si yo conociera el futuro no estaría aquí. No, *p'tite*, yo, como tú, sigo comprometida en un viaje de descubrimiento. Puede que mi yo no esté encerrado en carne y sangre, pero tampoco para mí se ha acabado el viaje.

Se quedaron un momento calladas, y Nina sintió que el temblor espasmódico remitía, que todo su cuerpo empezaba a relajarse. Giró entonces sobre sí misma para mirar de frente a Dominique, sentándose sobre una pierna, en la posición que más le gustaba para escuchar.

—En cuanto a tu padre —dijo— cuéntame. Estoy preparada.

Ella nació, comenzó Dominique, cuando su madre, Marie-Laure, tenía diecisiete años. Así, cuando Domi cumplió los once, Marie-Laure tenía veintiocho y estaba tan dispuesta como su hija a gozar de la vida y tan ansiosa como ella por levantarse temprano y salir de exploración matutina por el campo, por las colinas arboladas y las orillas de los lagos, donde los capullos de las flores rosadas se erguían por encima de sus propios reflejos.

—Domi, Domi —llamaba Marie-Laure, irrumpiendo en el dormitorio de Domi a las cinco y media de la mañana de un día de primavera—. Voy a salir... ¿quieres venir? —Y Marthe, la niñera de Domi, que lo había sido de Marie-Laure días antes, eso le parecía, se levantaba gruñendo de la cama para calentarles leche en el fogón. ¡Iban a buscarse la muerte en la hierba húmeda, empapándose los pies! Y no estaba bien que una señora de alcurnia se llevara a su hija a corretear por el campo sin más compañía. Pero ellas se reían mientras Domi se vestía a toda prisa y, poco después, cada cual con su cesto de tesoros bajo el brazo, bajaban la escalera medio a oscuras, cruzaban el enorme vestíbulo de entrada, cuyo techo abovedado era tan alto que se perdía entre las sombras, y salían por la puerta seguidas en silencio por Lisabetta, que después las pasaba al trote para irse ella sola a cazar ratones.

Todos los ciruelos de las colinas que rodeaban el castillo era nubes blancas y redondas, y en los valles labrados empezaban a crecer líneas de un verde vivo. Pero Domi y Marie-Laure se dirigían a los bosques, donde los gorriones y los pinzones se afanaban en las falsas batallas de la primavera, ejecutando sus danzas rituales, comportándose en general como pájaros absurdos. El sol penetraba ya en el bosque con largas lancetas amarillas. Domi y Marie-Laure se apresuraban hacia los lugares húmedos y escondidos para buscar setas doradas, marfileñas y azafranadas, con sus sombreritos y sus tallos inclinados. Las metían en sus cestas, con los lirios púrpura y las violetas, las dedaleras tempranas y la flor rosada de los castaños de Indias. Y de vuelta en el castillo, Marie-Laure le daba las setas a la cocinera para que las cortase y las dorase en mantequilla para el desayuno, mientras ella ponía las flores en sus floreros y Domi corría escaleras arriba para preguntar a Maurice, el mayordomo de su padre, si éste se había levantado ya. Si es que estaba en el castillo, y no en otra de sus «monótonas e interminables estancias en París», como las llamaba Marie-Laure.

Cada vez le acompañaba menos, a pesar de lo mucho que le amaba... un hombre callado e intenso con el que se había casado a los dieciséis años. Quería estar con él, pero el aire de París la sofocaba. La atmósfera de intriga, de odio y pasiones reprimidas, de torvos propósitos, la ponía enferma. Despreciaba a las mujeres de la Corte, sus maliciosos cotilleos y murmuraciones, sus lances sin sentido y sus

estúpidos pasatiempos. Y así Kot, como llamaba a su marido, venía a casa siempre que podía y se quedaba el mayor tiempo posible, y Domi no tardó en comprender que su padre estaba empezando a detestar a Napoleón tanto como había detestado a Luis XVI.

Y entonces, ocurrieron tres cosas, cuando Domi tenía doce años.

Recuerda a su padre, bebiendo su coñac de sobremesa, y a su madre, sentada con un vaso entre los dedos, y Domi miraba el brillo del sol sobre la piedra del anillo de amatista de Marie-Laure, regalo de boda de Kot. Él hablaba de algo que tenía que hacer: tenía que ver a Napoleón.

—Ahora que ha conquistado Italia se dedica a saquear Roma. La está despojando de todo cuadro valioso, de toda estatua, de todo monumento. Pueden estropearse camino de Francia, pero eso no le preocupa. Los quiere, eso es todo, y se acabó. A los italianos les dijo que el ejército francés llegaba para «romper sus cadenas»: ¡Qué hipocresía! Y les prometió que nadie tocaría ni su religión ni sus costumbres ni sus tesoros. Eso es lo que les dijo. Y mintió. He estado tantas veces a su servicio que a lo mejor me escucha. ¿Cómo podemos ser tan bárbaros, después de tanto hablar de libertad, igualdad y fraternidad? ¿Para quién? ¿Sólo para los franceses?

Una nube de tristeza cubrió el rostro de Marie-Laure.

—Pero Kot, te has pronunciado ya sobre tantas cosas. Te encarcelarán y no volveré a verte. Dios sabe lo que te puede ocurrir. Y ¿de qué va a servir? Napoleón no prestará la menor atención... se negará a recibirte.

—Pero todos —todo ser humano— tiene que manifestar lo que piensa. Si alguien cree que algo está mal, que es inmoral, debe hablar. De lo contrario está prestando su asentimiento a un acto de barbarie. Si Napoleón no me recibe, le escribiré.

Napoleón no quiso recibirle, el padre de Domi escribió la carta, y sus copias llegaron a circular por toda Francia. Y el saqueo de Roma siguió adelante, casas particulares, palacios y museos fueron despojados de sus tesoros, y éstos perdidos, repartidos como botín o robados. Bibliotecas enteras fueron hechas pedazos, manuscritos inapreciables fueron destruidos para arrancar los adornos de oro de sus encuadernaciones. Italia entera fue saqueada.

Ésta fue la primera cosa que ocurrió, la carta de Kot, primer paso del camino descendente que condujo al fin.

Marie-Laure murió al año siguiente, al dar a luz a un niño muerto. Y tras la muerte de Marie-Laure, cuando la abuela de Domi —la madre de Kot— vino a hacerse cargo, Domi y su padre intimaron más y más. Ahora le confesaba a Domi, como si más que una niña fuera una mujer adulta, capaz de comprender, que cada vez confiaba menos en Napoleón. Y ella comprendía.

La verdad era que por debajo de su ligereza, de su regocijarse en el pequeño mundo particular del campo que la absorbía, por debajo del sentimiento de seguridad que le daba saber que la querían, que la protegían y que siempre habría de ser así, Domi no había sido ajena a las conversaciones de sus padres en la hora del almuerzo.

Como siempre la querían tener con ellos cuando estaban solos. Y nunca la mandaban a comer con Marthe, todo lo que ocurría en el mundo exterior hasta la muerte de Marie-Laure se le había quedado en la cabeza. Estaba, en consecuencia, preparada para comprender la segunda cosa que ocurrió: el espanto de su padre ante el secuestro y fusilamiento, por soldados de Napoleón, de un viejo amigo, sospechoso, en base al testimonio de dudosos testigos, de haber tomado parte en una conspiración para asesinar a Napoleón.

—Era inocente, Domi. No hubo un verdadero juicio. Y ahora tengo que decir una vez más lo que me parece —se marchó a París, y a su vuelta se encerró días y días, escribiendo, escribiendo, siempre escribiendo o hablando con Maurice, su mayordomo, como si en vez de un simple mayordomo fuese uno de sus confidentes más íntimos, cosa que era, junto con Jean Chrysostome, en relación con todos aquellos asuntos que no le podía contar a Domi por su propia seguridad. Tampoco se le hubiera ocurrido discutir esos asuntos con su madre, seria y altiva, que jamás había aprobado la temeraria locuacidad de su hijo.

Y entonces ocurrió la tercera cosa.

Napoleón se proclamó emperador. Organizó una corte imperial y una nobleza.

—Y ahora —decía Kot—, todos los derechos establecidos por nuestra buena constitución, pagados con tanta sangre, se están reduciendo a nada.

—¿Y vas a hablar otra vez, papá? —preguntó Domi, poseída por el sentido de una fría fatalidad. Tenía trece años, era ya una señorita que se vestía y se ponía el anillo de amatista de su madre cuando su padre tenía invitados en el castillo y le pedían que tocara para ellos el arpa y el clavicordio después de cenar. De su abuela aprendía rápidamente a llevar una gran casa rural, porque la vieja dama se quedaba encerrada en sus habitaciones y daba todas sus órdenes a través de Domi. Y Domi aprendió también que la profunda felicidad y satisfacción que había conocido en los días en que corría libremente por campos y bosques con Marie-Laure, los días en que su padre contaba largas historias de su infancia, se habían ido para siempre. Todo eso había pasado y, aunque la querían y la protegían, su vida no era ajena al temor. Al principio no se daba cuenta, pero poco a poco se fue imponiendo la seguridad de que no había de pasar un solo día sin que temiese por su padre.

Al final, éste se ausentó casi tres semanas, sin que llegaran al castillo noticias suyas. En mitad de la noche del viernes de la segunda semana, Domi se despertó al oír un ruido cerca de su cuarto, y alguien abrió despacio la puerta y entró.

—¿Papá? —preguntó, con el corazón en vilo.

—Sí, Domi, soy yo —le respondió una voz apagada—. Ya estoy aquí. Vuélvete a dormir.

Se recostó con un suspiro de alivio y satisfacción y se durmió. Pero cuando a la mañana siguiente se despertó y se levantó para darle la bienvenida, descubrió a Maurice, ese dulce anciano que en su vida había dañado a una criatura viviente, tirado en el suelo junto a la cama intacta de su padre, asesinado y cubierto de sangre.

Y la imagen de ese rojo vivo que empapaba su blanca camisa de noche fue algo que le quedó grabado en la cabeza durante el resto de su vida, con la misma claridad y precisión que el primer día.

Bajó las escaleras corriendo, gritando y llamando. Aparecieron entonces hombres de uniforme (pero qué deprisa... como si supieran lo que había ocurrido; como si hubieran estado esperando) y, sin saber lo que hacía, sin pensar en las consecuencias que podían tener sus palabras, les dijo que creía haber oído la voz de su padre por la noche y que después se quedó dormida.

—Pero ¿dónde está? ¿Dónde está mi padre? ¿Por qué no está aquí?

Y los hombres le dijeron que no se preocupase, que ya se ocuparían de informarla. Después envolvieron el cuerpo de Maurice y se lo llevaron, y alguien limpió la sangre que había quedado junto a la cama de su padre.

La semana siguiente, una tarde de un día gris y helado, Domi y Marthe estaban sentadas junto al fuego del dormitorio. Tenían los pies metidos en sendos calentapiés llenos de brasas calientes de madera de álamo cubiertas con ceniza. Marthe había sacado unos tizones del fuego para colocar sobre ellos manzanas y castañas, y el perfume del asado llenaba el aire. Marthe estaba mirando un viejo y enmohecido libro de Kot, uno de los preferidos de su infancia; estaba casi hecho jirones, y entre sus páginas asomaban pétalos prensados de tulipanes y violetas y los rostros barbudos e impertinentes de los pensamientos primaverales, ahora transparentes y delicados como fantasmas de flores, que Domi había escondido allí. El libro dejaba escapar su aliento con el pasar de las páginas, un aroma antiguo, mohoso y seco que se mezclaba con el de las manzanas y las castañas. Domi tenía a Lisabetta en el regazo y le pasaba la mano por el lomo, acariciando, acariciando, mientras escuchaba el silencio de la tarde invernal, interrumpido tan sólo por el graznido de los cuervos en los bosques oscuros y el lamento del aire en los batientes. La espera le tensaba los músculos del estómago y le dolía la cabeza de tanto pensar qué estaba esperando. Hacía días que le dolía el estómago, por lo que estaba ya adormecida y acostumbrada al dolor. Y no se podía hacer otra cosa, sólo esperar el sonido de cascos de caballo y ruedas de coche.

Pero la espera llegó a su fin sin que el ruido del coche de su padre llegara a oírse. Oyó gritos en el patio, y el resonar de los cascos de un caballo, y se quitó a Lisabetta bruscamente del regazo para correr a la ventana. Miró hacia abajo y vio a un hombre, que desde allí parecía achaparrado y torcido —no era su padre— deteniendo su caballo con un tirón de riendas, y uno de los criados se le acercó apresuradamente y recibió un pliego, y caballo y jinete se alejaron al galope y Domi apoyó la cabeza en el marco de la ventana y se quedó inmóvil.

Poco después llegó la abuela y se quedó en la puerta, esperando en silencio a que Domi se volviera a mirarla.

—Dominique —dijo—. Tu padre ha sido acusado de conspirar contra el Emperador y de haber asesinado a Maurice porque el anciano sabía demasiado de los asuntos de tu padre. Tu padre fue juzgado ayer por la mañana. Como no quiso decir

nada, como no quiso contarles dónde había estado estas tres semanas ni lo que había estado haciendo, un consejo de guerra le condenó. Le han fusilado.

Su abuela cerró la puerta, el crepúsculo tomó posesión del cuarto y Domi permaneció, rígida, junto a la ventana, mientras Marthe lloraba al lado del fuego. Cuando oscureció, uno de los criados entró, encendió las velas, echó más leña al fuego y sacó las manzanas y las castañas de las brasas. Alguien trajo después comida en una bandeja, pero ni Domi ni Marthe la tocaron. Pasó un rato y Domi, sin quitarse la ropa, se arrastró hasta la cama y se tumbó, completamente insensible. Pero pronto supo, por primera vez, que ya no podía llorar como lloran otros niños. Su llanto era una convulsión jadeante y agónica y distorsionaba tanto su rostro que Marthe le diría más tarde que apenas podía reconocerla. Le dolían las costillas como si le hubieran dado una paliza.

Como no podía dormir, se levantó en las primeras horas de la mañana, se acercó a la ventana y vio los destellos del campo helado bajo la luna, las colinas y los bosques oscuros tapizados de plata y el río brillando entre sus riberas plateadas. Desde un árbol, bajo la ventana, un mochuelo pequeño imitaba el maullido de un gato, y Lisabetta respondía. Domi se quedó quieta, observando y escuchando, y después volvió a la cama y se quedó dormida. Y fue en ese estado de fantasmal agotamiento cuando soñó que se encontraba en un enorme edificio que no era su casa, donde los muebles del castillo estaban dispuestos de una forma extraña y las casas que se veían por las ventanas no eran acumulaciones de pequeñas cabañas de techo rojo sobre el valle, sino edificios altos y estrechos que se apelotonaban allí, en frente, al otro lado del césped y de los macizos de flores y de un alto muro de piedra con puertas de hierro. A través de las puertas de hierro vio pasar carruajes feos, bajos, redondeados y relucientes, que la asustaron porque parecían moverse por sí solos y a veces emitían chillidos penetrantes.

Se encontró después, sin saber por qué, otra vez en su dormitorio (¡pero que vacío estaba!), y más allá de la puerta había un vestíbulo, un vestíbulo lleno de relucientes vitrinas empotradas y en las vitrinas había toda suerte de objetos dispuestos sobre estantes, algunas de las posesiones de su familia y otras cosas que jamás había visto. Estaba acurrucada en una esquina de la cama, con Lisabetta a su lado, cuando llegó una chica con traje corto que se quedó en la puerta, y después apareció su padre detrás, diciéndole sin palabras que ella les ayudaría. La chica se quedó mirando fijamente a Dominique y un instante después se dio la vuelta y se marchó apresuradamente, y Dominique bajó de la cama y se acercó a su padre diciendo:

—No descansaré hasta haber probado que eras inocente... lo juro... ¡lo juro!, y su padre le dirigió una mirada larga, serena y llena de amor, sonrió, y eso fue todo. Ya no estaba allí, y Dominique despertó de su sueño sabiendo que no le había visto y que jamás volvería a verle. Pero el sueño había sido tan claro, tan detallado y tan inmediato como cualquiera de las cosas que le habían ocurrido alguna vez en la vida real.

Domi seguía con Lisabetta en los brazos y, mientras le relataba su historia a Nina, la acariciaba y acariciaba, como en aquella helada tarde invernal del castillo, cuando esperaba noticias de su padre, sentada con Marthe junto al fuego. Nina había vivido aquella otra época a medida que Domi hablaba, viendo cada escena como Domi la describía, *siendo* ella misma aquella lejana Dominique. Ahora, callada Domi y terminada la historia, miró a otra parte, sintiéndose, casi tanto como debía sentirse Domi, extranjera en el mundo de este siglo.

—Y tu padre, Domi... ¿nunca pudiste probar su inocencia?

—Si hubiera podido... ¿no comprendes, Nina?... el soñar contigo no hubiera tenido sentido. No habría soñado. Durante el resto de mi vida en este mundo me dediqué a investigar los hechos relacionados con lo que le ocurrió a mi padre las semanas anteriores a su fusilamiento. ¿Dónde estuvo? ¿Por qué no quería contar dónde había estado? Siempre estuve segura de que Maurice lo sabía, pero nunca pude averiguar nada. Era como si mi padre hubiera desaparecido de la Tierra. Desde entonces, para todas las fuentes históricas, que todo el mundo ha leído y tiene por ciertas, mi padre fue un traidor a quien se dio una vez el nombre de conciencia de Napoleón, y el asesino de un anciano inocente que siempre le quiso y a cuyo cariño mi padre correspondió. Hubiera sido tan incapaz de hacer daño a Maurice como de hacérmelo a mí, a mi madre o a la suya. Y nunca fue un traidor, simplemente tuvo el valor de no callarse cuando le parecía que algo estaba mal, lo que es muy distinto. Jamás hubiese conspirado para asesinar a Napoleón, porque pensaba que asesinar a alguien con quien no se está de acuerdo es un acto de barbarie, y no conduce a nada, porque a la larga un mal así sólo conduce a males similares.

—Pero, Domi... ¡fue hace tanto tiempo! Aun suponiendo que pueda ayudarte a probar que fue inocente, ¿de qué le va a servir *a él*?

—Servirá *de algo*. Borrará una mentira más. En cuanto al tiempo, poco importa. Doscientos años... ¿qué son doscientos años? Pero la verdad sí que es algo, y lo que la señora Staynes está escribiendo es mentira. Recordarás que te dije que está escribiendo un libro sobre la vida de mi padre. Eso fue lo que la llevó por primera vez al castillo, y entonces fue cuando se enteró de que podía comprar parte de nuestros muebles y el artesanado y alguna de las chimeneas para el museo. Tú eres amiga suya.

—En cierto modo... casi.

—Quizás tengas oportunidad de hablar alguna vez con ella acerca de su trabajo. Lo único que sé es que ya le ha enviado el manuscrito al editor. Pero tiene que tener una copia, sería absurdo que no la tuviera. A lo mejor puedes pedirle que te la enseñe, Nina, una copia de su libro, porque aunque lo ha terminado yo sé que sigue estando confusa e insatisfecha.

Lisabetta se escapó de las manos de Domi, miró a Nina a los ojos, y Nina se agachó instintivamente para cogerla. Pero Lisabetta se deslizó entre sus dedos, y Nina

sintió un escalofrío, miró hacia arriba y vio entre los árboles que el cielo se había puesto gris.

—Tienes que irte, Nina —dijo Dominique—. Mira, el museo está cerrando. La gente sale y Auguste va a cerrar las puertas.

Nina se desplazó hasta la entrada de la gruta artificial y vio a Gil en las escaleras del museo.

—¡Nina!, —agitó los brazos y echó a andar hacia ella, y Nina se volvió y se dirigió una vez más hacia el banco, bajo los árboles, pero Dominique ya no estaba allí. Gil llegó y miró a su alrededor, como sorprendido.

—¿Con quién estabas hablando? ¿Había alguien aquí?

Nina, sentada en uno de los brazos del asiento de ramas, sonreía, pensando en Lisabetta.

—¿Qué quieres decir? No hay nadie... como puedes ver.

No, pero Lisabetta —la Lisabetta de Domi— estaba sentada justo detrás de Gil, limpiándose la pata izquierda, que tenía extendida por delante de la cara, y después separó los dedos y se puso a lamérselos con su lengua fuerte y rosada.

—Parecía como si... —Frunció el entrecejo—. No sé. Noté como algo raro. En cualquier caso, Mam'zelle ha preguntado por ti, y cuando le dije que te había visto subir por la colina delante de mi, me pidió que te buscase porque tiene algo que decirte.

Nina recordó la tarde en que Mam'zelle le había llevado a casa.

—¿Qué es Gil? ¿Qué crees tú? ¿No te lo dijo?

—Creo que tiene algo que ver con las vacaciones.

—Yo también. Una noche que me llevó a casa —la noche que me desmayé en el patio— me dijo que yo podía cambiar en las próximas semanas, y más aún hasta las vacaciones de verano. Y en seguida supe en qué estaba pensando: en que podía venir a trabajar aquí.





Capítulo catorce

El sábado por la mañana, Nina atravesó la oficina exterior de Mam'zelle y cruzó la rotonda para revelar al señor Quarles la increíble noticia. Hasta iban a pagarle (una posibilidad que, por alguna razón, no le había pasado por la cabeza) por hacer algo que este verano hubiera preferido a cualquier otra cosa. No sería gran cosa, le había dicho Mam'zelle, porque Nina no estaba preparada; vendría sobre todo a aprender. De todas formas, podría ganar hasta treinta o cuarenta dólares durante el verano. Dependía. Empezaría por colocar en su sitio un montón de láminas de ropas y haría algo de archivo en la oficina del archivero... si es que era capaz de archivar correctamente. De esa manera, dijo Mam'zelle, Nina podría empezar a enterarse de lo que ocurría entre bastidores. El señor Quarles quedó satisfactoriamente impresionado, aunque una lucecita en sus ojos parecía indicar que a lo mejor conocía las intenciones de la señora Henry.

—Mamá y papá no comprenden —le dijo Nina—, por qué Mam'zelle me ha escogido a mí... a mi edad.

—Puedes decirles —dijo el señor Quarles, con su tono preciso y pasado de moda—, que en realidad es muy sencillo. Le gustas. Le interesas.

En su despacho, Mam'zelle le había dicho:

—¿Quién sabe, Nina? Puede que algún día, dentro de unos cuantos años, estés sentada en esta silla.

—Ya sé —dijo Nina—. Lo he estado pensando... y va a ocurrir.

—¡Qué seguridad! —exclamó Mam'zelle—. A tu edad yo no estaba segura de nada, de nada importante. Sin embargo, quizás debieras saber que dentro de unos años, cuando yo me retire, Helena Staynes me sustituirá.

—Sí, pero entonces —dijo Nina, volviéndose hacia la señora Staynes—, ¿no podría yo estar a cargo del archivo y de la ropa?

—No lo dudo, Nina —dijo Helena Staynes—. No me cabe la menor duda. Y si no es en este museo, será quizás en otro.

—¡Oh, no! —dijo Nina—, en éste. Éste.

No pensó, cosa extraña, en Domi hasta que se puso a mirar *El Tiempo es un Río sin Riberas*. Dominique, sin embargo, no estaba por ningún lado. Ni en las habitaciones del castillo, ni al otro lado del césped, en la gruta artificial, ni en

ninguna de las galerías donde estaban los cuadros. Nina subió las escaleras, cosa que nunca había hecho, y vagó desconsolada entre los grabados y los aguafuertes, las vitrinas de la plata, las joyas y las vajillas y una muestra de la ropa que antaño utilizaban hombres y mujeres en Francia. Volvió finalmente a la gruta artificial, pero la encontró llena de ausencias.

No le quedaba más remedio, en consecuencia, que dedicarse a la aburrida compra del fin de semana, a cuyo efecto le habían dado una lista de cosas. Tenía que llegar a casa para almorzar, a la una, y después, por la tarde, acudir a una invitación a cenar con sus padres, a casa de unos nuevos amigos de la señora Harmsworth que vivían al otro lado del parque del Golden Gate. Pesado, iba a ser pesado, y la conversación aburrida, sobre política y cómo iban las cosas por el mundo y sobre gente que Nina no conocía. Se llevaría el diario de Odile y papel de cartas y así podría escribir a Maizie Hudson y preguntarle por Windy, y a la señora Bourne para contarle lo de su trabajo de verano en el museo.

Estaba a punto de irse a la gruta cuando entraron dos mujeres, que parecían estar encantadas con el aire puro, el sol, y la mutua compañía. Iban cogidas del brazo, hablaban, y miraban todo el tiempo a su alrededor y al cielo, donde una brisa de mar limpiaba los últimos vestigios de niebla.

—No —decía la más corpulenta—, no sirve... a nosotros no nos sirve. No hay sitio para Joan, sólo una especie de cuchitril. Y el dormitorio es demasiado pequeño. Una pena, con esa vista...

Nina se detuvo y se concentró, mientras las mujeres seguían paseando hasta llegar a la puerta y perderse de vista. Entonces echó a correr y cuando las alcanzó tocó levemente el brazo de la más corpulenta, que se volvió sorprendida.

—¿Se alquilaba —preguntó Nina—, ese sitio de la vista?

—Pues sí, sí se alquila. Un cuarto piso, el más alto de una casa en la Calle del Museo, la que termina justo detrás del museo y desemboca en ésta. Mira..., —y la mujer corpulenta se puso a escarbar en su bolso—. Un agente inmobiliario me dio la dirección:

—Un sitio pequeño —dijo Nina—, pero con un cuchitril para mí...

—Cabe una cama y prácticamente nada más, y la cocina es una alacena, dijo la mujer, escarbando entre retales.

—Pero podríamos estrecharnos y cenar en dos minutos...

—Y el cuarto de baño es una birria... sin bañera...

—Pero basta con una ducha... y tiene buena vista...

—Eso sí, vista la que quieras, si te sirve de algo. —La mujer seguía escarbando con todo vigor.

—Como una casa en un árbol...

—Una casa en un árbol que habrá que arreglar. Hay una especie de chimenea, pero debe humear, no hay más que ver el papel de las paredes. ¿Dónde se habrá metido esta maldita cosa?... ésa es mi lista de compras. Estaba en una *tarjeta*...

—¿Una *chimenea*?

—Sí, pero ya sabes lo cara que está la leña, y además todo el apartamento es muy pequeño y está destartado...

—¡Pero podemos pintarlo! ¡Yo puedo pintarlo! ¡Sé pintar!

—Ah, aquí está... ya sabía yo que no lo había tirado. Mira, dos manzanas para allí y una para allá, y aquí dice lo que piden por él, y el número de teléfono por si la dueña no está en casa.

—Si hace falta, me siento y espero...

—Claro. Bueno, no te hagas demasiadas ilusiones, querida. Yo estuve allí ayer y lo probable es que ya lo hayan tomado.

Todos los edificios altos que se erguían frente al museo eran de principios de siglo, muy elaborados, llenos de volutas, de chillas festoneadas en los pisos superiores, de huecos esculpidos, todas las ventanas de la fachada saledizas —el más típico símbolo de las fachadas de San Francisco—, cuadradas, ovaladas, sesgadas, curvas y había aguilones en las esquinas de los tejados, torretas puntiagudas y cúpulas. Daba la impresión de que la mayor parte de ellas habían sido pintadas en los últimos dos o tres años, algunas de blanco, otras de gris o de verde oscuro con un ribete blanco, y había pequeños jardines florecientes detrás del enladrillado frontal, a lo largo de la acera y bajo las volutas de hierro de las barandillas que flanqueaban las empinadas escaleras de acceso. Ocupaban dos manzanas desde los terrenos del museo y doblaban la esquina que desembocaba en la Calle del Museo. Para Nina eran como parte de su vida, porque los pueblecitos californianos, como Silverspring, nacidos en los primeros años de la colonización, tienen todos sus casas victorianas y eduardianas. Al mirar hacia arriba buscando el número de la casa, que tenía en la memoria, y al empezar a subir las escaleras, los adornos y las volutas le dieron una impresión de hogar.

Llamó al timbre, vio que la puerta estaba entornada y que detrás había una cesta de compra llena de verduras, llamó otra vez y, al no recibir respuesta se quedó meditando. En las casas de apartamentos se entra directamente, pero esa ¿era una casa de apartamentos o un piso? Cogió la cesta y entró en el vestíbulo, encontrándose con una puerta abierta que daba a una habitación al fondo de la cual una mujercita rechoncha se estaba mirando fijamente en un espejo alto y antiguo, con un pesado marco dorado, colgado sobre la mesa de mármol en la que la mujer se apoyaba. La habitación en sí era sombría, alta y, —Nina se apercibió por osmosis— fascinante. Sus muebles no eran particularmente Victorianos, sólo eran muchos, y Nina tuvo la impresión de que en ese cuarto nunca faltaría algo que hacer o que mirar o que imaginar. Las paredes estaban cubiertas de cuadros, las mesas repletas de objetos. Los cortinones, dos o tres biombos y dos grandes sofás contribuían todos a crear un ambiente rico, desordenado, acogedor.

Nina se quedó inmóvil, con la cesta de verduras colgando del brazo. Por encima del hombro de la mujer, que seguía mirándose con ojos que parecían amoratados y

una expresión de profundo anhelo, Nina se veía parcialmente en el espejo. La mujer pareció darse entonces cuenta de su presencia, dio un grito y se volvió.

—Oh —dijo manifiestamente decepcionada—, eres de verdad.

—Sí —dijo Nina—. Lo soy. Lo siento mucho —era la única respuesta posible ante tamaña pesadumbre.

La mujercita, que no era gorda pero que carecía de cintura, como un almohadón, y que tenía una cara bastante notable, arrugada y marfileña, de boca cansada, se acercó a Nina.

—Ya me imagino lo que estarás pensando —se tocó la cabeza con la mano—. Pero, verás, es que los espejos siempre me han dado una impresión extraña...

Nina, sin apartar ni por un momento los ojos del rostro de la mujer, había depositado la cesta de verduras sobre una silla, dentro del cuarto.

—¿Sí? También a mí, aunque nunca se lo he dicho a nadie. Y me he preguntado a mi misma...

—¿Qué te has preguntado?

—Bueno, si no podría alguien coger por sorpresa a todo lo que tiene detrás, si no podría ver algo... o a *alguien* a quien nunca vería en el mundo de todos los días.

—Ya sé. Cuando tuve el accidente se me ocurrió una idea. Pienso en ella de vez en cuando... en la idea, quiero decir... y cuando desatranqué la puerta sentí que tenía que probarlo. No mirar al espejo para ver si tengo el pelo en orden o si necesito pintarme los labios, sino tener el coraje de mirar de verdad, de mirar con serenidad, de abrirme camino hasta dentro —los ojos cansados inspeccionaron los de Nina, y la mujer suspiró—. En fin, ha pasado tanto tiempo desde que era como tú...

Se detuvo, y se oyó ruido de voces en la calle y la portezuela de un coche que se cerraba. Nina abrió su bolso a toda prisa, sacó la cartera, desdobló el billete de diez dólares que su madre le había dado para la compra y se lo metió en la mano a la mujercita rechoncha.

—Le he alquilado el apartamento. Lo he *alquilado* y *nadie* puede cogerlo ya. ¡*Por favor, por favor* no deje que nadie se lo lleve!, —la mujercita se quedó boquiabierta de sorpresa—. Ahora no tengo más dinero, pero como he llegado la primera, seguro que Vd. no va a permitir que alguna persona mayor...

—Pero querida —dijo la mujercita—, si ni siquiera lo has visto. Y tus padres tampoco. ¿Qué van a decir ellos?

—¡No podemos *soportar* el sitio que tenemos ahora! ¡Lo odiamos... lo detestamos! Y no me importa que las habitaciones del apartamento de arriba estén asquerosas y necesiten pintura. Lo único que me importa es la vista, y el aire y la luz, y a mi madre y a papá lo mismo. Por favor...

Las otras voces seguían fuera, como discutiendo una decisión final.

—Por favor, quédese con el dinero.

De pronto la mujercita sonrió. Sus ojos brillaron y su cara cambió radicalmente de expresión.

—Me acuerdo... —dijo— me acuerdo de que cuando tenía tu edad también yo quería las cosas así, con desesperación. Toma, coge la llave y sube.

Nina subió tres pisos con estruendo, sin detenerse ni una vez, metió temblando la llave en la cerradura... y entró.

Un nido de pájaro. Una casa en un árbol. Un nido de águilas. El sol se derramaba, inundando el salón, largo y desnudo, donde el silencio reinaba, hasta que una solitaria mosca zumbó en algún lado. Había un fuerte olor a leña. Nina se acercó a las altas ventanas, una por una, por todas partes, amueblando los cuartos con los muebles de la familia y mirando hacia abajo y a lo lejos los distintos paisajes, con sublime calma. Todo esto era suyo ahora: el trazado de las calles, diminutas como hilos, los tejados con aguilonos, con torretas o planos, algunos de los planos ocultos por jardincitos elevados, las colinas boscosas de Marin County que se veían al noroeste en el día ventoso y sin niebla y, más cerca, el tráfico de remolcadores y barcazas, barcos de pesca, barquitos de vela y cargueros dedicados a su comercio sobre las aguas que penetraban en el Golden Gate. A lo lejos, al este, vio tres islas reposando en una bahía, y un puente que se estiraba hacia las minúsculas ciudades de Berkeley y Oakland, con su fondo de colinas veraniegas.

Vio que su cuchitril tenía espacio bastante para una cama y quizás también para una cómoda y una silla. El cuarto de baño era en verdad una birria, y en la cocina se cabía con dificultad.

—Suficiente —comentó Nina en voz alta—. Y, madre —dijo, volviendo al salón—, aquí podemos poner la mesa de comedor, de este lado, de donde podemos ver la ciudad por encima y al mismo tiempo la chimenea —después se quedó repentinamente quieta, con las manos juntas y apretadas—. ¡Madre... papá! Lo he encontrado. *He encontrado un sitio para nosotros... el nuestro, justo el que necesitamos.*

Más o menos un minuto después, cuando bajaba otra vez estruendosamente, oyó en el vestíbulo las voces de la dueña de la casa y de una joven pareja, discutiendo. Nina tomó la última curva antes del piso bajo y se quedó allí colgada, en equilibrio, con una mano en la barandilla y un pie en el vacío.

—... ¡Esta mañana! ¡Le dije esta mañana que volveríamos! —decía la voz femenina, gritando como si la mujercita rechoncha estuviera sorda—. Le dije que teníamos que medir nuestros muebles antes de estar completamente seguros, y le dije que lo íbamos a alquilar. Es perfecto... justo lo que queremos. Aquí tiene un cheque por la cantidad total, primer y último mes..., —la chica miró hacia arriba y vio a Nina—. ¿Ésa es la que dice?

—Ella es —dijo la mujercita—. Y ya les he dicho que me ha pagado. Les ha sacado la delantera... eso es todo. O sea que si no...

—¡Pero no puede alquilarle un apartamento a una niña! —gritó el joven, hecho una furia—. No tiene fuerza legal, y sus padres ni siquiera...

—Es verdad. Y si no lo quieren, a lo mejor les aviso. En este momento lo que quiero es almorzar, o sea que les voy a pedir que se marchen..., —con una firmeza sorprendente, los empujó hasta fuera, cerró la puerta, se volvió y miró a Nina con una sonrisa terca y seca—. Te voy a decir una cosa. Son las últimas personas a quien se me ocurriría avisar. Para empezar, las mujeres que me hablan como si fuese idiota o no entendiera el idioma, y los hombres que tratan de apabullarme gritando me caen como una patada. Además, he conocido todo tipo de inquilinos, y esos dos son de los que no dejan pasar un día sin pretender que se haga alguna cosa —tendió el brazo mientras Nina bajaba hacia ella con la llave—. Me llamo Edna Kendrick. ¿Y tú?

En alguna otra ocasión había entrado en el apartamento que olía a comida y a polvo, cerrando la puerta y apoyándose en ella sin abrir la boca. Sí, aquella noche, semanas antes, cuando se perdió bajo la lluvia al volver por primera vez del museo a casa. Pero aquel silencio estuvo lleno de pena y de asco.

—¿Nina?, —la Sra. Harmsworth acudió, secándose las manos con un trapo de cocina—. Es la una y cuarto, querida, y creo... pero ¿y la compra? ¿No has comprado nada?

—Madre, —Nina fue hasta ella y la abrazó—. Madre, no he hecho la compra porque no tenía dinero.

—¡Pero si te di diez dólares!

—Ya sé. Y no se han perdido. Los empleé. Se los di a la Sra. Edna Kendrick para que nos guardase un apartamento hasta que podamos ir todos a verlo. Madre... papá..., —miró más allá, a su padre, que venía de su dormitorio cruzando el vestíbulo—, tengo un sitio para nosotros. Lo *tengo*. ¿No queréis verlo? ¿No podríamos ir ahora? Ay, si pudiera explicaros lo hermoso que es...

—¡Hermoso!, —su madre la miraba como si estuviera loca... tan loca que no se daba cuenta de que lo último que la familia de Christopher Harmsworth podía permitirse era algo hermoso, fuera lo que fuera—. Nina, cómo se te ha ocurrido hacer eso. Lo único que habrás conseguido es perder los diez dólares. ¿Cuánto cuesta el alquiler? ¿*Por qué* ni siquiera?

—Pero madre, madre... escúchame. Escucha papá. Es un piso alto, y hay aire, y luz, y se ve todo, hasta el fin del mundo. Y tiene hasta una chimenea pequeña, y un cuartito pequeño para mí, y sólo cuesta quince dólares al mes más que esto. ¡Nada más! Hay que pintarlo, pero la Sra. Kendrick nos va a rebajar cinco dólares al mes porque lo voy a pintar yo...

—¡Lo vas a pintar tú! Pero si no podemos pagar ni diez dólares más al mes, por no hablar de los gastos de la mudanza de muebles desde Silverspring. Esa mujer debe de estar loca. Mira que dejar que una niña haga lo que has hecho, sin llamar por teléfono, sin preguntar...

—Oh, no madre, no está loca. Se parece mucho a mí. Fíjate, cuando entré estaba mirándose en el espejo y los espejos le dan la misma sensación que a mí. Y dice que

se acuerda muy bien de cómo son las cosas a mi edad, cuando se quiere algo tanto que no se puede soportar, como yo quiero que salgamos de aquí. Y me aceptó el dinero y confió en mí, y no me dijo ni una sola vez que era una niña. Y además, mamá y papá, tengo trabajo. En el museo. Y puedo llegar a ganar hasta cuarenta dólares...

—¿Al mes?

—Oh, no. En total. Aunque a lo mejor me siguen dando trabajo... durante todas las vacaciones, quiero decir... de vez en cuando, si hago las cosas bien —siguió un silencio corto y tenso, durante el cual el Sr. Harmsworth se acercó a la ventana para mirar desde allí hacia afuera, con las manos en los bolsillos de atrás—. ¿Papá? —dijo Nina, yendo hasta él y poniéndole las manos sobre el brazo—. Papá ¿no quieres salir de aquí? ¿No te alegras de que haya encontrado algo? —no respondió, y Nina no pudo leer su cara, a pesar de que, aturdida y angustiada, trató de hacerle dar la vuelta para mirarle a los ojos. Un relámpago de intuición le dijo que, de alguna manera, lo que pasaba por la cabeza de su padre era algo más que un mero cambio de apartamento.

—¿Estás decidida a quedarte, Nina? —preguntó—. En esta ciudad, quiero decir.

—¡Pues claro que vamos a quedarnos! —exclamó la Sra. Harmsworth—. Chris, no sé en qué estás...

—¿No sabes?, —volvió la cabeza para mirar a Nina, y a ambos lados de los ojos y de la boca parecía vibrar una media sonrisa—. Quieres el otro apartamento con toda tu alma ¿verdad, Ardilla...?, a lo mejor mañana podemos ir a ver qué ha encontrado Nina. Y si te quedas sin los diez dólares porque no nos conviene, Nina puede devolvértelos...

—No se trata sólo de eso, Chris... no es sólo eso...

—No. Pero en cualquier caso podemos ir a ver.





Capítulo quince

La Sra. Kendrick estaba sentada sobre una caja, tomando el sol, que llevaba todo el día entrando y saliendo, mientras Nina, en un paroxismo de felicidad, esparcía pintura de color de sol por las paredes del salón con un rodillo. Dorado de Etruria, decía el bote de pintura. Nina tenía a su cargo las paredes, porque era más fácil, y su padre se ocuparía del esmalte de las puertas y de las maderas.

La Sra. Kendrick le estaba contando lo que buscaba en el espejo el día que se conocieron. Era su otro yo, su yo real, su yo joven.

—A veces me parece que siempre he sido así —dijo—, contrahecha, nada atractiva...

—¡Oh, no!, —no era verdad que no fuese atractiva, quería tranquilizarla Nina, ni siquiera ahora. Y quería decirle a la Sra. Kendrick que antaño debió ser muy bella, sólo que eso no se le puede decir a una mujer: antaño.

—Y otras veces, sin embargo, cuando casi consigo olvidarme de mis penas y de la pinta que tengo, se me ocurre que es imposible que aquella niña se haya perdido para siempre. Enterrada e irreconocible, pero allí sigue. Sí, Nina, allí sigue... igual de joven que tú, querida —la Sra. Kendrick se quedó un rato callada, mientras Nina seguía pintando, y después—, he subido el libro del que te hablé esta mañana, el que mi hermana me dio en el hospital, el que tiene una parte que se refiere al espejo, a la búsqueda. Pensé especialmente en ti por ese amigo que tienes que se interesa tanto por el tiempo. ¡Escucha!: «El espejo siempre me ha encantado porque cualquier cosa que en él se refleje parece hundirse en sucesivas capas de tiempo, como si fuese en agua, con lo que la propia cara se convierte en la cara de otra persona de hace mucho tiempo, y las flores que pongo delante, especialmente las peonías y las amapolas, se llenan en el reflejo de una transparencia mágica, como si flotaran a través del tiempo, lo que en verdad hacen...».

La pintura resbalaba por el brazo de Nina, que se la quitaba distraída con una camiseta vieja y rota de su padre. Estaba de pie, en el último escalón de una escalera de mano, pintando la parte inmediatamente inferior a la moldura del cielo raso, el último pedazo con el que el salón quedaría listo. Miraba a su alrededor de vez en cuando, sin acabar de creerse que ella, Nina Harmsworth, ella sola, había conseguido tan prodigiosa transformación. Hasta el techo había pintado.

—¿Y ha encontrado ya su otra cara, Sra. Kendrick? ¿Su otro yo... su yo más joven?

—No, querida, todavía no. Pero es que se necesita mucho valor para seguir mirando con todo el deseo y la fuerza de que se dispone. Puede que sea demasiado para mí. Y puede que el pasado simplemente no esté ahí. Pero... escucha esto: «Katrine ha muerto estando yo aquí, por lo que ella es una de las presencias que van y vienen por esta extraña intersección en la que no vivo en el tiempo, en la que pasado y futuro derivan juntos hasta el presente, dulces como las corrientes de aire que a veces hacen que las cortinas se muevan como si una mano las hubiera tocado». Ya ves, Nina, hay alguien que siente lo que yo siento. Quizás pienso que puedo llegar a esa extraña intersección... la del espejo.

Nina metió el rodillo en el bote de pintura y bajó la vista para posarla intensamente en la Sra. Kendrick.

—Una de las presencias que hay en esa extraña intersección en la que no vivo en el tiempo —eso se refiere a nuestro tiempo, tal como nosotros lo pensamos. Y eso es lo que Domi es: una presencia en una extraña intersección. Tengo que decíselo. Le gustará.

—¿Y quién es Domi?

—Una amiga mía del museo. Alguien a quien estoy tratando de ayudar.

—¿Y por qué es una presencia en una extraña intersección? ¿Es como Katrine?

—En cierto modo, pero también distinta. Las dos existimos, dice, sólo que a diferentes niveles.

—Sí, eso me ha ocurrido a mí. El dolor me ha llevado a una zona del pensamiento en la que antes nunca me había atrevido a entrar: que puede haber diferentes niveles de conciencia, de existencia. Aunque, como es natural, me doy cuenta de que es perfectamente posible que al final no haya más que oscuridad y silencio y no ser. Sí, está tu Domi. Algún día tienes que contarme cosas de ella y si la pudiste ayudar.

Nina reflexionó un instante, sin dejar de mirar a la Sra. Kendrick. Después bajó de la escalera para ir a lavarse los brazos y las manos.

—Tengo que verla. Tengo la impresión de que debe estar ahí, en el museo. De pronto, precisamente ahora, me ha venido esa impresión, y hay algo que he estado pensando y que tengo que contarle.

Lo que a Nina se le había ocurrido es que quizás Domi debiera leer las páginas del segundo tomo del diario de Odile que se refiriesen a aquel hombre cuya inicial era K y sobre el cual Odile escribía y escribía, hasta en su ausencia. Helena Staynes le había hablado de ese segundo tomo, escrito en francés, y a lo mejor lo tenía, o a lo mejor era de Mam'zelle y estaba en su despacho.

Nina esperó frente a la mesa del Sr. Quarles mientras éste respondía a las preguntas de dos chicos que habían entrado antes que ella. Al mirar más allá, vio a Dominique, en la entrada de una galería que salía de la rotonda situada frente a la de las habitaciones del castillo. Allí estaba, con su vestido verde mar, inmóvil, el rostro

grave y lleno de esperanza, los ojos fijos en Nina. Nina se apuntó con el dedo, señaló hacia el despacho de Mam'zelle y le indicó a Dominique que la encontraría en la gruta. Dominique asintió como si... sí, era lo que estaba esperando.

Más tarde, cuando Nina llegó a la gruta, con el segundo tomo del diario de Odile bajo el brazo, Dominique la estaba esperando. Nina le mostró el libro en silencio para que pudiera ver el título, y después se sentó a su lado.

—Domi —dijo—, ¿has oído alguna vez decir a Mam'zelle, o a otra persona, que Odile Chrysostome llevaba un diario? ¿No? Bueno, no pudiste leerlo en tus tiempos porque no lo descubrieron y publicaron hasta hace unos quince años. Resulta que Mam'zelle tenía un tomo en inglés, y me lo ha regalado y lo he leído dos veces, casi tres. Precisamente ahora el Sr. Quarles acaba de encontrarme el segundo tomo, en francés, en el despacho de Mam'zelle, y me lo ha prestado. Domi, estoy en ascuas. Creo que se me ha ocurrido algo. ¿Cómo me dijiste que Marie-Laure llamaba a tu padre?

—Kot. Siempre le llamaba así, y la abuela también.

—¿Y alguien más?

Domi reflexionó.

—Que yo me acuerde... no, era un nombre familiar muy íntimo. Sé que ninguno de los amigos políticos de mi padre que venían al castillo le llamaba así, sólo Antoine, cuando le conocían bien. Se llamaba Clovis Antoine de Lombre.

—(Clovis An-tuan, se repitió Nina para sí).

—A lo mejor es que de pequeño no era capaz de decir Clovis y de allí salió lo de Kot.

—¿Se escribía siempre con K, o con C?

—Con K. Es raro, supongo, porque Clovis empieza por C, pero las cartas a mamá siempre las firmaba Kot, con K.

—Domi, ¿Chrysostome, el padre de Odile, le llamaba Kot?

—Sí... él sí. Creo que era el único de fuera de la familia que le llamaba así. ¡Pero Odile no llamaría Kot a mi padre!

—No. Habla de alguien a quien llama K. Sólo la inicial. Y quería mucho a la persona que llama K. Quiero decir que debía estar enamorada de él. No sé cómo no se daba cuenta.

—¿Odile enamorada de mi *padre*? ¡Pero eso es ridículo! Era una niña... nada más que una niña.

—No, no. Al principio, cuando empezó a escribir el diario, tenía quince años, y eso ya no es una niña. Pero no parecía darse cuenta entonces de cuánto le amaba. Pensaba que le quería como se quiere a un amigo especial, como le quería su padre, y no le gustaba que su familia le tomase el pelo con ese asunto. Decía que ellos no entendían, que después de todo K estaba casado... eso era algo que no se le olvidaba. Pero si no le hubiera amado de verdad, comprenderás que no hubiese *tenido* necesidad de no olvidarse de eso. Y cuando él venía a visitarlos, ella se llenaba de

algo más que alegría. Recuerdo que dice: «Llega K., y no hay palabras que brillen lo bastante para merecer ser puestas al lado de esas dos». Cuando murió tu madre, o al menos cuando murió la mujer de K, Odile escribió: «K. no tiene ya esposa. Ha venido a vernos y está muy triste». Pero nunca escribió el nombre de la mujer de K., ni si tenía hijos. Pensé que eso era muy interesante. Era como si, de principio a fin, no quisiera que K. tuviera más vida de familia que la que tenía con la suya.

—¡Triste! —repitió Dominique, incrédula—. ¡Triste! Si adoraba a mi madre... tenía el corazón destrozado.

—Domi, escucha. Odile sigue escribiendo sobre K. en el segundo tomo. Lo sé porque me puse a hojearlo en cuanto el Sr. Quarles me lo dio. No podía esperar. Voy a enseñarte el libro y a pasar las páginas para que busques lo que pueda decir sobre K., porque he estado pensando que a lo mejor, como estaban tan unidos, le dijo a Odile, o a alguien de la familia, algo que pudiera ayudarnos a descubrir lo que le pasó.

—Nina... ¿está la semana del diez de diciembre de 1804 sembrada con la inicial K?

Nina pasó las páginas, pasó y pasó, hasta llegar a las últimas del libro.

—Sí, y unos días antes también. Llenas de K. La última fecha es el 14 de diciembre, pero entre el diez y el catorce de diciembre no hay nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque —dijo Domi—, el diez de diciembre fue el día que fusilaron a mi padre. ¿Qué es lo último que escribe? Déjame ver. Sujeta el libro. «*Nous avons les nouvelles. Papá désire que j'épouse Carondel. Ce ne fait rien. Ma vie est finie. Je ne peux plus écrire*». —Domi se quedó callada un momento—. Sí, Nina, tienes razón. K es Kot. El hombre a quien Odile amaba era mi padre... y era mi padre el que estaba en casa de los Chrysostome la última semana de su vida y la noche en que Maurice fue asesinado en el castillo. Dice: «Nos han llegado las noticias. Papá quiere que me case con Carondel. No importa. Mi vida ha terminado. Ya no puedo escribir». Y ahora, Nina, sujétame el libro para que pueda leer lo que pasó esos días, antes de que se marchara de casa de los Chrysostome. Vuelve más o menos una semana atrás. Ahí... llega a la casa el tres de diciembre. Sigue adelante, más, más. Sí, está con ellos todo el tiempo, casi hasta el final, en secreto. Y ninguno de ellos me lo quiso decir... ninguno. Fui a verlos cuando aún no había pasado un año desde la muerte de mi padre. Para entonces también Chrysostome había muerto y Odile se había casado con Carondel. No llegué a verla... se habían cambiado de casa y la mayor parte de la familia de Chrysostome estaba diseminada. Pero les pregunté a la Sra. Chrysostome y a Gabrielle y a Cyprian si podían contarme algo... y no quisieron decirme nada. Y mientras hablaban conmigo sabían que mi padre había estado allí los últimos días, antes de ir a París y morir fusilado por un asesinato que no podía de ninguna manera haber cometido porque estaba a más de cien millas de donde Maurice, la Abuela y yo le esperábamos. Los testigos le acusaron de haber estado determinados días en

determinados lugares de París, reunido con conocidos subversivos, lugares donde nunca pudo estar porque esos días estaba en Pontoise. Voy a leer, Nina, y te lo iré traduciendo a medida que avanzo.

Nina sujetó el libro abierto y Domi se inclinó sobre ella, cada vez más cerca a medida que se concentraba, hasta que Nina miró hacia abajo y vio que la figura de Domi se fundía con la suya, que la seda verde mar apenas podía diferenciarse de su falda gris, que no se sabía cuál era su brazo y cuál el de Domi, ambos sobre sus regazos, el uno dentro del otro bajo las sombras móviles de las hojas o las motas de sol. El frío, el inexplicable frío del patio le recorrió el cuerpo, pero Nina no se movió, se quedó quieta y sentada escuchando la voz de Domi, que leía dulcemente a su oído.

3 de diciembre de 1804

«Cuando me desperté esta mañana, en cuanto abrí los ojos, lo primero que dije fue ¡K está bajo el mismo techo! Le había oído llegar muy temprano, cuando todavía estaba oscuro. Oí ruido de cascos por el carril que, rodeado de tierras y de árboles, comunica nuestra granja con la carretera principal. Me levanté, miré por la ventana, y alrededor de la casa vi las tierras suavemente iluminadas bajo su manto de nieve... no había luna, sólo montones de estrellas. Y lo *supe*, mucho antes de que el jinete se acercara, desmontase y llamase a la puerta. ¡Cómo no iba a saberlo! ¡Es K!, y me eché la bata encima, me lavé la cara con un agua que un momento antes había estado cubierta por una delgada capa de hielo que tapaba la palangana y me cepillé el pelo. Sin embargo, cuando estaba a punto de entrar en el vestíbulo, oí que mamá pasaba rápidamente, y después que papá desatrancaba en silencio la puerta de abajo, y oí sus voces, la de K y las de mamá y papá que le daban la bienvenida. Y oí que K le preguntaba a papá si podía quedarse con nosotros, en secreto, hasta la semana que viene, que tendría que irse. A causa del estado de cosas en París, donde Napoleón acaba de coronarse emperador y donde se sospecha de todos aquellos que estuvieron cerca de él pero que ahora tienen la audacia de criticarle, K no quiere que nadie sepa en dónde está. Se marchó de París a última hora de la tarde de ayer, y viajó por los bosques y las colinas para que nadie le viese. Como dijo papá, no hay razón alguna para que nadie sospeche que está aquí. Nosotros somos completamente autosuficientes. Los chicos trabajan en el jardín y en las tierras y no necesitamos criadas teniendo a mamá y a tres chicas para cocinar, lo que es una suerte si se tiene en cuenta lo poco que gana papá con sus cuadros. Sí, nos quedaremos con K para nosotros solos, como de costumbre, y nadie se enterará por mucho tiempo que quiera quedarse.

»K dice que ha venido porque necesita hablar urgentemente con papá. Se fueron enseguida a tomar una copa de coñac, y mamá se apresuró a preparar café y a hacer algo de comer para K. Oí que Cyprian bajaba a hacerse cargo de su caballo. Yo, mientras tanto, me quedé quieta, con la bata nueva que acabo de terminar, la cara limpia y el pelo cepillado, incapaz de moverme y, sin embargo, deseando con todo mi

corazón bajar y unirme al cálido murmullo de voces, junto al fuego que yo sabía ardía en la cocina. Oí los gruñidos y los quejidos de Lubo, que quiere a K como si fuese su propio perro, lleno de excitación cuando le abrieron la puerta de la trascocina. Pero yo... no, yo no podía bajar. Todavía no, conociéndome como me conozco, en la seguridad de que si entraba en la cocina todos los allí sentados se volverían para saludarme, y K se levantaría y se acercaría y yo sería incapaz de evitar que lo que ya sabía me asomase a la cara, y que todo el mundo lo viera. Tendría que arreglármelas de otra forma, mirar de esa manera a K en algún otro momento secreto que todavía no había pensado cómo organizar.

»La verdadera naturaleza de mis sentimientos la había descubierto a finales del verano pasado. Había salido al campo con K en el *petit-duc*, el coche de dos asientos, sin plataforma para conductor, que siempre escojo cuando K dice que le apetece dar una vuelta por el campo. “Zandre”, con el arnés de hebillas plateadas, ramoneaba por los arcones mientras nos arrastraba con lentitud, y como el cuerpo del coche es tan bajo, yo podía bajarme a coger agallas de roble y fresas silvestres y rosas de los setos sin interrumpir el soñoliento progreso de “Zandre” a través de los campos llenos de sol. Los milanos y otros pájaros se cernían sobre las tierras y sobre los arcones, y K me contaba una historia más de su infancia, cuando viajó con sus padres a España y a Alemania y a Holanda, y más lejos, hasta Rusia. Pero enseguida se quedó callado, y su silencio se fue poco a poco apoderando de mí, hasta que me cogí de su brazo y apoyé la cabeza en su hombro.

»—¿Qué pasa, K? —le pregunté—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan callado? Cuéntame.

»Levantó una mano para ponerla sobre la mía, inclinó la cabeza hasta que su frente tocó mi mejilla y, de pronto, se apartó bruscamente, como diciéndole a sus emociones que se habían descontrolado, y entonces supe por primera vez cuánto le amaba. No como una hija, ni como una sobrina o una amiga de la familia, sino como una mujer que ama al hombre a quien quiere dedicar el resto de su vida. Hablamos poco hasta que terminó el paseo, y esa noche K se marchó a su casa.

»Hoy, mi padre y K hablaron durante todo el almuerzo, y toda la tarde, a veces en el gabinete, a veces en el jardincito amurallado, caminando, siempre caminando de aquí para allá, como si no pudieran terminar. Si yo acertaba a pasar cerca, K me miraba, sin decir nada, dejando sólo que sus ojos se encontrasen con los míos. Esta noche, después de cenar, no pude soportarlo más, cogí una linterna y me fui a la cuadra, diciendo que iba a ver si Louette, nuestra gata blanca, que acaba de parir, se ocupaba de sus gatitos en el cajón relleno de paja; ¡Louette, una de las madres más avezadas y experimentadas, que había traído al mundo por lo menos cuatro familias! Corrí por la nieve, en la oscuridad cargada de silencio, y el aire helado me cortaba la nariz. Y en la cuadra, caliente, limpia y con olor a animales, colgué la linterna de un clavo y me deslicé entre los frisios, esas plácidas criaturas, tan bellas a la luz de la

lámpara. Y cuando volvían la cabeza para darme la bienvenida, la puerta de la cuadra se abrió de nuevo, y apareció K. Abrió los brazos y corrí hacia él.

»No voy a confiar ni a este diario los momentos que siguieron. Nos pertenecen a K y a mí tan sólo, y quedarán en silencio conmigo el resto de mis días, para recordarlos sólo con él. Baste decir que estamos prometidos y que se lo he dicho a papá y a mamá y a los demás de la familia, que no caben en sí de sorpresa... no ante la revelación de mi amor por K, sino del suyo por mí. Sí, para ellos nunca dejaré de ser “la pequeña”. Papá dice que jamás se olvidará de las caras que teníamos cuando entramos juntos en la casa, e inmediatamente nos ordenó que nos quedáramos allí, en el umbral de la puerta, como estábamos, para hacer un boceto. Y lo hizo, e inmortalizó ese instante».

4 de diciembre de 1804

«*Mon Dieu!* Hoy se ha presentado Carondel, nuestro vecino, con su mejor traje negro, y mamá, al verle bajar del coche, empujó a K hasta el estudio, donde papá está trabajando en un cuadro sobre el boceto. ¿Y a qué había venido Carondel, todo compuesto con su traje de los domingos? Pues nada menos que a pedir mi mano. Es para no creérselo. Resulta que aquí están Gabrielle y Simone, mayores que yo, más serias, de todo punto más atractivas, que saben coser y cocinar a la perfección, que tienen la casa en condiciones admirables, que son ambas verdaderas maestras en todas las artes del ama de casa... ¡y me quiere a mí! Claro que al principio no se sabía. Carondel preguntó muy cortésmente por papá, papá fue llamado y pasó con Carondel al salón, donde mantuvieron una corta conversación. Papá tiene muy mala idea. Insistió en llamarme, exclusivamente, según después confesó, para poder ver la cara que ponía y cómo me las arreglaba en tan absurda situación. Me avergüenza decirlo, pero todo lo que fui capaz de hacer es contener, a duras penas, la risa. Carondel, el buen granjero, cariñoso, serio, diligente, capaz, bastante rico (¡además, rico!) estaba ahí sentado, mirándome, como si una sola palabra mía pudiera decidir su vida o su muerte. Y yo tuve que decirle que en ningún caso podía pensarse que yo tuviese intención alguna de casarme con nadie... *de momento*. Y papá dijo que, como era asunto mío, mi decisión era definitiva. Pero ¿no podía concertarse el matrimonio para más adelante, siempre que mi mano no estuviera destinada a algún otro?, quiso saber Carondel, enormemente sorprendido, sin duda estupefacto por la forma en que su propuesta había sido recibida, siendo él tan deseable en todos los aspectos. No, no, respondí, levantándome toda confusa, luchando conmigo misma para no reírme y sabiendo que mi cara se iba poniendo roja y más roja mientras me excusaba por tener que retirarme. Conseguí escapar y fui corriendo al estudio, donde me esperaban K y mamá y las hermanas, me abracé a K hasta que se me pasó la risa y entonces les conté lo que había pasado, terminando con un “¡Qué disparate, ese pobre hombre, a sus *cuarenta* años!”, K me recordó, con la más rara de las expresiones pintada en su

cara, que él tenía treinta y cinco, a lo que respondí, con mi implacable lógica particular, que no me hubiera importado que tuviera noventa».

8 de diciembre de 1804

«Papá está a punto de terminar nuestro cuadro, y toda la familia insiste en que es su obra maestra, el mejor parecido que ha conseguido con K y, desde luego, conmigo. Nos ha dicho que es muy probable que la felicidad tenga mucho que ver con el éxito de su trabajo, porque sus mejores obras parecen obedecer siempre a una gran alegría o a un gran dolor, pero jamás a un estado de ánimo intermedio. No se refería, claro, a dolor físico, porque papá es un hombre extraordinariamente sano y lleno de energía. No, yo sabía que se refería a la búsqueda, a la lucha. Un mayor peso de la vida en cualquiera de los dos lados de la balanza tiene como resultado una obra más poderosa».

10 de diciembre de 1804

«K se va esta noche y llegará a París mañana por la mañana. No podría soportar su marcha si no supiera que sólo va a estar fuera el tiempo necesario para tratar otra vez de ver a Napoleón y después ir a su casa a contarle a su familia que nos vamos a casar. No ahora, sino dentro de unos meses, porque hay ciertos asuntos que arreglar antes. Además, su familia no tiene razones para imaginar que vaya a casarse otra vez, y no está seguro de cómo les sentará la noticia».

Dominique levantó la vista un instante, murmurando con ironía:

—No, querido, desde luego no podías estar seguro —y después se concentró otra vez en el libro y siguió leyendo.

«Por la noche, antes de separarnos, K nos pidió que le prometiéramos, por lo más sagrado, que nunca, bajo ningún pretexto, le diríamos a nadie que había estado aquí. Papá, en uno de sus habituales gestos dramáticos, cogió la gran Biblia familiar, la puso sobre la mesa, y juró... y, claro, juramos todos, y con la mayor ostentación. Nos costaba no reírnos y, sin embargo, por el rostro de K pasó una sombra que me oprimió el corazón; era como si no supiese lo que el futuro podía deparar a un escéptico, a un crítico del régimen, y quería asegurarse de que estaríamos a salvo. Creo que nuestra alegría escondía inquietud. K no parece estar asustado, pero a veces he detectado en su expresión la misma tristeza que vi en su rostro cuando descubrí que le amaba, aquel día en el *petit-duc*. Quizás sólo alguien que le ame como yo sea capaz de detectar esa tristeza. Pero no voy a asustarme. Seguro... seguro que... pero no, no lo diré. Tiene que volver. Volverá... tiene que volver».

14 de diciembre de 1804

«Nos han llegado las noticias. Papá quiere que me case con Carondel. No importa. Mi vida ha terminado. Ya no puedo escribir».

Dominique levantó la vista, suspiró, se separó de Nina, se apartó y se quedó sentada, inmóvil, hundida en su propio silencio. Después dijo:

—O sea que así terminó todo. *Pauvre p'tite* —repitió en voz baja—. *Ma pauvre Odile*.

—Domi —dijo Nina un momento después—, la Sra. Staynes me dijo que hacía años que no leía el diario de Odile. Si yo pudiera arreglármelas para que lo vuelva a leer y compare las fechas, las fechas de los acontecimientos que conoce, las idas y venidas de tu padre, y las fechas que Odile menciona, el tiempo que tu padre estuvo fuera del castillo, al final, cuando nadie sabía dónde estaba, la fecha en que K llegó a casa de los Chrysostome y la fecha en que se fue, y la fecha en que le fusilaron en París, ¿cómo no va a ver que K era tu padre? Pero, sobre todo, creo que compararía sus naturalezas... su...

—¿Carácter?

—Sí, su carácter. Yo no puedo decirle que K se refiere a Kot...

—No. Y además estoy segura de que lo de Kot no le diría nada. Como te dije, era un nombre muy íntimo, y dudo que haya tropezado con él. Pero aun suponiendo que se convenciera de que la persona a quien Odile amaba era mi padre, aun suponiéndolo ¿qué prueba final hay, qué prueba que nadie pueda negar, de que Antoine de Lombre era el K del diario de Odile? Sólo queda una cosa...

—¿El cuadro, Domi? ¿El cuadro de Chrysostome, con Kot y Odile?

—Sí, el cuadro. Pero ¿dónde está? No está en este museo, y podría estar en cualquiera, en docenas de museos.

—Pero no entiendo —dijo Nina—. La Señora Staynes tendría que conocerlo, esté donde esté.

—Lo que no puede significar más que una cosa —dijo Dominique—. Que se ha destruido o que se ha perdido. Y pienso que lo más probable es que fuera destruido, por el mismo Chrysostome, temeroso y preocupado por su familia, para que nadie pudiera saber que K estuvo allí. ¡Oh, sí —dijo Dominique—, apuesto a que ese cuadro ha sido destruido!





Capítulo dieciséis

Nina le contaba a sus padres que en la sección de Archy Archipenko, dedicada a conservación y restauración, habían examinado un plato egipcio que el museo consideraba inapreciable: el Sr. Archipenko había descubierto con los rayos X que se trataba de un montón de fragmentos minúsculos exquisitamente ensamblados y después pintados.

—Una obra de arte... a su manera —había dicho Archy—, pero, desde luego, no inapreciable.

Había descubierto que un Buda del siglo IX estaba lleno de clavos, tornillos y alambres modernos, y que un antiguo camello tibetano de madera, que se suponía entero, tenía un grueso alfiler metálico en una pierna. Últimamente estaba trabajando en una estatua de madera de la Edad Media cuya cara tenía una hendidura, como una herida, en la parte frontal. La cerró con vapor y con una presión muy leve y continua. Curó la herida.

Nina, mientras hablaba de él, veía su cara redonda, de altos pómulos y gran bigote, y sus ojitos, llenos de interés y de entusiasmo cada vez que le explicaba su trabajo. Vio la habitación, ventilada y pintada de blanco, muy luminosa. Sobre una de las profundas ventanas descansaban unas flores, que él mismo había traído de su casa y que creaban un extraño contraste con la atmósfera de laboratorio que reinaba en el lugar: la caja de vapor, la cisterna de limpieza donde se bañaban las estatuas, la caja metálica de desinfectado que destruía gusanos e insectos, el horno donde se secaban los bronce para protegerlos de la enfermedad del bronce, el banco de trabajo donde se alineaban lacas y esmaltes al lado de pinceles de todos los tamaños, el microscopio electrónico, el aparato de abrasión por aire que eliminaba, usado con gran pericia y delicadeza, el barniz de la pintura y la suciedad de las estatuas de piedra.

Para Nina todo era fascinante. Pero ¿lo sería también para ellos, su madre y su padre? Nina intentaba soltárselo todo al mismo tiempo, a medida que se iba acordando, mientras su madre preparaba la cena en la cocina y su padre descansaba en el sofá, junto al fuego. Intentaba contarles el primer día de «un recluta que pretende hacer carrera en un museo», como le dijo a Archy la Sra. Staynes, añadiendo «y muy posiblemente en éste».

—La Sra. Staynes se tomó todo ese trabajo —musitó la Sra. Harmsworth, sin disimular su sorpresa—, presentándote a todo el mundo, y eso que quién sabe a qué te vas a dedicar cuando termines el colegio.

—Yo sé a qué me voy a dedicar —dijo Nina. Miró a su padre. ¿Le había escuchado, al menos? Algo tenía en la cabeza, y parecía ajeno a todo, allí sentado, con su expresión preocupada y melancólica. Estaba sentado frente al pequeño fuego (su provisión de madera les había llegado de Silverspring con los muebles), con el periódico en el regazo, y mientras Nina ponía la mesa y preparaba las ensaladas, moviéndose alrededor de su madre, él observaba las llamas, o levantaba la cabeza cada vez que el lúgubre bramido de la sirena de niebla sonaba sobre las aguas y las islas y las empinadas calles de la ciudad. La niebla se había apoderado del día a última hora de la tarde, y ahora se acercaban los bancos grises y redondos, oscureciendo las luces de la calle como un mar fantasmal que las ahogara. Nina había estado deseando sentarse allí, a la hora de la cena, para observar el diseño brillante e intrincado, pero nada podía ensombrecer su placer ni diluir su orgullo y satisfacción por su nuevo hogar.

—Madre, ¿lamentas ahora haber subido aquí, el dinero que costó la mudanza? ¿Estás contenta, querida?, —se acercó a su madre por detrás y la abrazó, confinando un instante su interminable quehacer. Después, sin esperar respuesta, se acercó a una de las dos ventanas, al fondo del salón, donde habían puesto la mesa para comer, tal como la había visto el primer día que subió. En el pasado, pensó, me figuré cómo iban a ser las cosas en el futuro, y ahora pasado y futuro se han unido para hacer el presente. Y pensó entonces en Domi y en Gil, pero no se tomó la molestia de preguntarse por qué—. ¡Es tan *bonito*! —dijo con fervor, casi incrédula, mirando hacia fuera. Y la Sra. Harmsworth dejó inmediatamente de mover cacharros de cocina y de remover alguna cosa y se quedó en silencio, o sea que debía haber estado mirando por la ventana baja y larga de encima del lavadero, donde caían los aleros.

—Sí —dijo—, *sí* que es bonito, Nina. Y es bueno poder mirar hacia abajo y más allá, como en Silverspring, en vez de estar encerrados en un cajón oscuro.

—¿Te acuerdas de las vistas que teníamos, Nan? —dijo el Sr. Harmsworth. Era la primera vez que abría la boca desde antes de empezar Nina a contarles sus cosas—. ¿Te siguen gustando aquellas colinas... te acuerdas de los paseos que solíamos dar?

La Sra. Harmsworth seguía revolviendo y revolviendo.

—Claro que sí Chris —dijo finalmente—. ¿Cómo me iba a olvidar? ¿Por qué? Sólo han pasado seis meses. Hablas como si fueran años. Pero tenemos que recuperarnos, y hablar de recuerdos no sirve de nada.

—¿Piensas alguna vez en volver... en volver a casa?

—¡Volver a casa! —repitió bruscamente—. ¡*Volver a casa!* ¿Qué sentido tendría? Tenemos cosas que hacer en esta ciudad, o sea que no pienso perder el tiempo pensando en volver a casa.

—Yo sí —dijo Chris Harmsworth en un susurro—. Yo sí.

Nina se volvió hacia él, le miró a la cara, se acercó y se arrodilló a su lado.

—Papá. ¿Ahora? Justo cuando estoy empezando...

—No te preocupes, Ardilla, no estoy haciendo planes. ¿Cómo iba a poder hacerlos? Y parece que no depende de mí —estiró un dedo y se lo pasó a Nina por la frente, por la nariz, los labios y la barbilla—. Tiene gracia, ¿verdad? —dijo— lo que hemos cambiado, tú y yo. Antes eras tú la que te morías de ganas de volver a casa — de su garganta salió un ruidito irónico que podría haber sido el comienzo de una risa, y Nina se inclinó, apoyó la cabeza sobre su pecho y oyó los latidos de su corazón, un ruido sólido y lento. Extraño. Sí, era... extraño ¡extraño!

—Bueno, Nina, ya puedes dejar de meditar en la ventana —dijo su madre—. ¿Has puesto la mantequilla, y las servilletas? Siempre te olvidas.

—Madre, la Sra. Staynes me dio su manuscrito esta mañana, en el museo —era lo único que había ocurrido que tuviera que ver con Domi. La Sra. Staynes no estaba enterada de que Antoine de Lombre hubiera tenido un apodo, un apelativo cariñoso. No sabía de ningún cuadro de Chrysostome que representase a su hija, aparte de los de niña o los posteriores a su boda. Y no parecía estar de momento muy interesada en releer el diario de Odile.

—¿Te dio su manuscrito? —preguntó Chris Harmsworth, interesado—. ¿Qué es eso de que te lo *dio*, Ardilla?

—Bueno, para leerlo. Y me gustaría que lo leyeras tú también, papá. En el correo de hoy había una caja con su manuscrito y una carta, y después de leerla le temblaba la voz mientras hablaba con Jay Jacobs. Es el conservador encargado de artes decorativas, y me gusta. Es joven, pero deben conocerse desde hace mucho tiempo, porque no parecía importarle llorar delante de él. Por lo menos a mí me pareció que estaba llorando, aunque no le veía la cara, y él trataba de consolarla. Le dijo que a él le parecía un magnífico trabajo de erudición, y ella le contestó que ése debía ser precisamente el problema, que era demasiado erudito, como una tesis. No sé lo que es eso. Y después dijo que tendría que empezar otra vez desde el principio, después de tanto tiempo, y después Jay Jacobs se fue y un rato más tarde, cuando terminé de archivar las láminas de ropas y tenía que buscarme algo más que hacer, le pregunté si me dejaría leer la copia y me dijo que me aburriría, que era demasiado joven, pero que si iba a leerlo todo prefería darme el original. Y lo voy a empezar esta noche.

Algunas veces, en el museo, Domi aparecía cuando menos se esperaba, y se ponía a susurrar cosas al oído de Nina. Un mediodía, cuando Nina estaba frente a un cuadro que representaba un lago cercano al castillo, Domi le dijo:

—¿Ves esa olita? Ésa es la pequeña serpiente que solía cruzar el lago, de orilla a orilla, con la barbillita al ras del agua. Chrysostome la puso en broma en el cuadro, porque mi padre siempre la buscaba cuando paseábamos por allí. Del otro lado del lago había una marisma, un lugar pantanoso donde crecían los juncos, con su abrigo áspero, marrón terciopelo, como piel de rata. Todos los años cortaban los juncos para tejer con ellos esteras y alfombras para los dormitorios de los criados y siempre

tenían que estar húmedos antes de tejerlos. El dormitorio de Marthe, cuando me hice mayor y teníamos cada una el nuestro, en vez del cuarto de niños, siempre tuvo una alfombra de junco extendida sobre la baldosa roja y fría, y no olía a otra cosa, para mí el aroma más dulce del mundo, y yo quería una alfombra así para mi dormitorio.

Fue Domi la que le llevó a Nina a un cuadro donde se veían un libro viejo, color pergamino, apoyado en un objeto de metal, grande y oscuro, con tapa y asa, un florero lleno de ramas con hojas brillantes, amarillas, naranjas y escarlata, y una mano que ponía una pipa de cañón largo sobre la mesa, cerca del libro. Era la mano de Kot, dijo Domi, una mano delgada y fuerte que daba la impresión, por la forma en que sujetaba la pipa, de apreciar el tacto de las cosas. El libro era el que había conservado como un tesoro y leído y releído de niño, y en él se agolpaban las flores que Domi había metido entre las páginas y que exhalaban un aliento lleno de conjuros de bruja; precisamente el mismo libro que la anciana Marthe estaba leyendo cuando llegaron las noticias del fusilamiento de su amo. El gran objeto oscuro era el calentapiés de Domi. Todos tenían uno, la cocinera, la costurera, las criadas, Marie-Laure y Kot, cada uno el suyo, en hierro forjado, pesado, indestructible, una de las necesidades esenciales del invierno.

—¡Cómo eran de cómodos! —dijo Domi—. Allá donde fuéramos íbamos con nuestro calentapiés, de chimenea a chimenea. Me encantaba el verano, los fieros veranos de Borgoña, cuando las cerezas destilan casi miel por el calor y el jugo de los melocotones nos caía por la barbilla y por las manos y yo me tumbaba a mirar a las lagartijas, con su lomo brillante, como pintado con esmalte verde o azul o rojo, haciendo sus ejercicios...

—Sus flexiones —dijo Nina, recordando con una punzada de nostalgia su cálido jardín de verano de Silverspring.

—Sí..., sí —rió Domi—, sus flexiones, en los muros de piedra, y los azores trataban de cazarlas y después los cazaban a ellos y sus plumas manchadas se metían en los edredones.

—Mucho después de habernos marchado todos del castillo, yo y mis descendientes —¿nunca te había contado, Nina, que fallecí al dar a luz a mi tercer hijo?— solía pasearme por nuestros cuartos desiertos, en los que nunca vivió mi nieto, el que vendió la casa a la familia que la modernizó, y los muebles y los paneles a la señora Staynes. Para entonces el patio de los niños de piedra estaba lleno de basura. Una verdadera maleza lo cubría todo. Los animales tenían sus guaridas entre las zarzas, y cuando mi descendiente fue a abrir el castillo otra vez, para venderlo, casi no pudo pasar de las puertas de la biblioteca, que conducían a túneles vegetales plagados de pájaros y de conejos y de ardillas.

—A mi padre se le hubiesen abierto las carnes de ver el estado en que entonces se encontraba nuestra casa, y cómo habían dejado arruinarse las tierras y los viñedos, sin nadie que trabajara la tierra. Siempre fue un enamorado de las necesidades rituales de las estaciones, la cosecha del trigo y de las uvas, y después la fabricación del vino. Su

tierra no era para él algo ajeno; eran, ella y él, dos partes de lo mismo. Ni siquiera Chrysostome, un artista, era tan consciente como mi padre del mundo natural. A veces decía cosas bien extrañas. Una noche, cuando él y yo y mi madre estábamos en la terraza oscura, mirando al cielo cargado de estrellas, dijo:

—Quizás provenga de la estrella más lejana, o quizás sea sólo el ruido de un ratón que corre por la hierba, pero a veces el susurro de un sonido se apodera del centro de mi ser, y entonces toda la existencia se abre ante mí, llena de serena grandeza. La verdad es que no le tengo miedo a la muerte, porque soy uno con la vida que me rodea.

Y una vez dijo que notaba una gran diferencia entre el tiempo en París, que nunca era suficiente y siempre le acosaba, inmisericorde, y el tiempo en nuestro pueblo, donde el transcurso lento de los días le llevaba como una brisa, sin esfuerzo y con naturalidad, de modo que todas las mañanas se levantaba fresco y notando que podía hacer cuanto tuviese que hacer.

—Domi —dijo Nina un momento después—, si hubiera forma de contarle a la señora Staynes todo lo que me has contado de tu padre, y lo que Odile ha escrito sobre él... En su libro no hay nada ni parecido... ¡nada! Ni siquiera ha empezado a conocerle.





Capítulo diecisiete

—El hombre que ha descrito es como una casa abandonada —dijo el señor Harmsworth, cuando terminó de leer el manuscrito al final de la semana. Y el lunes por la mañana, en cuanto se despertó, y recordando lo que Domi había sentido en las habitaciones del museo que un día fueron las de su hogar, Nina supo lo que probablemente podía decirle a la señora Staynes. Esto es, sabía las palabras, pero no cómo decirlas, y sus manos estaban frías cuando puso el manuscrito, con su caja, sobre la mesa de la señora Staynes. Lo más probable, pensó, era que no le preguntase nada. Pero la señora Staynes la estaba mirando, y...

—¿Lo has leído, Nina? —preguntó—. ¿Has probado? No es para ti ¿verdad?

—No, señora Staynes, no es para mí. Tenía usted razón, soy demasiado joven. Está lleno de datos y, desde luego, también de ideas, como dijo mi padre.

—¿Tu padre lo ha leído?

—Sí. Le gustan las biografías. Ha leído un montón.

—¿Y dijo...?

—¿Quiere que le cuente exactamente lo que dijo?

—Exactamente —y cuando Nina hubo repetido las palabras de su padre, la señora Staynes se echó atrás en su silla, cruzó las manos sobre el regazo y se puso a pensar—. Una casa abandonada —dijo—, fría, oscura y silenciosa. *Eso* sí que me da qué pensar. Nadie había tenido el valor o la profundidad suficiente para decírmelo.

—Señora Staynes, esta mañana, en la cama, se me ocurrió una cosa, usted vio el castillo en Francia. Lo vio todo patas arriba, pero seguro que se imaginó cómo habría sido cuando Domi... Dominique... y Marie-Laure, y el padre de Domi vivían allí, y Marthe y Lisabetta y todo el mundo, rodeados por sus pertenencias.

—Me lo imaginé, Nina. Eso es exactamente lo que hice.

—¿Y se imagina entonces cómo se sentiría alguien que hubiera vivido allí, si llegase al museo sin saber lo que había ocurrido mientras tanto, y viese los muebles de la familia diseminados para que los vea la gente, no para vivir con ellos, sin esas pequeñas cosas que suele haber encima de las mesas y de las sillas, ni libros, ni cosas de coser, ni papeles, ni flores? Ningún tesoro familiar en su sitio, todos ellos alineados en vitrinas, con etiquetas pegadas. Sería como un sueño... su casa y, sin embargo, no su hogar. Todo reconocible, pero al mismo tiempo irreconocible, porque

se le había escapado la vida. A lo mejor eso es lo que mi padre quería decir. Y como yo he estado tantas veces en las habitaciones, dejando correr la imaginación, mirando los cuadros de Maurice y de Marthe y de todos, el de la pipa del padre de Domi y el libro viejo que se ve en tantos bodegones —por lo que supongo que la familia lo apreciaba mucho— y los cuadros de Domi con Lisabetta, y de Domi con sus padres, se me ocurrió que en su libro podría haber capítulos sobre todos ellos, cómo convivían, cómo era su vida de familia, y los jardines, y de qué hablaban y qué pensaban Domi y su padre del otro y cómo sintió su padre cuando Marie-Laure murió. Usted se limita a mencionar que murió al dar a luz cuando Domi tenía doce años, un simple hecho, pero a mí me parece que, tal como se les ve en los cuadros, debían ser muy felices todos juntos. —Nina se detuvo—. Es tan difícil expresar lo que quiero decir. Lo he soltado todo y *ahora* resulta que no lo he dicho como quería.

—Pero si entiendo lo que dices, Nina. Claro que lo entiendo. Sin embargo, cuando leía ¿comprendes?, cuando investigaba, no eran ésas las cosas que yo buscaba.

—¿Y no podían haber sido parte de ellas? —La señora Staynes no contestó—. Lo siento —dijo Nina—. Ya decía mi madre que no iba a servir de nada, porque lo más probable era que no dijese lo apropiado. A mi edad, dijo. Y ahora usted se ha molestado...

—No, no, Nina, no me he molestado en absoluto —la señora Staynes se levantó bruscamente, cogió el manuscrito y lo puso en el estante de arriba del armario donde guardaban los abrigos—. ¿Te acuerdas que me preguntaste si había por alguna parte un cuadro de Odile de joven, y que te dije que en la casa Threlkeld hay uno de después de su boda? La señora Threlkeld llamó ayer por la noche y hoy tengo que ir allí para valorar unas cuantas cosas suyas. Tiene todo tipo de objetos de arte francés, que va a legar al museo, como el Chrysostome de Odile, y pienso que te gustaría venir esta tarde a verlo. Gil está en la biblioteca, dedicado a su interminable proyecto —nunca he conocido un chico así—, y pensé que podíamos almorzar en casa de Auguste y que después Gil podría venir con nosotras. Dijo que le gustaría.

Auguste, terminada la comida, estaba sentado en la silla grande, fumando en pipa y con Lisabetta en el regazo; la estaba acariciando y le rascaba la barbilla para que moviese los bigotes hacia adelante con la típica gracia de los gatos. Y a veces le daba con el índice unos golpecitos secos en el cráneo, entre las orejas —pok, pok, pok— y ella cerraba los ojos y levantaba la cabeza como si esa sensación, por alguna ignota razón gatuna, la llevase también al éxtasis. Nina estaba sentada en el suelo, a los pies de Auguste, en espera de que Gil y la señora Staynes terminasen de comer, cuando, al mirar a Lisabetta, vio que sus ojos se abrían de repente, que las líneas de la pupila se convenían en círculos, como si estuviera oscuro, y que su cabeza giraba como en pos de algún movimiento rápido. Y al girar Nina sobre sí misma para ver qué miraba Lisabetta se encontró con la Lisabetta de Domi, un fantasma de su propio yo fantasmal, bajo un rayo brillante de luz solar que entraba en diagonal por la puerta

abierta, pero de color cada vez más oscuro, como si adquiriese substancia mientras se alejaba del rayo de luz, girando en círculos para agarrarse la cola.

—¡Oh, Lisabetta! —rió Nina, inconscientemente, y dio una palmada de alegría al ver cómo el cuerpo elástico giraba y se retorció, cómo las patas atigradas se cerraban sobre la cola gris, que se escapaba como animada por una vida propia. La caza no se interrumpía, y la Lisabetta de Auguste, incapaz de soportar que la otra se divirtiese sola, saltó como una exhalación de su regazo, y las dos gatas se lanzaron una sobre otra, atravesando cuerpos, rodando, golpeando, siseando, gruñendo con fingida furia, para después separarse como rayos, con el vientre pegado al suelo y las cabezas oscilando de un lado a otro, rápidas, tensas, nerviosas y excitadas.

—¡Pero Lisabetta! —gritó Helena Staynes, sorprendida—. ¡Pareces poseída...!

Auguste se rió por lo bajo.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Poseída! Eso me digo yo. *Soudainement*, a correr, cuando estoy trabajando y ella está cerca, sentada y mirando, como a ella le gusta. *Soudainement*, ve algo que yo no veo y sale disparada, como si tuviera un amigo... algún amigo especial.

Y Lisabetta, la Lisabetta de Auguste, saltó por encima del regazo de Nina, rozó el brazo de la silla de Auguste, pasó por el respaldo, bajó al suelo y salió por la puerta, y la Lisabetta de Domi, a la zaga, atravesó las manos de Nina, que intentaban sujetar su ligera forma, no más fantasmal para ella que la otra Lisabetta. Completamente absorta en la persecución, vio que la gata de Domi se desviaba como una centella, despegaba en pos de su compañera y desaparecía de su campo visual. De mi campo visual, pensó inmediatamente Nina. Sólo de mi campo visual. Perdida en su personal diversión, se había olvidado por completo de Auguste, de Helena Staynes y de Gil, y ahora sus ojos se posaron en ellos, pero la señora Staynes seguía mirando a la Lisabetta de Auguste a través de la puerta abierta, y Auguste vaciaba su pipa, a punto de levantarse para reanudar el trabajo.

Sólo Gil la miraba. Y al encontrarse sus ojos le dirigió una curiosa sonrisita, bajó la vista, hizo una bola con los papeles de su comida, después con los de la señora Staynes, se levantó y dijo:

—Vámonos.

La señora Staynes le había dicho a Nina que la señora Threlkeld tenía noventa años, o sea que la mujer robusta y de grandes pechos que abrió la puerta con una regadera de cobre en la mano no podía ser la anciana. Lo más probable es que sea el ama de llaves, pensó Nina. Y cuando pasó al vestíbulo con la señora Staynes y Gil toda su atención se centró en el pequeño ser que se acercaba a darles la bienvenida, diminuta, encorvada, nada más que un puñado de huesos, la cara reducida a su estructura básica, la frágil carne estirada sobre los pómulos y las mandíbulas, pero los ojos grises grandes y luminosos en sus cuencas oscuras. Llevaba el pelo, blanco y escaso, recogido en un moño alto sujeto por una cinta de color mandarina que le daba un aspecto airoso. Vestía un traje largo de seda gris, y debía ser friolera porque, a

pesar del calor que reinaba en la casa, estaba envuelta en un chal de lana negra. Se acercó despacio, ofreciéndole a Nina unas manos temblorosas que parecían conchas, y Nina las estrechó entre las suyas, cálidas y envolventes.

—¡Qué bien, qué bien! —dijo con un hilo de voz, débil y agudo—. ¡Qué gusto! Ojalá pudiera tener siempre las manos en las tuyas, pequeña..., —y la mujercita se echó a reír, un chillidito—. Hace tanto frío —dijo cuando pudo recuperar el aliento—. Siempre hace tanto frío. Nuestra pobre Bertha Moffat dice que voy a acabar con ella —otra vez el chillidito agudo—. Bueno, ya veremos quién llega antes... Bertha o yo. Tú eres Nina, la que quiere ver mi Odile. Corred arriba, chicos, corred. Mirad todo lo que queráis... todo. Bertha y Helena y yo vamos a pasar a tomar un buen té caliente —sonrió, asintió, y después entró, apoyada en el brazo de Helena Staynes, en lo que Nina pensó debía ser «la sala de estar», porque vio el té preparado allí, y ella y Gil se encaminaron hacia las escaleras que quedaban a su derecha. Al empezar a subir se apercibió por vez primera de su entorno.

Estaba en un vestíbulo largo y estrecho, de techo alto. Las maderas eran blancas y las paredes estaban cubiertas de un papel verde musgo, con dibujos en blanco, pasado de moda pero muy bello. En el suelo había una alfombra de color verde oscuro —una alfombra sedosa, como la de Mam'zelle, sedosa y espesa— que ascendía por las escaleras. A un lado de la escalera, a su derecha, había una ventana enorme, hasta la altura del segundo piso, que dejaba pasar un amplio torrente de luz. Había helechos y todo tipo de plantas con flores en grupos espesos sobre una maceta de cobre, a lo largo del amplio alfeizar de la ventana. El perfume de las flores y el olor fresco y húmedo de los helechos y la hierba regada le llenaba la nariz. Sus pies se hundían en la suave textura de la alfombra. Observó que el apresto brillaba bajo los retales de sol, inquietos y atrapados por las hojas; vio el esmalte central de la balaustrada, rico, immaculado, terso. Y oyó la voz de Helena Staynes perderse por la habitación situada a la izquierda del vestíbulo. Y era Gil quien estaba justo detrás, a un lado, rozándole el codo.

Desde aquella noche en que cenó por primera vez en casa de Gil, cuando les contó a los Patrick el sueño que había tenido, se venía preguntando quién era el que estaba detrás, invisible, rozándole el codo. Ahora lo sabía. El leve escalofrío que siempre había asociado con Domi le recorrió la nuca y le bajó por los brazos. Alargó el brazo hasta encontrar la mano de Gil.

—Aquí estamos, Gil. ¿Lo comprendes? ¿Te acuerdas de mi sueño, el del vestíbulo de techo alto y las escaleras? Pero ¿dónde están los niños de piedra? Corrían delante de mí, riéndose, y cuando Odile llegó al segundo piso desapareció y los otros la siguieron, llamándose unos a otros, pero Odile dijo que no, que no iría hasta que yo hubiese visto algo, y se asomó a la balaustrada para mirarme, y estaba inquieta y me decía que me diera prisa.

Nina se volvió y miró a Gil, y su cara, a pesar del sol, parecía pálida ¿o era el reflejo de la vegetación, de la alfombra y de los helechos, lo que le hacía parecer

pálido? Gil se pasó la lengua por los labios. Seguían cogidos de la mano.

—El cuadro, eso es lo que quería que vieras ¿no? —dijo—. No puede ser otra cosa. Pero ¿por qué estaba inquieta? Vamos arriba.





Capítulo dieciocho

Cuando llegaron al vestíbulo superior, tras doblar una esquina, encontraron a Odile. Su rostro estaba resplandeciente, su boca un poco abierta, como si estuviera hablando, y parecía estar a punto de salir del retrato, de cuerpo entero. Por debajo del dobladillo de su vestido blanco asomaba la punta de un zapato. Tenía puesta una capa roja, abotonada en el cuello, y una mano levantada parecía disponerse a manipular los botones y desembarazarse de la capa. La otra mano se dirigía hacia atrás para coger la que le ofrecía un hombre situado ligeramente a sus espaldas, un hombre corpulento, de bastante más edad que ella, robusto y sonriente, satisfecho de sí mismo, pero de ojos fríos y astutos que contrastaban con el amable color rosado de su rostro. A sus pies, en el suelo, había una linterna, y la mano que quizás acababa de dejarla sacaba ahora una pipa del bolsillo del abrigo. Al pie del cuadro, inscritas en una pequeña placa colocada sobre el marco dorado, estaban las palabras *Madame Odile y Monsieur Hippolyte Calome Carondel*.

Nina se quedó parada, en silencio, frente al cuadro. La señora Staynes había dicho que nadie sabía si aquella estatua de piedra del patio representaba a Odile. Y era cierto que Odile había cambiado al hacerse mujer... pero yo veo a la niña de piedra del patio, se dijo Nina. Y *jamás* pudo ser feliz con ese hombre del cuadro... ¡jamás, jamás!

—Conque éste es Carondel —dijo.

—¿Qué crees, Nina? ¿Por qué quería Odile que subieras?

—Porque el cuadro es mentira. Y ella quería que yo supiera que es mentira. ¿Cómo iba a hacer eso Chrysostome, cómo iba a pintarla así con Carondel, si era imposible que ella se sintiera así a su lado, como si fuera el más perfecto...?, —se detuvo—. Gil, ésta es Odile con Kot, el hombre a quien llamaba K en su diario, sólo la inicial K. Ésta es Odile después de volver con él de la cuadra, después de haberse dicho el uno al otro que se amaban, después de que él la pidiera en matrimonio. Cuando entraron y se quedaron parados en el umbral, juntos —fíjate, Kot acaba de dejar en el suelo la linterna que Odile cogió para salir—, su padre les pidió que se quedaran al lado de la puerta, como estaban, para poder captarles y hacer un boceto, y más tarde Odile dijo que pintó un cuadro basándose en ese boceto. Sé que el cuadro es éste. ¡Lo sé! Quiero decir que sé que éste fue su proyecto, con Kot en vez de ese

hombre. Pero Chrysostome debió desembarazarse del otro cuadro tras el fusilamiento de Kot, porque tuvo miedo, y después pintó éste, con Odile en la misma posición y con la misma cara, porque todo el mundo estaba de acuerdo en que era uno de los mejores retratos que había hecho en su vida.

—Salvo —dijo Gil, tras un instante de silencio—, salvo que Chrysostome se limitase a pintar encima de... ¿cómo se llamaba?... Kot. Sólo pintar encima de Kot y poner ahí a Carondel. Pudo ser así, porque si el cuadro de Odile era tan bueno, no querría destruirlo, temiendo no ser capaz de captarla otra vez como lo hizo la primera. Hubiese tenido que captarla cuando estuviera feliz, tan feliz como lo estaba en aquel instante, con Kot, al entrar en la casa. ¿Qué dices que pasó después?

—Fusilaron a Kot... los soldados de Napoleón le fusilaron. Napoleón pensaba que era subversivo, y entonces se inventaron que Kot había asesinado a su propio mayordomo, el viejo Maurice, y dijeron que le habían fusilado por eso. Después Chrysostome quiso que Odile se casara con Carondel. Pero ella no le amaba, Gil. La sola idea de casarse con ese viejo le daba risa.

—O sea que sólo podía estar *así* de feliz —dijo Gil—, en vida de K. Y no había razón alguna para que Chrysostome destruyera uno de los mejores retratos que había hecho en su vida cuando podía simplemente poner a Carondel encima de K. ¿Comprendes?

Nina pensó.

—Pero ¿cómo probar que K está ahí, si es que está, debajo de Carondel? No hay la menor esperanza...

—Pero claro que pueden llegar hasta Kot, bajo la figura de Carondel. Si la señora Threlkeld permitiera que el museo se llevase el cuadro, Archy podría examinarlo con rayos X, y si hay algo debajo tiene que verse.

A Nina le pareció que de pronto se le componía una imagen, como cuando da una vuelta el caleidoscopio.

—Tengo que bajar y hablar con ellas. Y, por favor, no digas nada. No dejes que se te escape el nombre de Kot, como se me ha escapado a mí contigo. La señora Staynes sólo conoce a K, por el diario de Odile, pero yo sé quién es y ella nunca sería capaz de comprenderlo.

Nina estaba a punto de darse la vuelta cuando Gil le puso una mano sobre el brazo.

—Nina —dijo— te vi en casa de Auguste. Vi cómo intentabas coger lo que parecía no ser nada, y después vi cómo nos mirabas, y tu gesto cuando pensaste que podíamos haberte visto. Y recuerdo que cuando fui a la gruta artificial, el día que Mam'zelle quería hablar contigo, pensé que alguien había estado allí, y tú tenías una cara muy rara. Pero estabas sola. Parecías estar sola, pero yo sentí que no lo habías estado. Para decir la verdad, *supe* que no. He pensado más de una vez en ello.

Nina le miró y después caminó hasta las escaleras.

—Voy a hablar con ellas ahora. Voy a preguntarles si puede pasarse el cuadro por los rayos X, pero tengo que pensar cómo hacerlo. No sé como empezar.

En la sala de estar, como Nina la llamaba por su elegancia, les ofrecieron café y tarta a ella y a Gil, que aceptaron sin reparos, pues no en vano había pasado más de hora y media desde el almuerzo. Nina, que prefería darle vueltas al asunto en la cabeza antes de hablar, escuchó a los demás. Finalmente, la señora Threlkeld, que estaba sentada en una silla baja de chimenea, en un extremo de la mesa, terminó de contarle a Helena Staynes una historia sobre la figura de porcelana que tenía en el regazo y se volvió hacia Nina.

—¿Te ha gustado el cuadro de Odile tanto como esperabas, Nina? La señora Staynes dice que le tienes especial cariño, algo personal, por uno de los niños de piedra del patio, que tú crees que es Odile, y por un diario que escribió.

Nina dejó la taza con su plato sobre la mesa, recogió unas cuantas migas de su regazo y las puso sobre la servilleta.

—Señora Threlkeld ¿ha leído alguna vez el diario de Odile?

La anciana parpadeó, miró a otra parte, trató de recordar.

—Bueno, me parece que no. Al menos no me acuerdo. Sin embargo, siempre he estado muy interesada en todo lo que tuviera que ver con los Chrysostome, desde que compré el cuadro de arriba, hace casi cincuenta años.

—Señora Threlkeld, casi al final del diario, Odile cuenta que llegó de la cuadra con un hombre a quien llama K, de quien estaba enamorada desde niña. Y habían decidido casarse, y su padre les pide que se queden al lado de la puerta mientras dibuja, porque parecen tan felices, y después convirtió el boceto en un cuadro.

La señora Threlkeld esperó a que Nina prosiguiese, pero Helena Staynes se inclinó de pronto hacia adelante.

—Nina, hay algo que no entiendo. No puedes haber leído el final del diario. La única copia del segundo tomo que hay en el museo es la de Mam'zelle, y está en francés.

Nina contuvo el aliento y miró al suelo.

—¿Qué raro, verdad? —dijo unos segundos después—. Pero es que hablé mucho con Mam'zelle de todo el diario.

—Ya veo. Sí, supongo que lo harías —dio la impresión de que Helena Staynes expulsaba de su cerebro a este pequeño detalle—. Pero no entiendo qué tiene que ver el boceto de Chrysostome de K y Odile en la puerta con el cuadro de arriba.

—¿No lo entiende? ¡Pero si el cuadro de arriba es el que decía Odile! ¡Estoy segura de que lo es! Creo que K está allí, debajo de Carondel, porque Odile nunca, nunca hubiera podido poner esa cara mientras le tendía la mano a un granjero viejo y feo. ¿Queriendo a K como le quería? ¡Cómo iba a *poder*! ¡Si parece que está a punto de echarse a volar de gozo! ¿No lo ve, señora Staynes? ¿Nunca ha pensado en ello?

Helena Staynes miraba a Nina con la misma cara que cuando hablaron del manuscrito en su despacho.

—No, Nina —dijo en voz baja—, no, tengo que confesar que nunca lo he pensado. Claro que yo leí el diario de Odile en Francia, hace catorce o quince años, justo cuando lo publicaron, y el cuadro de arriba lo vi por primera vez hace unos pocos años. Nunca los había relacionado. La verdad es que he olvidado gran parte de lo que dice el diario.

De repente, la señora Threlkeld se puso en pie, sobre sus piernas como palillos, y extendió los brazos como si se dispusiera a alejarse nadando o vadeando un río.

—Bertha, por favor, ayúdame —dijo—. Quiero subir en el ascensor a echar un vistazo. Y una cosa te digo —dijo, mientras Bertha Moffatt se acercaba y le rodeaba la cintura con un brazo—, una cosa te voy a decir. He mirado ese cuadro muchas veces, y siempre he pensado que el parecido de Carondel —me refiero a la maestría en la pincelada— es muy inferior al de la cara y la figura de Odile. Y nunca he entendido por qué. Algunas personas lo han mirado y no pueden detectar la diferencia, pero *ellas* no han vivido con él. Yo me decía que probablemente Chrysostome no estaba muy interesado en Carondel, mientras que es fácil imaginarse lo que sentía por Odile. Pero, pequeña, si el hombre a quien amaba *está* ahí debajo, entonces podemos entender la expresión de Odile y hasta la diferencia en la forma de pintar las dos figuras. Ven, vamos arriba. Estoy en ascuas...

Arriba, Nina oyó el ruido de una puerta de metal que se deslizaba, abriéndose y cerrándose, un instante después apareció Bertha Moffatt por la otra punta del vestíbulo, con la señora Threlkeld, y ambas se acercaron despacito. Todas se pusieron a contemplar el cuadro.

—¿Ves lo que quiero decir, Helena... la diferencia de técnica entre Odile y Carondel?

—No estoy muy convencida...

—En cualquier caso, hay que mirarlo por rayos X. ¡Quiero que lo miren por rayos X! —dijo la señora Threlkeld—, y cuanto antes mejor. Helena, llama a Jay Jacobs, y que venga ahora mismo a embalarlo.

—Tenemos el problema del seguro —dijo Bertha Moffatt.

—En cuanto llegue al museo llamo a la Compañía de Seguros —dijo Helena Staynes—, para que preparen los papeles, y en cuanto Jay los tenga se acercará con Bill Gunderby para recoger el cuadro... mañana, probablemente.

—¡Rayos! —dijo la señora Threlkeld—. Me olvidaba del seguro. *Maldito* sea el seguro, —Nina sintió que le tocaban la mano—. ¿En qué estás pensando, pequeña? —Nina, desde que oyó las palabras: «en cualquier caso hay que mirarlo por rayos X. ¡Quiero que lo miren por rayos X!» se había quedado abstraída, y no contestó—. Sí, parece increíble ¿verdad, Nina?, que ocurran tantas cosas por haber puesto en relación el diario y el cuadro. ¿Era eso en lo que estabas pensando?

—No —dijo Nina—. No, señora Threlkeld. Estaba pensando en lo contenta que estará Domi... en lo contenta que *estaría* Domi, quiero decir.

Se hizo un instante de silencio, roto por la señora Staynes.

—No veo, Nina —dijo— ¿qué relación tiene Dominique con esto?

Nina lo pensó.

—Un *lapsus linguae* ¿verdad? Debía haber dicho «qué contenta estaría Odile».

A eso de las cinco, Nina estaba sola en la oficina de registro, escribiendo a máquina, muy despacio y con todo cuidado, tarjetas para el archivo de inventario. Tenía las anotaciones de la señora Staynes sobre cada uno de los objetos recién adquiridos por el museo, y la señora Staynes se las había estado explicando antes de que llegasen Jay Jacobs y Mam'zelle.

Primero, le había dicho Helena Staynes, se pone el número completo del objeto, compuesto por el año de adquisición, la cantidad de objetos de esa clase que hay en el museo, el número del objeto en su particular colección y el número de partes que tiene el objeto. Después se indica si es una donación, una compra, un legado o un trueque; después, el valor del objeto; el nombre y la dirección del donante, o de la persona que lo ha legado, o del agente, cuando se trata de un trueque; después la descripción del objeto...

—Nunca he conocido nada ni *parecido* —exclamó de repente la señora Staynes, como si sus pensamientos fueran un líquido que fluyera bajos los secos datos de la adquisición—. Tu forma de sentir a Dominique, Nina, el poder de tu imaginación. ¿Siempre ha sido así, siempre te has imaginado, como si realmente existieran a las personas sobre las que lees, o de las que oyes hablar? No, pero es más que eso, más que un simple imaginarse. Para ti, Odile, y aún más intensamente, me parece, Dominique de Lombre, *existen*. Siempre la llamas Domi, como si la conocieras personalmente. Y quizás pasa lo mismo con su padre, hasta el punto de que mi libro no contribuyó para nada a aumentar tu sentimiento de su realidad, antes bien lo decepcionó amargamente y se quedó tan corto que te tomaste un trabajo enorme para hacérmelo ver sin herir mi susceptibilidad. En casa de la señora Threlkeld quisiste decir «estaba pensando en lo contenta que estará Domi», y luego rectificaste y dijiste «estaría». Pero yo creo que querías decir «estará». Y es muy posible que te refirieras a Odile, pero de alguna manera creo que no. Dominique era la persona que tenías en la cabeza. ¿Cómo es eso, Nina? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te ha hecho el museo?

Nina no sabía qué decir.

—Lo que pasa —empezó despacio—, es que nunca había visto un edificio así. Me encanta el lugar donde vivíamos antes, entre colinas, con vista a las montañas. Pero allí lo bonito es el aire libre. Aunque estábamos contentos en ella, nuestra casa es muy normal. Simplemente una casa, no muy grande. Y todas las casas de allí son iguales, y nuestro pequeño museo es un almacén convertido en Monumento Nacional. Supongo que tiene gracia, en cierto modo, pero entonces yo no lo pensaba. Nunca había conocido un lugar como éste, un museo de verdad, con cuadros como los de Chrysostome y *El Tiempo es un Río sin Riberas* y con vestíbulos largos y anchos y grandes ventanas al fondo, sobre céspedes y jardines, y un patio con niños de piedra,

y suelos relucientes y paneles de madera y habitaciones con muebles que pertenecieron hace tanto tiempo a la gente de los cuadros.

La señora Staynes no decía nada, y Nina levantó la vista y tropezó con aquellos ojos oscuros y sorprendentes, que la estudiaban, cálidos y al mismo tiempo perplejos.

—Me pregunto, Nina —dijo finalmente Helena Staynes—, si eso será todo. Y si *dijiste* «Domi» inconscientemente, porque era ella en quien pensabas, me pregunto por qué se iba a alegrar Domi de que mirasen el cuadro por rayos X.

Esperó, pero Nina no contestó, porque no había contestación posible, y al poco la señora Staynes recogió el lápiz que había dejado caer.

—¿Por dónde íbamos? —dijo—. Ah, sí, descripción del objeto...

Y entonces entraron Mam'zelle y Jay Jacobs, y hubo que contarles toda la historia del cuadro de la señora Threlkeld, y las preguntas de Nina y lo que iban a hacer con el cuadro en vista de esas preguntas. Y cuando se fueron con la señora Staynes y la dejaron sola, Nina ya estaba demasiado inquieta para seguir escribiendo a máquina, con todas las cosas que habían dicho sobre ella. Se equivocaba todo el tiempo, y finalmente sintió que Dominique estaba allí.

—¿Domi?

—Sí, Nina, —Dominique estaba de pie junto a la ventana, al principio apenas visible, pero adquiriendo más substancia, más forma, más color, a medida que Nina la miraba.

—¿Has oído todo, Domi? ¿Te das cuenta de que cuando la señora Staynes vea el cuadro por rayos X se convencerá de que tiene que reescribir por completo el final de su libro?

—No sólo el final, Nina. *El libro entero* —Domi se acercó hasta llegar a la mesa y soltó una risita nerviosa—. Déjame que vea cómo manejas ese objeto —dijo—. Ese objeto de apariencia tan ridícula. En tu tiempo el aire está lleno de ruidos duros: el que tus dedos producen con esas teclas, los timbres de esas cosas con las que habláis, y las segadoras de Auguste y de Philippe, y esas máquinas que gimen como animales heridos, las que usan las mujeres de la limpieza cuando el museo está cerrado y todo es barrido y desempolvado y pulido, y se limpian las huellas de los dedos de los cristales de las vitrinas. Y los gritos de esos coches duros y relucientes que pasan por la calle, y el estruendo que organizan en el aire esos enormes pájaros plateados que a veces sueltan un grito horroroso y desgarrador cuando van tan deprisa que apenas puedo verlos pasar, un ruido como si alguien rasgase una gigantesca pieza de seda. No comprendo, Nina, por qué los ruidos son cada vez más fuertes. A mí me encantaba el susurro de la pluma de mi padre deslizándose sobre el papel, y me encantaba el arrullador sonido de las escobas de los jardineros cuando me despertaba por la mañana, y toda la gama de sonidos de los cascos de los caballos. Había, eso sí, campesinos palurdos que pegaban a los caballos, y algunos nunca les daban bastante de comer y otros les hacían trabajar demasiado. Eso, al menos, es algo que no pasa ahora. *Merci le bon Dieu!* Nina, todavía no sabemos nada del cuadro. Nadie puede

saber con seguridad qué cara hay debajo de la de Carondel. A lo mejor ninguna cara... sólo lienzo.





Capítulo diecinueve

Resultó que tanto Jay Jacobs como el señor Gunderby, director de exposiciones, estaban ocupados preparando una exposición de soperas que se inauguraba la mañana siguiente.

—¡Cacharros de sopa! —protestó la señora Threlkeld cuando se lo explicaron—. ¿A quién le interesan esas cosas?

Pero a las tres de la tarde ya habían terminado, y Jay y Bill Gunderby se presentaron con los papeles del seguro en casa de la anciana y se llevaron el cuadro. A las cinco y media, Mam'zelle y Helena Staynes y Jay y Nina y Gil se encontraban en el departamento de Archy Archipenko, y Archy tenía el cuadro en los rayos X. Pocos minutos más tarde obtenía un gran negativo de la parte del cuadro donde estaban la cabeza y los hombros de Carondel. Lo metió en el visor iluminado y, en efecto, a través de los rasgos, apenas visibles, del granjero, apareció una cara que les miraba de frente, aunque no podía determinarse de quién era esa cara. Archy dijo que no tardaría demasiado en hacer una copia, y al poco rato les trajo la radiografía revelada y la puso sobre la mesa.

—¡Pero, Helena, si es Antoine de Lombre! —exclamó Jay, incrédulo.

Helena Staynes se había quedado mirando fijamente a la cara que tan bien conocía, la cara de la que había tres retratos en el museo. Era evidente que se había quedado sin habla.

—*Es él, Jay* —dijo Mam'zelle—. *Es él.* Pero no lo comprendo, porque, si mal no recuerdo, el K del diario de Odile —el K con el que iba a casarse— era un joven que se llamaba Julien Korin. Por lo menos eso era lo que todo el mundo pensaba cuando se publicó el diario.

—Pero K *no* era Julien Korin —dijo la señora Staynes, con un hilo de voz—. Era de Lombre. En vista de lo cual tengo que leerme el diario de Odile otra vez, de la primera a la última página. Y ahora que sé que K *era* Antoine de Lombre, voy a descubrir un sin número de cosas sobre él, cosas en las que no había ni soñado. Y ese mundo de cosas me llevará a otras. Por ejemplo ¿dónde está el diario de Chrysostome? Porque me parece, ahora que lo pienso, que Odile empezó a llevar el suyo porque su padre lo hacía. ¡Nina! —Sus ojos se separaron de la radiografía hasta encontrar los de Nina—. Tú dijiste... recuerdo que en la casa de la señora Threlkeld

dijiste algo sobre lo contenta que se iba a poner Dominique. Pero ¿cómo podías saberlo?

Nina la miró, y luego miró a otra parte.

—Fue un *lapsus linguae*. Recordará que le dije...

Todos los demás se pusieron a hablar, mientras Nina seguía notando que los ojos de Helena Staynes le preguntaban la pregunta a la que no se podía responder. Y al poco rato, Archy, que se había ido de la habitación inmediatamente después de que el rostro de Antoine de Lombre apareciese debajo del de Carondel, volvió.

—Helena —dijo— ¿tenía Antoine de Lombre algún apodo?

—Que yo sepa, ninguno.

—Pues mira esto. —Puso una nueva radiografía encima de la otra—. Es de la parte inferior del reverso del cuadro.

A través de la leyenda *Madame Odile y Monsieur Hippolyte Calome Carondel*, escrita por Chrysostome en el reverso con pintura negra, aparecían ahora las palabras *Odile y Kot, prometidos el 3 de diciembre de 1804*.

Siguió un prolongado silencio, roto por Helena Staynes.

—¡Qué cantidad de trabajo me has dado, Nina! Rehacerlo todo ¿verdad? Escribirlo todo otra vez... el libro entero. Pero lo veo. Lo veo todo. Lo *siento*, y creo que ahora sé más o menos cómo tiene que hacerse.





Capítulo veinte

Era una tarde ventosa y fría de mediados de julio. Auguste había encendido la gran chimenea y Lisabetta estaba tumbada delante, parpadeando con el juego de las llamas. Todos estaban reunidos alrededor de la mesa larga, Mam'zelle en un extremo y Auguste, como anfitrión, en el otro. Nina, Jay Jacobs, el señor Quarles, Helena Staynes, el señor y la señora Harmsworth, la señora Threlkeld y Bertha Moffatt, Gil, su padre y su madre, Archy Archipenko, Edna Kendrick, el señor Gunderby y su ayudante Nils, y las tres secretarías del museo, Rose, Phyllis y Jinny; se acomodaban en medio, a ambos lados de la mesa, veinte personas en total. Philippe estaba de vacaciones.

Auguste y Mam'zelle habían preparado la comida... una comida, declaró el doctor Patrick, de *gourmets*: sopa de cebolla, —Auguste había tardado varios días en preparar el caldo—, ensalada, *croissants* crujientes, cinco piernas de cordero frotadas con ajo, jugo de limón, mostaza, *curry* y orégano, y regadas con vino y jalea de grosellas, y de postre compota de frutas con la salsa especial de Mam'zelle por encima. Al principio todos habían brindado por Nina con un *champagne* que Mam'zelle conservaba en su «Bodega», el armario de su casa donde guardaba el vino, y a los postres el doctor Patrick propuso un brindis por Mam'zelle y Auguste, para celebrar su arte culinario.

Ahora, Nina —dijo Gil— cuéntales el sueño en que subías por la escalera de la casa de la señora Threlkeld. Ha llegado el momento de contarlo.

En el sueño no sabía, dijo Nina, quien era el que estaba detrás como les había dicho a Gil y a sus padres cuando unas semanas antes les contó el sueño entero. Contó ahora cómo en el último momento le habían pedido a Gil que las acompañara, a la señora Staynes y a ella, a la casa de la señora Threlkeld, cómo habían empezado a subir juntos las escaleras, cómo, al pisar el primer peldaño, se había dado cuenta de que estaba viviendo su sueño, cómo se dio la vuelta y comprendió quién era el que estaba detrás de ella en el sueño y cómo Gil se apercibió en el mismo momento de lo que estaba ocurriendo... que ambos estaban, ahora, en medio de la realización de un sueño.

Cuando terminó, su madre le preguntó:

—¿Pero quiénes son los niños de piedra, Nina?

—Los niños del museo... en el patio. Odile, sus hermanos y sus hermanas.

—Y entonces Odile, en tu sueño, te pedía que subieses a causa del cuadro...

—Sí. ¿Por qué, si no, iba a estar tan nerviosa? Quería que yo averiguase la verdad... que no era Carondel quien tenía que estar a su lado.

—Pero eso es tan extraño, tan inaudito, que me llena de escalofríos...

—Sin embargo, señora Harmsworth, hay miles de personas que han tenido sueños proféticos —dijo Gil—. Lincoln tuvo uno, poco antes de su asesinato, que lo predecía. En el sueño oyó gente llorando, y alguien le dijo: «El Presidente ha sido asesinado».

—Pero, Nina —dijo la señora Threlkeld, los ojos brillantes en sus oscuras cuencas— ¿quieres decir que en tu sueño viste mi casa, el vestíbulo, exactamente como está, con todo detalle, antes incluso de saber que existía, antes de que la señora Staynes te hubiera hablado de mí?

—Sí, con todo detalle... el techo alto, el papel de la pared, el color de la alfombra, la curva de las escaleras, la gran ventana que llega al segundo piso, con la maceta abajo, llena de helechos y de flores. Y algo más raro: en mi sueño la tierra olía a humedad. Y cuando la señora Staynes y Gil y yo llegamos a su casa, la señorita Moffatt nos abrió la puerta con una regadera en la mano, y cuando subí arriba la tierra de la maceta olía a humedad.

—Estaba húmeda —dijo Bertha Moffatt.

—¿Quieres decir que no sabías de antemano, antes del sueño —dijo el señor Patrick—, que no ibas a tardar en ver el cuadro de Odile?

—Ni siquiera sabía que existiera, y mucho menos dónde estaba. Mi sueño fue mucho antes de que le preguntara a la señora Staynes si existía un cuadro de Odile de mayor.

—Sin embargo, el sueño profético de Nina —dijo la señora Kendrick—, no es más raro que la vida misma... O que los curiosos designios del tiempo.

—Es que los sueños proféticos y los curiosos designios del tiempo son cosas que van juntas —dijo Gil—. Los sueños proféticos nos enseñan que todo tiempo — pasado, presente y futuro— es un solo Tiempo. ¿Cómo no va a ser así, si el sueño conoce hasta el menor detalle de lo que va a suceder? De hecho, lo que va a suceder no *va* a suceder. *Es* ya.

—Es como si fuésemos hormigas —dijo Jay Jacobs— que recorren un tapiz ya tejido, sin conocer todo el diseño, sino sólo la pequeña parte que utilizan...

—¡Eso es! —exclamó Gil—. ¡Eso es! Los sueños proféticos serían imposibles si el dibujo, con toda la complejidad del tejido, no estuviera ya allí.

—¿Y usted, señor Patrick? —preguntó Helena Staynes, inclinándose hacia la mesa—, ¿qué cree usted?

El doctor Patrick sonrió y apartó la vista.

—Yo soy un físico —dijo—, a quien le encanta el Principio de Incertidumbre. El argumento de Gil no carece de lógica, pero yo estoy convencido de que en la creación

hay un extraño principio de proporción, algo que el razonamiento jamás puede alcanzar del todo, y que espero no alcance jamás. Lo que prueba que como científico soy un traidor.

Gil no parecía haber escuchado.

—Papá —dijo en voz baja—, papá, ya sabes que he estado pensando, y a lo mejor a la señora Threlkeld le preocupa la misma cosa. Si tengo razón ¿para qué luchar, en un diseño ya establecido?

—Para nada —dijo su padre—, salvo que le demos un destino a la lucha.

Nina estaba en el patio. La luz brillante de la luna penetraba en el pequeño espacio, cerrado por piedra y vegetación, como en una taza, y el agua de la fuente, saltando y cayendo, atrapaba la luz en sus gotas. Los niños de piedra extendían las manos, y el suelo del patio reflejaba la luz de la luna sobre sus rostros. O a veces, cuando el viento apartaba las hojas de encima de su cabeza, una cara se mostraba bajo la claridad plateada y unos ojos, en sus cuevas de sombra, parecían más sutiles y expresivos que nunca. Nina iba de un niño a otro, mirándolos a todos, y todos le parecían mágicos, mucho más mágicos que al claroscuro del día; imbuidos de una vida secreta, vibrante, evasiva. *Les images merveilleux*, murmuró Nina, aunque, de haber pensado, no hubiese podido recordar haber leído esas palabras, ni haberlas escuchado.

Mam'zelle y Helena Staynes habían llevado a Nina al despacho de Mam'zelle, y una vez allí Mam'zelle le había dado el segundo tomo del diario de Odile.

—Para que puedas aprender francés tu sola, Nina —le había dicho—, con un libro que parece especialmente tuyo, igual que la primera parte, —Nina lo cogió con una mano, y cuando preparaba la otra para abrirlo, el libro se abrió solo, por la última página, y Nina oyó de pronto la voz de Dominique que leía la breve anotación final.

—*Nous avons les nouvelles* —leyó Nina en voz alta, y supo que repetía exactamente el tono de Domi, cada una de sus inflexiones—. *Papá désire que j'épouse Carondel. Ce ne fait rien. Ma vie est finie. Je ne peux plus écrire* —levantó los ojos hacia Mam'zelle y Helena Staynes, y hubo una pequeña pausa hasta que Mam'zelle habló.

—Nadie, Nina —dijo—, que no haya vivido en Francia puede hablar así el idioma... vivido en Francia, y concretamente en alguna zona rural de Borgoña. Has hablado como una nativa de Borgoña, con esas erres ricas y sonoras que se perciben en la garganta de una forma determinada y fácil de reconocer. El acento es inequívoco.

Otro silencio, roto finalmente por Helena Staynes.

—Dominique de Lombre era borgoñona —dijo.

Nina permaneció en silencio, limitándose a mirarlas.

—*C'est un mystère*, Nina —dijo Mam'zelle, como ya dijera otra vez—. *C'est un grand mystère*.

—A lo mejor no, Vicky —dijo Helena—, si lo que Gil cree es verdad. A lo mejor no.

Nina se acercó entonces a Odile y puso una mano sobre el brazo liso.

—Lámala, Odile. Llama a Domi.

Hada dos semanas que Nina no veía a Dominique, y cuando al fin comprendió el significado de su ausencia se había echado a llorar.

Esperó, escuchando y observando. Y de pronto, en su memoria, volvió a ver a Domi como una vez la vio en el patio, con los brazos apuntando al cielo y el pelo meciéndose a la espalda.

—¡Mira, Nina, mira! —había gritado, y se refería al cielo—. ¡Qué color!... a esta hora de la tarde.

—Venus, Domi —había contestado Nina—. ¿La ves allí arriba? Ésa es Venus...

Le llegaba ahora con fuerza la conciencia de su vida, entrelazada a la vida de los niños de piedra, la conciencia de una alegría penetrante cuya fuente no conocía. Y en su alegría vio cada uno de los objetos del patio, bajo la luz de la luna, como objeto en sí, pero al mismo tiempo como parte de su propio ser, como si todo su cuerpo, todos sus sentidos vivieran con cada impulso y cada palpitación de la piedra y de la hoja y del aire.

—Domi —llamó en el silencio—, *Domi ¿me oyes? Estoy lista. Déjame ir contigo...*, —sin soltar a Odile, con el cuerpo en equilibrio, la voluntad luchando por dar el paso, la respiración contenida, en su deseo concentrado de seguir a Domi, sin conciencia de la necesidad de respirar, abrió los ojos al máximo y esperó ese instante en que su ángulo podría cambiar una fracción de grado para ver una vez más a Dominique.

Pero al fin supo, en silencio y con seguridad, que Domi se había ido para no volver, que era inútil esperar, que era inútil llamar. Todos los niños eran de piedra, y el Momento había pasado.

Se quedó un rato inmóvil, apoyada en Odile, escuchando el murmullo del patio, el leve ruido de la fuente, el viento que levantaba las hojas. Después, su brazo se deslizó hacia abajo, y Nina se dio la vuelta y entró en el museo.





ELEANOR FRANCES CAMERON (23 de marzo de 1912 - 11 de octubre de 1996) fue una autora de libros para niños. Publicó 20 libros en su vida, incluyendo *El patio de los niños de piedra* (1973), que ganó el US National Book Award en la categoría de libros para niños.

Eleanor Cameron nació en Winnipeg, Manitoba en Canadá el 23 de marzo de 1912. Su familia se mudó a South Charleston, Ohio cuando tenía tres años, y luego a Berkeley, California cuando tenía seis años. A los 16 años, se mudó con su madre y su padrastro a Los Ángeles. Cameron estudió en UCLA y en el Art Center School de Los Ángeles. Se unió a la Biblioteca Pública de Los Ángeles en 1930 y más tarde trabajó como bibliotecaria de investigación para la Junta de Educación de Los Ángeles y en dos compañías de publicidad diferentes.

El primer libro publicado de Cameron, *The Unheard Music* (1950), se basó parcialmente en su experiencia como bibliotecaria y fue recibido positivamente por los críticos, aunque no se vendió particularmente bien. Cameron no se dedicó a escribir libros para niños hasta que David, de ocho años, le pidió que escribiera una historia espacial en la que él era el personaje principal. Ese libro, *The Wonderful Flight to the Mushroom Planet* (1954), resultó ser muy popular, generando cuatro secuelas y dos cuentos en los siguientes 13 años.

A lo largo de los años 70, 80 y principios de los 90, Cameron trabajó como oradora y colaboradora de publicaciones como *The Horn Book Magazine*, *Wilson Library Bulletin* y *Children's Literature in Education*. También fue miembro del comité

editorial fundador de la revista infantil *Cricket*, que debutó en 1973. Su segundo libro de ensayos, *La semilla y la visión: Sobre la escritura y apreciación de los libros infantiles*, se publicó en 1993.

Cameron murió en Monterrey, California el 11 de octubre de 1996 a la edad de 84 años.